



HQN™

¿Alguna  
vez fue  
real?

Erika Fiorucci

¿Alguna  
vez fue  
real?

Erika Fiorucci

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2019 Erika Fiorucci

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

¿Alguna vez fue real?, n.º 257 - enero 2020

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1348-326-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

## Capítulo 1

—Buenos días.

La voz ronca y sugerente trajo mi mente a la conciencia, aunque aparentemente unas manos andariegas ya lo habían hecho con mi cuerpo algunos segundos antes y todo parecía indicar que no tenían intención de detenerse.

—¿Cuál es tu problema? —protesté después de echar una miradita al reloj en la mesa de noche, aunque fue solo por decir algo. A pesar de mis palabras, mi espalda se pegaba a ese torso masculino y mis piernas se separaban un poco, esperando el avance de las manos que descendían por mi vientre—. ¡Son las seis y media de la mañana!

—Sabes que me gusta saber que desayunaste y, por sobre todas las cosas... —Las manos me tumbaron de espaldas y un rostro con una sonrisa pícaro apareció sobre el mío—. Me gusta desayunar antes de irme a trabajar.

Solté una risita divertida. ¡Una maldita risita como de una adolescente avergonzada!

La hora, el desayuno no requerido y cualquier otra protesta quedó definitivamente para el olvido cuando sus labios se posaron sobre los míos en un beso suave, largo e insinuante y luego comenzaron a descender por mi cuerpo en busca de su tan cacareado «desayuno». Me entregué completamente a las sensaciones que esos labios generaban porque no tenía ningún sentido resistirse.

Solo siete meses habían pasado desde que un «amigo» en común me presentó a Makar Volkov y comenzamos a salir. Tres meses después de nuestra primera cita me pidió que me mudara con él y, aunque me mostré sorprendida y un poco reticente por aquello de las apariencias, no pude evitar que una enorme sonrisa satisfecha se colara en mi rostro cuando no hubo testigos.

De cara al mundo, Makar era un empresario ruso, dueño de Volk Servicios Financieros, una importante Banca de Inversión en San Francisco cuya cartera de negocios estaba siempre en el borde de la legalidad; amigo cercano de compatriotas inescrupulosos involucrados en muchas cosas turbias y, para colmo de males, diez años mayor que yo y millones de dólares más rico, lo que invariablemente, y gracias a la rapidez con que se movió nuestra relación, me hizo ostentar el título de «cazafortunas», aunque todos los que me llamaron así no pudieron negar que era una muy inteligente por atrapar a un hombre tan experimentado, calculador e incluso, para muchos, frío. Los que decían esas cosas no entendían a Makar. Yo sí. Me preparé para ello.

Llegué a su vida justo en el momento en que él deseaba compartirla con alguien, pero no con cualquier persona. Los hombres ricos y bien parecidos no sufren de carencia de compañía, el problema era encontrar la compañía adecuada: una mujer con suficiente cerebro para poder conversar sobre los temas más variopintos, con una vida independiente para que no se sintiera asfixiado o culpable por sus ausencias debido a su obsesión con el trabajo, con opiniones que no siempre fueran las de él; pero al mismo tiempo que lo quisiera suficiente para hacerse la vista

gorda ante muchas cosas, entender su naturaleza dominante, sus eternos compromisos sociales y laborales, y su implacable deseo sexual.

Para Makar la mujer ideal era una fusión casi mítica entre la moderna e independiente y la complaciente gatita que siempre le daba prioridad.

Me había esforzado por ser ambas, tanto que ahora era mi actitud natural.

¡Era el puñetero unicornio de la perfección femenina!

Mi madre estaría orgullosa.

A pesar de mis esfuerzos, me sorprendía el nivel de intimidad sin subterfugios alcanzado en tan poco tiempo, de una forma casi natural. Algunas veces me ponía suspicaz y buscaba señales ocultas de que Makar tenía alguna especie de as bajo la manga, una jugada de último momento que yo desconocía y que vendría a mordirme el trasero cuando menos lo esperara.

Tal vez simplemente estaba proyectando mi propio reflejo en el espejo.

Sus labios finalmente llegaron a mis otros labios, esos que no utilizaba precisamente para hablar, y un choque eléctrico mezclado con un ramalazo de ternura me inundó el cuerpo, tanto que podía perdonar esa obsesión con levantarse temprano y despertarme. A fin de cuentas, no era una mala forma de abandonar los terrenos de Morfeo.

Su boca, su lengua, sus labios, me mantenían al borde del abismo, pero sin permitirme caer. Tomé su cabello entre mis manos tratando de mantenerlo allí, de lograr más presión, no lo sé, tal vez fue solo instinto, pero solo obtuve una mirada un poco cínica de unos ojos de un azul tan claro que parecían blancos.

—¿Un poco codiciosa esta mañana? —preguntó mientras emergía de entre mis piernas, sin poder esconder la sonrisa de sus palabras—. Yo pensaba que tenías mucho sueño y poca hambre.

—¿Me vas a follar o no? —pregunté tratando de sonar aburrida, aunque todo en mi cuerpo, en mi respiración, me delataba.

—¿Qué lenguaje es ese, señorita?

—El de una mujer que sabe lo que quiere y lo quiere ahora.

—Tal vez deba enseñarte un poco de modales.

—No quieres hacer eso.

—No. —Comenzó a hacer el recorrido ascendente plantando besos andariegos sin ningún mapa aparente—. No quiero. Me gustas exactamente como eres.

«Te gusto exactamente como crees que soy», pensé, pero la idea se sentía, extrañamente, fuera de lugar.

—¿Has estado viendo películas románticas últimamente? —pregunté con una sonrisita.

Imitó el gesto antes de darme un beso en los labios con el que me traspasó mi propio sabor, tomó una de mis piernas por detrás de la rodilla, levantándola, antes de iniciar una invasión lenta de mi cuerpo.

—¿Es esto suficientemente romántico? ¿Despacito? ¿Quieres que encienda unas velas? ¿Te escribo un poema?

Con Makar moviéndose dentro de mí, incluso con ese paso lento, aunque constante, era una labor titánica intentar responder una simple pregunta, mantener el cerebro trabajando en algo, cualquier cosa que no fuera el choque de nuestras pieles, el sonido, el olor. Las sensaciones, tan intensas, convertían en una labor imposible hacer otra cosa que simplemente sentir.

Esa desconexión de mi ser racional me asustó en las primeras etapas de nuestra relación; me hizo sentir vulnerable, indefensa. Luego aprendí a disfrutar el simple hecho de dejarme llevar y no tratar de analizar, de buscar una explicación o, tan siquiera, una definición.

Estar con Makar era divertido, delicioso, intenso y millones de otras cosas más, todas al mismo tiempo; así que navegaba la ola, permitiéndome, al menos en ese momento, que fuéramos una sola cosa, una sola sensación que nos llenaba a ambos y que parecía quedarse flotando a nuestro alrededor, apropiándose incluso del oxígeno que nos rodeaba.

Luego habría suficiente tiempo para las recriminaciones, internas y externas, que con toda seguridad llegarían tarde o temprano.

Incrementó el ritmo y mis caderas lo siguieron, levantándose para ir a su encuentro. Los gemidos ahogados que escapaban de mi garganta eran la música y las palabras en ruso que Makar susurraba a mi oído eran la letra de una canción que, desde mi humilde punto de vista, merecería estar entre las más vendidas de iTunes, el nuevo éxito del verano, hablando metafóricamente, obviamente.

—¿Sabes que me vuelves loco? —preguntó Makar entre jadeos, cambiando al idioma que yo entendía—. Siempre tengo ganas de follarte, de verte caminar desnuda, de estar contigo, de tocarte. ¿Qué has hecho conmigo?

Traté de armar una oración coherente, una respuesta, pero la presión en mi estómago era deliciosa y no quería distraerme y perderla. En ese punto solo deseaba que aumentara y aumentara hasta que mi cuerpo no pudiera contenerla; así que emití algún sonido y, como única consideración, me aseguré de que fuera mucho más alto que los otros.

Makar incrementó el paso todavía más hasta el punto de convertirlo en un delicioso castigo y finalmente la presión se desbordó haciéndome gritar y él me siguió en nuestra perfectamente coreografiada danza que siempre tenía espacio para la improvisación.

—Y parece que yo te vuelvo loca —dijo cayendo a mi lado con una sonrisa como un gato que se comió un enorme tazón de leche.

—¿Quieres que lo diga en voz alta? —pregunté tratando de recuperar el aliento.

—No. Sé que tienes tus cosas raras. —Se inclinó y me dio un beso rápido en los labios—. Como ese terror casi patológico al compromiso.

—Me mudé aquí contigo cuando lo pediste —protesté—. Eso es compromiso.

—No es lo que haces —dijo mientras apoyaba la cabeza en el puño y me veía sonriendo—. Es tu actitud sobre lo que haces.

—Es muy temprano para una charla abstractamente filosófica.

—¿Por qué no conozco a tus amigos?

—Porque se quedaron en Tennessee cuando me mudé a San Francisco.

—¿Por qué no conozco a tus padres?

—Créeme, no quieres conocer al almirante Calhoun.

—Sí quiero.

—No sería placentero.

—¿Al condecorado oficial no le agrada que su única hija viva con un pobre inmigrante ruso?

—El pobre inmigrante ruso... —dije con sorna e hice una mueca—. Aunque no acertaste completamente, tu enfoque no está errado del todo.

—Tarde o temprano vas a tener que decirle con quién vives —dijo saliendo de la cama.

—Mejor tarde.

—Voy a creer que solo me quieres por mi cuerpo —dijo dándome una visual completa de su parte posterior desnuda y, si lo analizaba desde mi actual punto de vista, su razonamiento no carecía de fundamentos. Era sencillo querer solo eso.

A sus cuarenta y tres años, tenía un cuerpo envidiable, y su cabello rubio y ojos inusualmente

claros le daban cierto aspecto de deidad implacable, incluso en ese momento, en el que estaba despeinado y la barba incipiente, que había crecido durante la noche, le daban un aire mucho menos distante al que normalmente tenía.

—Mejor que por tu dinero —dije encogiéndome de hombros y volviendo a tomar la sábana para cubrirme.

—Estoy extremadamente orgulloso de mi dinero —dijo viéndome sobre el hombro y haciéndome un guiño—. Trabajé mucho para conseguirlo.

Makar desapareció en el interior del baño y suspiré aliviada. Esas conversaciones sobre el estado de nuestra relación se estaban volviendo más frecuentes. Eventualmente me quedaría sin respuestas ingeniosas.

Me estiré en la cama y cerré los ojos disfrutando del ardor remanente en algunas partes de mi cuerpo. Todavía era temprano. Unos minutos más de sueño no me vendrían mal para recuperar energía o al menos el control de mis piernas que aún temblaban.

Lo siguiente que supe fue que el delicioso olor a Clive Christian N° 1 inundó mis sentidos y unos labios se posaron delicadamente sobre los míos.

—Desayuno en media hora —dijo Makar, pero me negué a abrir los ojos. Solo emití un sonido que quería pasar por un gruñido hastiado—. Mete tu delicioso trasero en la ducha.

—¿Y si no quiero? —pregunté sonando tan quejica como una niña pequeña a la que despiertan temprano para su primer día de escuela después de las vacaciones.

—Te vestiré yo mismo, así como estás, y tendrás mi olor contigo durante todo el día para que nadie más se acerque.

—Eres asqueroso.

—Sabes que lo haré.

—Sabes que no lo aceptaré.

—Desayuno en media hora. —Me dio otro beso rápido y unos segundos después sentí la puerta de la habitación cerrarse.

Media hora después, recién duchada y con mi ropa de trabajo, una falda tubular roja hasta debajo de la rodilla, una blusa de seda blanca y unos tacones que daban mareos, aparecí en la cocina donde una taza de café esperaba por mí sobre la encimera de mármol.

—Delicioso —dije en lo que le di un sorbo y no me refería únicamente a la popular bebida.

Makar vestía uno de sus usuales trajes Brioni de tres mil dólares, entallado de esa forma que hacía maravillas por su trasero. Estaba solo en chaleco y camisa, pues el saco reposaba en una de las sillas altas que rodeaban la isla de mármol del centro, y tenía la corbata echada sobre el hombro para que no interfiriera con sus labores frente a la estufa.

Me recosté en la pared, con mi taza en la mano, solo para disfrutar del espectáculo.

Era bueno perderse en la fantasía, aunque solo fuese por unos minutos.

—Para hoy tenemos —anunció Makar dándose la vuelta con dos platos humeantes en las manos —, *omelette* de champiñones y tostadas con queso crema.

—Ñumi.

Puso los platos sobre la mesa, uno frente a otro, y se sentó.

—Ven antes de que se enfríe.

—No entiendo por qué, con todo el personal que hay en esta casa, insistes en prepararnos el desayuno cada día.

—Me gusta cuidar de ti, disfruto nuestra cotidianidad.

—Eres un hombre muy dulce, Makar Volkov —dije sentándome finalmente y atacando el

desayuno.

—Tú también lo eres, Viola Calhoun, aunque te empeñes en ocultarlo.

—Esto está delicioso —dije en el más abrupto cambio de tema conocido por la historia universal.

—Recuerda que esta noche tenemos la fiesta en lo de Arseny —replicó utilizando mi misma estrategia.

Hice una exagerada mueca de completo y absoluto desagrado.

—No sé cómo puedes ser amigo de un hombre como Arseny Vangushin. Es grosero, antipático y extremadamente desagradable.

—Hay amistades que se forman en la infancia y se fortalecen con el paso del tiempo gracias a favores, solidaridad e intereses comunes.

Cortó un pedazo de su tortilla, lo colocó con cuidado sobre la tostada y se lo llevó a la boca. Por siempre un caballero de modales impecables.

—¿Qué clase de intereses comunes puedes tener con Arseny Vangushin?

—No vayas por esa ruta, Viola.

—Arseny y todas esas mujeres que siempre lo rodean —insistí, aunque sabía que no era buena idea—. Es como una especie de Hugh Heffner, pero sin revista y, afortunadamente, sin la bata. Estoy convencida de que muchas de esas mujeres no son ni siquiera mayores de edad y todas vienen de países extraños y solo hablan su idioma natal.

—Viola...

—¿Es ese uno de tus intereses comunes con Arseny Vangushin?

—No. No lo es.

—¿Manejas alguno de sus intereses en ese sentido?

—Viola —dijo con un tono que sonaba a regaño y su rostro se volvió de piedra. Solo dijo mi nombre y eso significaba el fin de la discusión.

Algún día Makar Volkov sería un excelente padre.

«¿De dónde salió ese pensamiento?», me pregunté con una especie de susto en medio del pecho.

Sin terminar su desayuno, se puso de pie y recogió el plato con movimiento bruscos. Había traspasado una línea.

Si había aprendido algo de Makar Volkov en estos siete meses era que no había táctica que lo hiciera hablar de lo que no quería hablar. Claro, eso no quería decir que iba a dejar de intentarlo.

—Hay niños en el mundo que no tienen qué comer —dije con tono de mamá, que no era ni la mitad de efectivo que el de él, antes de lanzar una mirada cargada de intención a su plato sin terminar.

—No me des sermones sobre niños con hambre. Yo fui uno.

Tomó el pedazo de *omelette* abandonado, lo colocó sobre la tostada y se lo comió mientras enjuagaba el plato y lo ponía en el lavavajillas.

—¿Te llevo al trabajo o irás en tu coche? —preguntó sin verme.

Aparentemente era la mañana de los cambios abruptos de tema.

—Llevaré mi coche —respondí terminando el desayuno y pretendiendo que la discusión anterior no había existido—. Así podré regresar temprano y alistarme para la fiesta.

Levantó la vista y prácticamente me hipnotizó con un brillo extraño en la mirada. Era una mirada capaz de poner nervioso hasta al más valiente.

—No tienes que hacerlo si no quieres. Puedo ir solo.

—Quiero estar contigo. Es parte de nuestra cotidianidad. —Me encogí de hombros y sonreí—.

Tus amigos pesados y políticamente incorrectos forman parte de tu vida y yo quiero estar en ella. De eso se trata, ¿no?

—De eso se trata —dijo asintiendo una sola vez y sonrió como si hubiese ganado la lotería.

—Recuérdalo cuando te toque conocer al almirante Calhoun.

—No puedo esperar para que finalmente eso suceda. —Tomó su saco del respaldo de la silla, se lo colocó y ajustó su corbata—. Tu padre me amará.

Se acercó y me dio un suave beso en los labios.

—Que tengas un lindo día haciendo muchos millones —dije a modo de despedida.

—Que tengas un lindo día vendiéndole supuestas obras de arte a ricachones que buscan algo que combine con sus muebles.

Me dio otro beso rápido y salió de la cocina dejándome con un sentimiento parecido a la tristeza, pero que no podía serlo, no realmente.

Sí, seguramente mi padre odiaría profundamente a Makar Volkov y un encuentro entre ambos sería un episodio que valdría la pena ver, con todo y palomitas de maíz.

Era una lástima que nunca fueran a conocerse.

## Capítulo 2

Trabajar en una galería de arte era mucho peor de lo que Makar lo hacía sonar. Sin embargo, fue lo único disponible y, sobre todo, adecuado, cuando me trasladé a San Francisco y, finalmente, pude poner en uso esas clases de arte moderno que tomé en la universidad para satisfacer a mi mamá y obtener algunos créditos extras.

Era mucho más tolerable cuando tenía que visitar artistas desconocidos y evaluar sus trabajos, pero los días en que tenía que quedarme en la galería, usar un lenguaje lleno de florituras para referirme a una pintura o escultura que el comprador no entendía, mientras sonreía sin ser condescendiente, no podía sino pensar en que este trabajo podía llegar a ser un constante dolor en el trasero.

Finalmente terminé con el cliente de esa mañana con una venta bastante generosa con la que mi jefe, de seguro, estaría encantado y arrastré mis pies, torturados por los inmensos tacones, hasta una cafetería que estaba a una cuadra, donde preparaban los mejores bocadillos de atún conocidos por la humanidad. Esa era la razón primordial por la que la había elegido entre todas las opciones que me rodeaban como mi lugar favorito para almorzar; además de que no era muy popular por lo que nunca estaba atestado, a diferencia de otros, pertenecientes a conocidas franquicias, que inundaban la calle.

La camarera me atendió con la cortesía usual para el tipo de cliente que visitaba su establecimiento unas dos veces a la semana, siempre ordenaba lo mismo, nunca causaba problemas y dejaba buenas propinas.

Estaba a la mitad de mi bocadillo de atún cuando la chica entró.

Nada en ella llamaba la atención, ni sus facciones, ni su ropa, tampoco su actitud. Ordenó un café en la barra y tras darle una probada se dirigió a los servicios que estaban en la parte de atrás.

«Ni siquiera pudiste esperar a que terminara de comer. Desconsiderada», pensé con amargura mientras dejaba lo que quedaba del bocadillo en el plato, tomaba mi bolso y la seguía.

El servicio estaba vacío, salvo por la chica, que se lavaba las manos.

—El cubículo del centro está dañado —dijo prácticamente sin mirarme.

La aclaratoria estaba de más. El cartel que lo anunciaba estaba colgado en la puerta escrito en rojo con dos enormes puntos de exclamación.

Obviamente que ese fue el cubículo al que entré. Pude escuchar cómo la chica ponía el seguro a la puerta y salía del lugar.

Me senté en el inodoro y con las manos tanteé la parte posterior hasta que encontré el teléfono sujeto allí con cinta adhesiva.

Marqué el único número contenido en la memoria.

—¿Sí? —preguntó al otro lado de la línea una voz a la que me había acostumbrado.

—¿Sabes que todo esto del teléfono escondido en un baño se está volviendo dramático en

exceso? Creo que has estado viendo muchas películas de espías.

—Hola, Viola.

—Puedes llamarme a mi teléfono. Desaparecerá en lo que deje San Francisco.

—No voy a discutir mis procedimientos en esta llamada.

—¿Los discutirás con tu psiquiatra, Frank?

—¿Alguna novedad? —preguntó tratando de sonar serio, aunque si aguzabas el oído podías escuchar al fondo la sonrisa que intentaba ocultar.

—Ninguna. La fiesta de esta noche en lo de Vangushin sigue en pie.

—Bien. Hay un nuevo jugador: Anto Savic, serbio, recién entró al país ayer en la noche y nuestras fuentes indican que viene a hacer negocios con Vangushin, así que abre los ojos. Allí podría estar la pieza que nos hace falta.

—Entendido.

Hubo una pausa, más larga de lo que una llamada de ese tipo ameritaba.

—Ya casi termina, Viola.

—No se acaba hasta que se acaba. Ambos lo sabemos.

Terminé la llamada, volví a poner el teléfono en el sitio donde lo había hallado y salí del servicio.

De regreso noté que mi mesa ya había sido levantada, por lo que mi bocadillo de atún estaba perdido, y la chica todavía sorbía su café en una de las mesas del fondo. En lo que me vio salir, se puso de pie para terminar su tarea. No sabía quién era, su cargo, su nombre, probablemente nunca lo supiera.

—¿Cariño, no te gustó tu almuerzo? —me preguntó solicita la camarera al verme caminar hacia la caja para pagar mi cuenta—. No lo terminaste.

—Estaba delicioso, solo que mi novio me preparó un desayuno enorme esta mañana —dije pagando mi cuenta y dejando suficiente para la propina—. Vine porque amo el bocadillo, pero, aunque mi mente es de glotona, solo hay cierta cantidad de comida que me puedo meter en el estómago.

—Ese novio tuyo suena como uno en un millón.

—Lo es.

—Tienes mucha suerte.

—Eso espero.

Regresé a la galería caminando y en cada paso hacía una promesa a cada deidad existente de nunca más volver a usar tacones una vez que regresara a casa.

Pasé la tarde revisando catálogos y haciendo citas para clientes importantes, sin dejar de organizar los detalles de la exhibición que mi jefe quería preparar para el mes entrante. Frank creía que todo estaba por terminar, pero nada mejor que estar preparada y mi currículo falso tenía que ser respaldado por mi capacidad de hacer el trabajo por el cual me estaban pagando.

Al terminar la jornada regresé a la casa de cuatro niveles y seis dormitorios de Makar en Pacific Heights, y por la cual había abandonado mi recién rentado y diminuto apartamento, el cual, secretamente, todavía conservaba.

La casa era una joya de 1917, completamente remodelada, y con una vista directa al Golden Gate. El porqué un soltero como Makar prefería vivir en ocho mil metros cuadrados y no en un loft en el distrito financiero era todo un misterio para mí, probablemente tendría algo que ver con limpiar algún tipo de capital o invertir en el mercado de bienes raíces, ambas opciones sonaban como a algo que él haría y no eran excluyentes.

Me recibió el ama de llaves, Alina, quien me hizo saber que Makar todavía no había regresado. Como buena novia de un magnate con múltiples actividades sociales, me dirigí a la habitación para darme un largo baño de burbujas y prepararme para mi noche de «acompañante muñeca» en la fiesta de Arseny Vangushin que, después de mi medio almuerzo, se había convertido en una perspectiva mucho más interesante.

Dos horas después, estaba ataviada con un elegante, vaporoso y bastante comedido vestido de Carolina Herrera y un recogido sobrio en el cabello. No quería que nadie me confundiera con una de las chicas de Vangushin.

Makar apareció en la habitación justo cuando estaba terminando de aplicar el maquillaje.

—¿Ya estás lista? —preguntó asombrado mientras dejaba caer el saco en la cama.

—No quiero ningún tipo de acusación sobre que llegamos tarde por mi culpa.

—Estás preciosa. —Me abrazó por la espalda y me dio un beso en el cuello—. ¿Qué tal tu día?

—Sin novedad. —Le sonreí a través del espejo—. ¿El tuyo?

—Ocupado —respondió separándose de mí con un suspiro cansado.

—¿Cuál es el motivo de esta fiesta? —pregunté mientras casualmente ahumaba un poco más mis ojos.

—Impresionar personas, cerrar negocios. —Makar se encogió de hombros y deshizo los botones de los puños de la camisa—. Es la forma en que las personas como nosotros funcionamos. Nada es simplemente por diversión.

—¿Personas como nosotros?

—Empresarios.

—¿A qué se dedica Arseny? —pregunté tomando el lápiz labial y aplicando una capa extra que no necesitaba—. Nunca puedo recordarlo.

—Importación, y sé que lo recuerdas muy bien —respondió muy serio—. Deja de perseguir el conejo en la madriguera, Viola. Hay cosas en las que es mejor ser ignorante.

Makar comenzó a desabotonar su camisa. Abrí la boca para replicar, pero decidí mordirme la lengua. No era un buen momento para buscar una pelea. Ya había traspasado una línea en la mañana y necesitaba ir a la fiesta.

—Me daré una ducha rápida y estaré listo en quince minutos —anunció.

—Te esperaré abajo.

Me puse de pie, tomé los zapatos que había dejado a mi lado, y caminé hacia la puerta con los Manolos en la mano porque no iba a ponérmelos hasta que fuese estrictamente necesario.

—¿Por qué siento que estás huyendo?

—Porque es lo que hago. —Me encogí hombros—. Si sales del baño solo con una toalla, mi cabello, mi maquillaje y mi vestido quedarán arruinados y tendré que empezar todo de nuevo, y entonces sí llegaremos muy tarde.

Me miró por unos segundos, seguramente tratando de determinar la honestidad en mis palabras. Luego sonrió y se despojó de la camisa que fue a parar junto a su saco en la cama.

—Si es que llegamos... —Sonrió más ampliamente mientras lentamente desabotonaba su pantalón.

—Y luego dirás que fue una trama cuidadosamente elaborada de mi parte para evitar ir a la fiesta —dije ojeándolo de arriba abajo.

—No te salvarás cuando regresemos.

—¿Quién dice que quiero?

## Capítulo 3

Arseny Vangushin poseía un enorme *pent house* dúplex cerca de los muelles industriales, tal vez para estar más cerca de su «negocio de importación», el cual tenía unos registros comerciales bastante bien llevados al igual que un sistema contable impecable. Fue lo primero que investigué.

Aparcar en esa zona era un infierno, aunque eso no era un problema para alguien con un chofer con cara de palo y la apariencia de un guardaespaldas más que la de un conductor.

¡Las pequeñas e imprescindibles comodidades del mundo de los privilegiados!

El edificio, aunque preservaba su aspecto antiguo e industrial en el exterior, al entrar cambiaba abruptamente para convertirse en ese tipo de lugares con portero, seguridad y ascensor privado en el cual Makar y yo entramos tomados de la mano.

Una vez en el piso superior, las puertas del elevador se abrieron para dar paso al amplio espacio abierto, con algunos muebles de estilo recargado y demasiadas alfombras Aubusson. Nunca me acostumbraría al exceso de rojos y de dorados en el mundo de Vangushin. Era como vivir en un burdel en París a finales de 1800.

—¡Makar! Amigo mío —nos saludó a gritos Arseny con su pesado acento ruso en lo que nos vio traspasar el umbral.

—Sonríe —me susurró Makar a modo de advertencia al ver que su mejor amigo se acercaba a paso apurado entre sus invitados.

No era un hombre agradable y no me refería únicamente a su personalidad. Aunque, al igual que Makar estaba en sus cuarentas, evidentemente Arseny disfrutaba en exceso de la buena vida y así lo indicaba su estómago inflado, su piel sin brillo, su cabello grasoso y su nariz con los vasos sanguíneos tan dilatados que parecían a punto de explotar.

¡Que nadie diga que los rusos son inmunes a los efectos del vodka!

Sabía lo suficiente de la vida para no creer en eso de que las malas personas aparentan lo que son, existían pruebas a montones de lo contrario, pero en el caso de Arseny Vagushin el estereotipo funcionaba: el sujeto reprobable se veía como tal.

—¡Viola, tan hermosa como siempre! —Me abrazó y me dio un par de besos en las mejillas. — Y mi mejor amigo... —Tomó la cara de Makar entre sus manos y también le dio dos besos—. Siempre has sido un hijo de puta con suerte. ¿Cuánto te costó el vestido que lleva? —Hizo un guiño conspirativo—. Todo es poco para mantenerlas contentas.

—Compro mi propia ropa —dije con una sonrisa forzada.

—Claro, claro, para no levantar sospechas. —Se rio un poco y se volvió hacia Makar—. Aunque creo que te estás volviendo tacaño, amigo mío. Aunque proteste, una mujer así es para tenerla cubierta en diamantes, preferiblemente en nada más, y Viola tiene sin duda un cuerpo adecuado para ello y te lo digo yo que tengo un ojo de experto.

—No me gustan las joyas —dije con el tono más seco que pude encontrar y abandonando

completamente la sonrisa.

—Eres una mentirosa —me dijo sonriendo—, solo estás esperando la joya más importante. — Puso su mano frente a mi cara y movió sus dedos. Makar cambió el peso en sus pies, incómodo—. Claro que las chicas finas e inteligentes como tú siempre se hacen las desentendidas, pero estamos entre amigos. —Me tomó por el antebrazo y se inclinó para adoptar un tono conspirativo—. Deberías mostrar un poco más de piel, atraer la atracción de otros hombres, tal vez así se ponga celoso y se apure. Yo puedo ayudarte.

Soltó una gruesa y obscena risotada.

—Parece que tienes aquí a cerca de sesenta de tus mejores amigos —intervino Makar dando un paso al frente. Era extraño lo amenazador que podía resultar ese simple gesto, tanto que Arseny dejó ir mi brazo y se retiró.

—Solo algunos valen la pena, esos que, como tú, me recuerdan la época en la que no teníamos ni para Kvas. Los otros... —Señaló la sala con una floritura—. Son solo decoración. Están aquí por el caviar, el vodka y la champaña gratis.

—Pero igual debes atenderlos. No queremos acapararte —dije sonriendo mientras tomaba el brazo de Makar y nos adentrábamos a la fiesta.

La mayoría de los asistentes eran rusos y se habían conocido por años. También estaban las ya usuales chicas de Arseny: bellezas eslavas, muy jóvenes, con vestidos sexys, maquillajes exagerados y sonrisas manufacturadas, que se mezclaban con aquellos invitados que les eran señalados. Otras, las que estaban castigadas, ejercían de camareras.

—Lamento lo de Arseny —dijo Makar en voz muy baja mientras me ofrecía una copa de champaña que tomó de una bandeja—. Sabes cómo es.

—No vamos a discutir más sobre Arseny esta noche.

—Gracias.

—No dije nada sobre mañana.

Le guiñé un ojo y él sonrió.

En el transcurso de la noche, muchos pasaron a saludar a Makar, intercambiaban algunas palabras en ruso y luego, al notar mi presencia, cambiaban a un idioma que todos pudiéramos entender. Las conversaciones eran, en su mayoría, sobre dinero, negocios e inversiones y, aunque me esforzaba por parecer distraída, mi mente absorbía todos los datos, aunque ninguno era particularmente interesante o nuevo.

—¡Allí están! —Arseny se acercó nuevamente unas horas después, aunque en esta oportunidad estaba acompañado de un hombre de unos cincuenta años, calvo y con los ojos grises más planos que hubiese visto en mi vida—. Anto —dijo dirigiéndose al hombre y todos mis sentidos se pusieron en alerta—, te presento a mi mejor amigo, Makar Volkov. Cualquier tipo de inversión que quieras hacer en el país, este es el sujeto al que tienes que acudir y te aseguro que todo quedará limpio.

Sentí a Makar tensarse a mi lado. Era un cambio sutil en su postura, pues la expresión de su cara no varió nunca.

Estrechó la mano de Anto y comenzó a hablar en ruso con una sonrisa en la boca. El serbio respondió en el mismo idioma y yo, como toda novia lo suficientemente inteligente para saber cuándo su presencia incomodaba a los hombres a su alrededor, apreté ligeramente el brazo de Makar y con una sonrisa me alejé de ellos.

Las conversaciones en otro idioma no eran algo que me fuera a servir de mucho cuando, obviamente, existían mejores opciones al alcance de mis dedos.

Caminé por el salón saludando a algunas personas que conocía por eventos similares, tomé otra copa de champaña y poco a poco, de forma casual y distraída, me fui acercando a la cocina.

Había visitado la casa de Arseny en suficientes oportunidades para saber que en la parte posterior había una escalera de servicio que llevaba al nivel superior donde se encontraban las habitaciones privadas.

No había personal de seguridad en esa escalera y los que entraban y salían de la cocina estaban lo suficientemente bien entrenados para no prestar mucha atención a los huéspedes de confianza de su jefe.

A pesar del tipo de negocios que manejaba Vangushin y de su excelente manera de llevar los libros, la seguridad en su casa era bastante relajada. Por lo general, su sistema era estilo «vieja escuela», con gorilas armados encargados de protegerlo físicamente y dar algunas vueltas de reconocimiento. Las cámaras de seguridad existentes en su residencia cubrían los accesos principales y algunas de las habitaciones. No los pasillos.

La tecnología no era lo suyo. Muy diferente a Makar, que llegaba al punto de colocar rastreadores GPS en su personal de seguridad.

¿Quién dijo dominante y controlador?

Llegué a la planta superior y espí el largo corredor: desierto.

Me apresuré hasta la oficina y, como anticipé, estaba abierta.

«Eres un descuidado, Arseny. Me sorprende que hayas durado tanto tiempo» pensé, aunque debía reconocer que estos sujetos, Makar incluido, no dejaban entrar en su círculo cercano personas en las que no confiaban completamente, y de allí su descuido.

Se sentían cómodos en su cerrado entorno y se apoyaban en el miedo que inspiraban. Siempre esperaban un ataque frontal, nunca a la pequeña hormiguita que recoge migajas para socavar el imperio.

Entré rápidamente y cerré la puerta tras de mí. En la oficina tampoco había cámaras, pero en ese caso no se trataba de una omisión o un error de juicio, sino a que, debido al tipo de tratos que realizaba en ese lugar, era preferible que no quedara ningún registro que pudiera resurgir en algún momento a morderlo en el trasero.

Eso me lo confirmó el propio Makar cuando en medio de una fiesta, en las etapas tempranas de nuestra relación, me trajo a la oficina de su mejor amigo para un poco de «tiempo de calidad».

Lamentablemente, eso estaba por acabar.

Mi primera parada fue el portátil de Arseny, que no estaba protegido por ninguna contraseña.

¡El sujeto siempre me lo ponía demasiado fácil!

En diferentes ocasiones había sacado de allí cualquier dato de interés, pero no estaba de más revisar por algo nuevo. Una vez que descargué en mi teléfono los datos que me parecieron interesantes y borré el registro de descargas, procedí a sacar de mi bolso un par de pequeños dispositivos inalámbricos que escondí en sitios estratégicos y envié un inocente mensaje desde mi móvil: un par de caritas sonrientes a un número registrado bajo un nombre falso. Era la señal para que los activaran.

Esperé recibir la confirmación y salí de allí, solo que al cerrar la puerta a mis espaldas noté la sombra de alguien que subía por la escalera principal. Crucé rápidamente el pasillo y entré al baño que estaba frente a la oficina.

No estaba desocupado.

Allí había dos chicas que no habían tenido el buen sentido de asegurar la puerta tras ellas, para mi buena suerte. Una estaba sentada en el suelo, llorando, mientras la otra le acariciaba el cabello

susurrándole algo en un idioma extraño. Sus ropas reveladoras las señalabas inmediatamente como chicas de Arseny.

—¡Hola! —dije sonriendo—. No sabía que estaba ocupado. Disculpen.

Las chicas se miraron con el miedo en sus ojos. La que lloraba tenía un rosetón cerca del ojo que, si mis cálculos no fallaban, en breve se comenzaría a poner morado.

Como si no fuera mayor cosa, como si mi estómago no estuviera lleno de fuego, fui hasta el espejo, saqué mi pintura de labios y me di un retoque.

—Disculpe, señorita —dijo una de ellas con un acento ruso casi inentendible—. Ya nos íbamos.

—¿Tienen algún problema? —pregunté. Sabía que no debía, pero no pude contenerme. Viejos hábitos, reacciones de la profesión, sólidos valores morales, llámenlo como quieran—. ¿Las puedo ayudar en algo?

—No. No —dijo rápidamente negando con la cabeza—. Ningún problema. Todo bien.

Sabía que mentía, pero no había nada que pudiese hacer. Estuve tentada a darles la tarjeta de un amigo policía que atendía casos de violencia contra mujeres, pero nunca la utilizarían y hacerlo me metería en serios problemas.

Por más que costara, y en ese momento me estaba costando bastante, tenía que concentrarme en el panorama general y no en los pequeños dramas individuales.

—Si están seguras...

La chica ayudó a su amiga a ponerse de pie y salieron apresuradamente sin decir ni una palabra más. Las escuché alejarse por el pasillo y, una vez que el ruido de sus pasos cesó, yo también salí, para encontrarme con Boris, el guardaespaldas personal de Arseny, de pie en la escalera principal.

—Señorita Calhoun —dijo con esa mirada que no evidenciaba nada y comenzó a caminar hacia mí—. ¿Qué está haciendo aquí arriba?

—Hola, Boris —saludé como si no fuera mayor cosa, como si cada paso que el guardaespaldas daba hacia mí no se sintiera como una amenaza—. Los servicios de abajo estaban demasiado llenos. —Boris miró hacia donde las chicas habían desaparecido y lo imité—. Creo que les di un susto de muerte. Salieron despavoridas en lo que me vieron.

—La acompaño de regreso a la fiesta, señorita —dijo, e hizo un gesto con la mano hacia la escalera.

Con Boris pegado a mi espalda comencé a descender. El primero en verme fue Makar, quien, inmediatamente, y seguido de Arseny, fue a nuestro encuentro.

—¿Algún problema? —preguntó Makar con una expresión que no vaticinaba nada divertido.

—Para nada. —Hice un gesto despectivo con la mano—. Los servicios de aquí abajo estaban muy llenos y fui al de arriba. Ni siquiera me pasó por la mente que podía ser un abuso de confianza hasta que me encontré con Boris. —Miré a Arseny de lo más apenada. Creo que hasta logré forzar un sonrojo—. Disculpa el inconveniente, Arseny.

—Ninguna parte de mi casa está prohibida para ti, Viola —dijo Arseny con una sonrisa antes de mirar a Boris con una expresión muy seria—. La señorita Calhun es la mujer de mi hermano, es familia.

Boris soltó algo en ruso y Arseny le contestó un poco exasperado.

—Boris solo estaba haciendo su trabajo. —Puse mi mano en el antebrazo de Arseny y lo apreté un poco para llamar su atención—. No debes regañarlo por hacerlo bien. Siempre es mejor exceso de celo que un poco de descuido. Al menos es lo que yo quisiera para Makar.

—Eres toda una dama. —Arseny tomó mi mano y la llevó a sus labios.

—Todo aclarado entonces —dijo Makar quitando delicadamente mi mano de entre las de su amigo—. Vamos a bailar, Viola.

Me condujo hasta la terraza donde una pequeña orquesta tocaba música suave y los invitados aprovechaban la ausencia de alfombras para balancearse a su ritmo.

—Dime que esas chicas no te dijeron nada.

Makar habló en tono bajo mientras me balanceaba entre sus brazos y sus palabras dejaron claro de qué se trató el intercambio entre Boris y Arseny. Era mucho menos grave de lo que esperé.

—¿Qué podrían haberme dicho?

—Viola...

—Creo que solo hablaban ruso y huyeron despavoridas en lo que me vieron. ¿Están en problemas?

—No deberían haber estado allí.

—Ni yo tampoco.

—Es diferente.

—¿Por qué?

—Tú eres mi mujer. Yo respondo por ti.

Me atacó una extraña ola de vergüenza. No debería sentirla, pero allí estaba, tomándome por sorpresa.

—¿Estarás tú en problemas? —pregunté.

—¿Por qué? Solo fuiste al baño, ¿no?

Tuve que hacer un gran ejercicio de autocontrol para mantener mi rostro sin ningún tipo de emoción y solo esbozar una delicada sonrisita, aunque lo que realmente quería hacer era escrutar pacientemente el rostro de Makar para intentar descubrir si sabía algo. A estas alturas, toda pregunta me parecía capciosa.

«La paranoia en algo común, Viola. No dejes que te afecte», me dije en mi mente una y otra vez.

Seguimos bailando, lo que me permitió mirar el salón desde distintos ángulos, por lo que vi claramente cuando Arseny subió la escalera con su nuevo socio, Anto, y todo mi cuerpo se tensó por la anticipación. También había un poco de satisfacción al saber que Makar no estaba con ellos.

—¿Pasa algo? —preguntó Makar, siempre atento a mis cambios.

—No. —Sonreí—. Me duelen los pies.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No hace falta. Solo me sentaré en un rincón apartado y descansaré mis piecitos. Tú puedes seguir hablando en ruso con tus amigos. —Sonreí de forma sugestiva—. Debes practicar. Sabes que me parece muy sexy.

—Aunque lo hablara mal e inventara palabras, no lo sabrías, y te seguiría pareciendo sexy.

—No arruines mis fantasías, Makar.

—Sabes que estoy aquí para hacer realidad todas y cada una de ellas.

Sonrió de esa forma que podía desarmar a todo un regimiento y esta vez la sonrisa que le di de vuelta fue automática, espontánea, una respuesta nacida de alguna parte de mi cerebro que se negaba a dejarse gobernar por la lógica y las reacciones de manual.

Makar me llevó hasta un mullido sillón desde donde, casualmente, tenía una buena vista de la escalera, y tras dejarme con una copa de champaña bien fría y un suave y rápido beso en los labios, se marchó.

Pasó más de media hora hasta que Arseny y Anto bajaron seguidos de su séquito de guardaespaldas. Inmediatamente después, dejaron la fiesta discretamente sin despedirse de nadie.

Fue todo un reto subir nuevamente a la oficina y retirar lo que había colocado allí. No podía dejar ninguna evidencia detrás. Afortunadamente, todo corrió sin inconvenientes.

—Allí estás —dije acercándome a Makar, quien estaba parado solo en la enorme terraza bebiendo escocés y mirando al infinito sin prestar atención a la orquesta que seguía tocando—. Te he estado buscando.

—He estado aquí los últimos quince minutos.

—Y fue el último sitio en el que se me ocurrió mirar. —Choqué su brazo con mi hombro de forma juguetona—. ¿Todo bien? ¿Qué haces aquí tan solito?

—Es lo que generalmente ocurre cuando tu mujer desaparece en medio de una fiesta.

—Es que estaba escondida en una esquina con uno de los amiguitos de Arseny que tiene una boca divina —dije con un guiño.

—No juegues, Viola.

—No me digas que estás celoso a estas alturas.

—Sí. Siempre. A cada minuto. —Me miró echando chispas por los ojos.

—Los celos son inseguridad.

—¿En serio? ¿Quién lo diría? —Terminó lo que quedaba en el vaso—. Estoy listo para irme si tú lo estás.

—Tus deseos son órdenes para mí, amo y señor de mi vida.

—Si tan solo fuera verdad...

Dejó el vaso vacío sobre el muro de la terraza y me ofreció su brazo.

—Vámonos de una vez.

—¿Buscamos a Arseny para despedirnos? —pregunté inocente en lo que abandonamos la terraza y entramos nuevamente al salón.

—Sabemos que tenemos demasiado tiempo en una fiesta cuando el anfitrión se fue y nosotros seguimos en ella.

—¿Arseny se fue de su propia fiesta? ¿Por qué?

Makar solo se encogió de hombros y ese gesto despreocupado me dejó saber que estaba al tanto de lo que estaba ocurriendo entre Arseny y Anto, por lo que mi corazón se rompió un poco.

## Capítulo 4

Makar estuvo particularmente silencioso durante el trayecto de regreso. Si le preguntaba algo, respondía con monosílabos y el resto del tiempo parecía masticar sus propias muelas.

La mayoría de las veces solía ser encantador, pero sus cambios de humor eran legendarios. Había aprendido a vivir con ellos, sin embargo, había algo raro en esta oportunidad, algo que no podía descifrar.

Cuando llegamos a la casa, el silencio era tan denso que nuestros pasos hicieron eco en el vacío vestíbulo que permanecía casi en la penumbra.

—¿Todavía te duelen los pies? —preguntó sin verme.

—Un poco.

Sin mediar otra palabra me tomó entre sus brazos y me cargó como en una película antigua.

—Tengo que hablar algo contigo. ¿Me acompañas al estudio? —preguntó y se sentía raro, un poco amenazante incluso, que hiciera la pregunta justo cuando me tenía entre sus brazos, cuando escapar se sentía prácticamente imposible.

Tal vez se trataba solo de mi estúpida consciencia que hacía acto de presencia en el momento menos oportuno o esa paranoia que, aunque identificada plenamente, era difícil de desterrar.

—¿Pasa algo?

—Eso espero —dijo sonriendo un poco, aunque la sonrisa no llegaba a sus ojos—. Tú me dirás.

Comenzó a caminar hacia el estudio con su paso normal, como si el peso extra no lo afectara en lo más mínimo.

—No entiendo nada.

—Paciencia.

Al llegar al estudio, me dejó en el sofá y regresó hasta la puerta para cerrarla. Por alguna razón ese sonido de la puerta al cerrarse se sentía ominoso.

—Makar, me estás poniendo nerviosa.

—Yo también estoy nervioso.

Lo miré confundida mientras hacía su camino de regreso hasta el sofá. Nunca vi a Makar nervioso, no de esa manera. Furioso, serio, exasperado, sí, incluso feliz y relajado, pero nunca nervioso.

Se quitó el saco y lo dejó al sofá a mi lado, luego la corbata, todo con una parsimonia pasmosa que estaba elevando mis niveles de ansiedad hasta un terreno peligroso. Finalmente sacó el arma, esa Colt Commander nueve milímetros de fibra de carbono que siempre llevaba consigo y la dejó en el brazo del sofá.

Aunque no estaba, literalmente, al alcance de mi mano, al menos estaba más cerca de mí que de él. Eso me daba un poco más de tranquilidad.

Makar se arrodilló frente a mí y me quitó, primero un zapato, luego el otro, y comenzó a darme un masaje en los pies. Sin embargo, no era un gesto juguetón, ni siquiera completamente amoroso o insinuante; era ausente, pausado, como si estuviera perdido en sus propios pensamientos.

—Muchas mujeres han querido estar en una relación conmigo —dijo finalmente mientras suavemente masajeaba el metatarso de mi pie derecho—. La mayoría de ellas, jovencitas con apenas edad legal para beber alcohol, están interesadas en el dinero, en cierto estilo de vida que puedo proveer. —El masaje pasó a cada uno de los dedos de mis pies—. Otras, están atraídas por el poder o por el hecho de estar con un hombre no del todo correcto. Las que no son jovencitas con algún motivo oculto, las que son mujeres decentes, huyen cuando se dan cuenta de lo que se esconde detrás de la fachada, del lugar de dónde provienen todos los lujos. —Soltó mi pie derecho y comenzó el proceso con el izquierdo—. Desde que te conocí he tratado de adivinar cuál de ellas eres y la pregunta me atormentó por mucho tiempo, mucho más cada vez que notaba que no te ibas. Por el contrario, encajabas en mi vida con facilidad. Era todo tan natural que, por fuerza, debía de ser artificial.

—Makar no tengo idea de lo que estás diciendo.

—Te hice investigar —dijo y una sensación para nada agradable se hizo presente en mi estómago—, y cada vez que llegaba un informe, cada maldita vez, temblaba antes de abrirlo porque temía lo que iba a encontrar. Finalmente encontré la respuesta que buscaba y no podía creerlo.

Levantó la vista de mis pies y me miró a los ojos. Había algo allí, un brillo en el fondo que no podía descifrar, pero que me producía escalofríos, de los malos y de los buenos, ambos al mismo tiempo.

Estaba atrapada, encerrada en esa casa y rodeada de personal de seguridad. La mano de Makar alrededor de mi tobillo se sentía como la garra de un depredador que finalmente atrapó a su presa. Resistí el impulso de mirar el arma.

—Busca en el bolsillo de mi chaqueta, Viola. Allí está la respuesta.

Sentí que hacer lo que me pedía podía ser una trampa, pero no tenía forma de negarme. Debía permanecer calmada.

Busqué en el bolsillo de su chaqueta que tan cuidadosamente puso a mi lado, momento que aproveché para comprometer en mi memoria la posición del arma, y me encontré con una caja de terciopelo.

—Ábrela —ordenó sonriendo un poco con ese gesto que parecía gritar algo, pero en un idioma que no entendía.

Abrí la caja y dentro había un anillo simple: solo un aro de plata con una piedra azul con hilos dorados, montada al aire. Toda la joya tenía cierto aire antiguo, encantador, precioso en su simplicidad. Sin duda significaba algo, pero no podía entender qué. Mi mente trabajaba a mil por hora tratando de construir posibles escenarios.

—Una expresión similar debí de tener yo cuando me di cuenta —dijo, todavía exhibiendo esa sonrisa enigmática.

—No entiendo.

—Es un lapislázuli. Antiguamente se creía que significaba la amistad y la verdad.

—Nunca pensé que tomaras en consideración la simbología.

—Viola, el que estés conmigo no tiene ninguna explicación lógica. No quieres mi dinero, tampoco el poder; es más, esa parte de mi vida te repele. Luego de juntar todas las piezas hay solo una cosa que tiene sentido. —Hizo una pausa que, en otras circunstancias, hubiese parecido

excesivamente dramática—: Me quieres a mí, quieres estar conmigo. Esa simplicidad tiende a confundir, a asustar. Eres mi amante, mi amiga, la única realidad que importa. Cásate conmigo.

Abrí la boca pues sabía que debía decir algo, pero no era un escenario que hubiese previsto, por lo que estaba completamente en blanco. Al menos el gesto sirvió para que algo de aire entrara a mis pulmones.

—Makar... —pude decir finalmente gracias a la pequeña ingesta de aire, y fue todo. No era la respuesta más articulada que podía dar en esas circunstancias, pero la adrenalina, el miedo, todavía no me habían abandonado del todo y un nuevo sentimiento, uno al que me negaba a dar nombre y que prefería ignorar el mayor tiempo posible, hizo acto de presencia creando una ensalada intoxicante que era difícil de identificar.

Solo Makar Volkov podía lograr proponer matrimonio de una forma tan encantadoramente aterradora.

—Sé que el anillo es muy simple —dijo un poco apenado—, pero nunca te gustaron las joyas caras y me pareció que representaba lo que somos.

—Es precioso, perfecto.

—También sé que parece poco tiempo desde que estamos juntos —continuó como si no me hubiese escuchado—, pero no somos un par de críos y, cuando conoces a la persona adecuada...

—Makar...

«Tienes que dejar de decir su nombre», me reprendí mentalmente. Aunque era una táctica bastante buena para ganar tiempo, no era efectiva a largo plazo.

Tomé sus manos entre las mías e hice un esfuerzo titánico para dejar a un lado mi propia confusión. Fue entonces que finalmente pude identificar ese sentimiento detrás de los ojos de Makar al que no había podido darle nombre y que estuvo allí desde que entramos a la casa: vulnerabilidad.

Por extraño e ilógico que pareciera no era un sentimiento que me gustara encontrar allí, no era él, no pertenecía al hombre del que me había...

«¡Ni siquiera se te ocurra terminar esa oración!», protestó una voz.

—¿Quieres ser mi esposa, Viola? —preguntó todavía de rodillas a mis pies.

—Sí.

La afirmación se me escapó antes de que pudiera pensarla y no respondía a ninguna lógica o estrategia, ensayada o improvisada.

Luego buscaría alguna razón para justificarla, pero en ese momento la respuesta fue algo visceral.

Makar tomó la cajita de terciopelo de entre mis manos, sacó el anillo y lo puso en mi dedo para luego admirar la obra mientras una enorme sonrisa se colaba en su boca, borrando de golpe esa incertidumbre que exhibió desde que llegamos de la fiesta.

—Te amo. Vamos a ser muy felices, te lo prometo.

Selló su confiada afirmación con un beso, y aunque un pensamiento no bienvenido quiso colarse en mi mente, lo aparté casi como una reacción instintiva, un mecanismo de defensa, y me permití disfrutar el momento. A fin de cuentas, las mejores mentirosas son las que se creen su papel y era una propuesta hermosa, llena de simbolismo, aunque no fuese realmente para mí.

—Quítate la ropa —dijo en un susurro, aunque el bajo volumen no ocultaba, para nada, la orden implícita.

—Por siempre un romántico —dije con una mueca y me puse de pie, de cierta forma liberada y contenta. Los minutos de terror vividos antes desaparecieron como por arte de magia.

Mientras Makar se sentaba en la alfombra a mis pies, hice toda una producción de la simple acción de desabrochar el vestido, dejarlo rodar por mi cuerpo.

—¿Así está bien? —pregunté cuando únicamente estaba cubierta por mis bragas y mis medias.

—Sí, por ahora —dijo incorporándose sobre sus rodillas para luego abrazar mis piernas y enterrar la cara en mi sexo.

Así, con la tela en el medio, era una sensación diferente ser mordida, succionada, comida, pero no menos intensa.

—Podría hacer esto todo el día —dijo cuando finalmente me dejó ir y me dio un ligero empujón que, gracias a la inestabilidad de mis piernas, me mandó de nuevo al sofá.

—¿En serio? —pregunté con un hilo de voz. Ser torturada de esa forma no era mi manera ideal de pasar el día.

—No.

Sonrió y, sin la parsimonia que lo caracterizaba, se sacó la camisa, los zapatos, las medias y finalmente el pantalón, aunque tuvo la previsión de sacarse el cinturón antes y arrojarlo a mi lado.

Estaba tratando de elaborar en mi mente los más curiosos escenarios del uso que podríamos darle a ese cinturón, pero en lo que sus pantalones cayeron al suelo, los tatuajes en sus rodillas captaron mi atención como tantas otras veces.

No habían sido una sorpresa la primera vez que los vi, sabía que debía esperarlos, que estarían en algún lado; pero no había manera de que su presencia no indicara una advertencia muy clara para quien tuviera algún tipo de conocimiento sobre el tema.

Eran dos estrellas, una en cada rodilla, que cubrían toda la rótula y lo identificaban como un capitán de la Bratva, también conocida como «La Hermandad» o simplemente la mafia rusa. El lugar en el que habían sido colocados indicaba que Makar no se arrodillaba ante nadie, ni siquiera ante hombres de mayor rango.

Intenté averiguar más sobre la inusual locación de los tatuajes, pero esa era otra parte de la vida de Makar de la que simplemente no se hablaba.

«Tonterías que uno hace en prisión», me dijo la primera y única vez que intenté preguntar sobre ellos, pero no tenía forma de decirle que sabía muy bien que nunca había estado tras las rejas. Ni aquí ni en Rusia.

Estuve tentada a decirle algo como «Oliver Queen tiene un tatuaje parecido» durante una tarde que nos dimos un maratón de *Flecha Verde* en Netflix, pero Makar era demasiado inteligente para caer con el comentario aparentemente inocente.

Lo dejé correr esperando reunir más información con el tiempo, pero durante nuestra convivencia jamás mencionó a la Bratva, ni estuve en contacto cercano o escuché mencionar los nombres de algunos de los generales. Ninguna puta evidencia, ni siquiera una pista.

Ese hombre era un maestro en ocultar su rastro.

—¿Quieres jugar un poco hoy? —preguntó cuando se despojó de la ropa interior y estaba tan erecto que el tipo de juego que tenía en mente no debía ser apto para todo público.

Por toda respuesta estiré los brazos frente a mí con las muñecas juntas.

Makar negó con la cabeza lentamente y me hizo una seña con el dedo indicándome claramente que debía levantarme y darme la vuelta.

—No te acostumbres —le advertí con una media sonrisa al tiempo que hacía lo que me pedía.

—Te gusta tanto como a mí.

—Tal vez soy tan buena novia que lo hago simplemente para complacerte.

—Manos atrás.

Las puse en mi espalda como me ordenó y lo vi recoger el cinturón. Sentí la piel de cocodrilo, cuidadosamente transformada por Cartier, morder mis muñecas un poco más fuerte de lo que era normalmente cómodo.

—Duele.

—De rodillas —prosiguió pasando de mi protesta porque sabía que era exagerada—. El cuerpo sobre el sofá y las piernas separadas.

Tratando de no perder el equilibrio, porque eso de arrodillarse con las manos atadas a tu espalda requiere algo de concentración, hice lo que me pedía.

—Estoy locamente enamorado de ti —dijo y, aunque no me estaba viendo la cara, sonreí.

—Curiosa situación para expresar tu romanticismo.

—Callada te ves más bonita.

—Prefiero ser menos bonita y más...

No pude terminar, la boca de Makar aterrizó nuevamente sobre mi sexo con furia. De haber sabido que así terminaría la noche, hubiese elegido unas bragas de satén y no de encajes. El roce de la tela aumentaba las sensaciones en mil por ciento.

Mis caderas comenzaron a perder el control y mis manos a luchar contra la atadura. Era extrañamente liberador estar en una situación tan vulnerable con un hombre tan peligroso, tanto para el mundo como para mí en particular. Ser tan arriesgada era divertido, un extraño juego de poder.

—Te pones tan caliente con tan poco —dijo cuando separó su boca de mí y sus dedos apartaron la tela para continuar con el trabajo con la misma falta de control, incluso más—. ¿Estás lista para rogar para que te de lo que quieres?

—Nunca —dije jadeando.

—Puedo parar y dejarte así. ¿Qué harías entonces, pequeña Viola?

Y como si estuviera tratando de darme un ejemplo a base de opestos movió sus dedos con más violencia.

—Me vengaría —pude decir gracias a las dos neuronas que todavía funcionaban.

—¿Cómo?

—Me masturbaría detrás de una puerta cerrada. Podrías oír, pero no ver.

—Eres maquiavélica —dijo y, aunque no podía verlo, sentí la sonrisa en sus palabras.

Sus dedos cesaron su trabajo y por un momento temí que una lucha de voluntades fuese a tener lugar más allá de las simples palabras, pero antes de que pudiera tan siquiera idear algún tipo de estrategia, sentí la embestida furiosa que llevó mi cabecita a estrellarse contra el respaldo del sofá.

¡Al menos era mullido!

Claro que en ese momento otras cosas eran mucho más urgentes que un dolor de cabeza que, en vista de los otros estímulos, no sentiría hasta dentro de unas cuantas horas.

El paso de Makar era furioso, intenso, al igual que la forma en que sus dedos se enterraban en mis caderas para moverme contra él.

Estás así, atada, sin poder sino jadear, con un hombre enorme controlando mis movimientos y encontrándolos con los suyos en una especie de lucha furiosa en la que yo era solo una espectadora que, para más frustración, estaba de espaldas a toda la acción, detonó el orgasmo pronto y fue uno muy intenso.

—Me gusta cuando gritas así —dijo todavía moviéndose con fuerza dentro de mí. Ni siquiera me di cuenta de que había dicho algo, o gritado, o cantado todas las arias de *La Bohème*—. Me

enloquece imaginar que todos en esta casa escuchan lo que estamos haciendo.

Seguramente en otro momento se me hubiese ocurrido alguna respuesta sarcástica o ingeniosa, pero las contracciones de mi cuerpo disminuían y el subidón de adrenalina se estaba disipando. Estaba a un paso de que las rodillas dejaran de sostenerme y colapsar con el cuerpo de Makar prácticamente sobre el mío.

Solo podía intuir, basada en experiencias previas, que al día siguiente me dolería hasta el cabello y moretones aparecerían en los sitios menos esperados. Aunque, si era honesta, si apartaba la voz cínica en mi cabeza, debía admitir que no cambiaría absolutamente nada de mi tiempo con Makar.

Claro, ese era un secreto que nunca admitiría, ni siquiera en sueños.

Viola Calhoun era una mujer que cumplía con sus asignaciones y esperaba ansiosa la siguiente, que cambiaba de piel como una serpiente y, como al reptil, le importaba poco la muda que dejaba atrás.

## Capítulo 5

Horas después, ya en la cama con Makar desnudo durmiendo a mi lado, el anillo comenzó a volverse pesado y ese peso amenazaba con extenderse por todo mi cuerpo, eclipsando el dolor de los raspones en mis rodillas o el ardor en las muñecas producto de mi lucha con Cartier.

Comencé entonces a elaborar las explicaciones lógicas para justificar mi decisión, esa respuesta que había dado sin pensar, ese «sí» espontáneo y lleno de alegría. Una de ellas era que, de no haber accedido a casarme con él, la ruptura hubiese sido inevitable y todavía no estaba lista para dejarlo, todavía tenía trabajo pendiente. Además, no era como si estuviese ya caminando por el altar; podía decir que sí y luego desaparecer. Una mentira más, una mentira menos.

Claro, esa lógica explicación me evitaba reconocer la reacción más importante: el revoloteo imposible en mi estómago cuando la pregunta fue hecha, pero nadie tenía que saber que existió. Además, ¿qué mujer normal no sueña con que un hombre rico y apuesto le proponga matrimonio? Era una especie de condicionamiento mental que venía con la socialización, que fue sembrado en nuestras mentes la primera vez que nos leyeron *La Cenicienta*.

Asentí como llegando a un acuerdo conmigo misma sobre la versión más conveniente, que incluía una crítica al odioso patriarcado (de esas que estaban tan de moda), cuando se iluminó la pantalla de mi teléfono. El número era desconocido, pero una llamada a las tres de la madrugada de un número desconocido no era algo que podía pasar por alto.

Tomé el aparato, salí de la cama y fui hasta la terraza, no sin antes voltear a ver si la vibración del teléfono sobre la mesa de noche había despertado a Makar.

No, seguía durmiendo como un hombre sin una sola preocupación en su vida.

—¿Sí? —respondí con el tono más casual del que fui capaz.

—Está hecho. Tienes que salir de allí.

—Son las tres de la mañana —dije bajito, volteando nuevamente sobre mi hombro—. Puedo encargarme de eso a una hora razonable.

—En lo que te sea posible. El teléfono de Volkov comenzará a sonar dentro de poco. Las noticias vuelan pronto.

—Veré qué puedo hacer sobre eso.

—Cuidate mucho, Viola. Este es el momento más delicado.

—Me comunicaré nuevamente cuando todo esté resuelto.

Terminé la llamada y regresé a la habitación para encontrarme a Makar despierto, sentado en la cama.

—¿Pasa algo? —preguntó todavía con el sueño guindando alrededor de sus ojos.

—Un cliente. —Hice una mueca—. Quiere asegurar una pintura, pero está en Europa y está tan desesperado que no tomó en cuenta la diferencia horaria. —Suspiré—. Idiota.

—No me digas que fue Bernard.

—El señor Duserre no es mi cliente. Como todo francés, considera que los norteamericanos somos un poco vulgares en lo que se refiere a nuestro gusto artístico. —Hice un gesto con la mano—. Fue un idiota diferente.

—Ni pensar que fuiste tú la que me obligó a poner en silencio el teléfono a la hora de dormir para no ser molestados por idiotas.

—El mío estaba en silencio. No me digas que te despertó.

—Me despertó tu ausencia. Ya estoy acostumbrado a dormir contigo.

Estiró la mano en mi dirección y me uní a él en la cama donde me recibió con un beso.

—¿Preocupada por tu cliente?

—No, ya le dije que lo arreglo todo a primera hora. Lo que tengo es sed. Voy a bajar por algo de beber.

—Yo lo busco —se ofreció, tal y como había esperado—. ¿Algo en particular?

—Coca-Cola, con mucho hielo. Esa champaña comenzó a hacer efecto.

—Un poco tarde para eso.

—Tal vez fueron los reiterados golpes de mi cabecita contra el respaldar del sofá.

—Es ese caso, mejor te traigo un par de aspirinas y no una Coca-Cola.

—Tráeme mi Coca-Cola. No te pongas creativo.

—Pensé que te gustaba cuando me ponía creativo.

Dejó la cama y así como estaba, desnudo, salió de la habitación.

Siempre me maravillaba la confianza con la que se movía por el mundo, mucho más cuando se encontraba en la seguridad de su casa.

«Tú destruirás esa confianza. Le recordarás que es vulnerable».

Cerré los ojos, me di un breve masaje en las sienes y me pregunté, por enésima vez, si las personas normales escuchaban la voz de su consciencia y sostenían conversaciones con ella. Existían distintas teorías psicológicas al respecto y siempre había sido parcial con aquella que aseguraba que era una forma sana de terapia.

El argumento del dolor de cabeza, que me había servido para sacar a Makar de la habitación, estaba por convertirse en realidad y tenía cosas por hacer antes de que él regresara.

Me levanté y busqué su teléfono que, en medio de la celebración por nuestro compromiso, quedó descartado en el bolsillo de sus pantalones que estaban en el suelo de la habitación.

Todavía no había mensajes ni llamadas perdidas, pero con seguridad eso cambiaría en los próximos minutos. No podía negar que estaba curiosa de saber cómo había transcurrido todo.

Apagué el teléfono para mayor seguridad. Makar podía escucharlo vibrar a kilómetros de distancia, era una de sus habilidades mágicas, algunas veces creía que podía presentir cuándo iba a sonar. Lo coloqué en el bolsillo de su chaqueta que tiré en una silla a la que le arrojé encima mi vestido, mi bolso y mis zapatos.

Regresé a la cama donde inocentemente esperé por mi bebida.

Después de que las luces volvieron a apagarse, me fue imposible dormir. Ya no había razón para debates interminables en mi cabeza sobre el compromiso, el anillo o la propuesta. Ahora el peligro era real y se cernía sobre mi cabeza con cada bocanada de aire que tomaba, con cada sonido fuera de la habitación, con cada coche que escuchaba pasar a lo lejos.

Por eso no fue de extrañar que los primeros rayos de luz me encontraran ya ataviada con mi ropa de trabajo, pantalones, no falda, por las marcas en las rodillas, y a Makar todavía dormido. Por un momento vi el anillo en mi dedo y pensé que lo más adecuado, lo moralmente correcto, sería dejarlo atrás; pero si Makar lo encontraba eso traería preguntas antes de tiempo, y si algo

necesitaba ahora era tiempo. Mejor sería dejarlo donde estaba: en mi dedo.

Esa era otra de las negociaciones lógicas con las que intentaba convencerme a mí misma de que esas eran las verdaderas razones tras mis actos. Nada que ver con que me gustase verlo allí de una forma no estrictamente estética.

No. Para nada. Ni siquiera usaba anillos.

—¿Viola? —La voz ronca de Makar me trajo de nuevo al aquí y al ahora. A lo que era urgente—. ¿Qué haces fuera de la cama y vestida a esta hora?

—Buenos días —dije fabricando una sonrisa—. ¿Recuerdas el cliente europeo fastidioso? Tengo que resolver eso y antes debo pasar a dejar el vestido en la tintorería. —Levanté la mano para mostrarle la bolsa donde llevaba el Carolina Herrera. Era mío, lo había comprado con mi dinero y costó un buen pellizco. No iba a abandonarlo.

—¿Y qué hay de mi desayuno? —preguntó haciendo un puchero.

—Tuviste una abundante cena —respondí con un guiño.

—Deberé ir a trabajar en ayunas. —Suspiró con resignación e hizo amago de salir de la cama.

Si Makar salía de la cama, lo primero que haría sería revisar su teléfono. Necesitaba estar fuera de la casa antes de que eso ocurriera.

—Lo que deberías hacer —dije caminando hacia él, lo que evitó que terminara de incorporarse—, es quedarte en la cama un par de horas más, descansar. —Lo empujé por los hombros para hacerlo caer de espaldas—. Trabajas demasiado y solo has dormido unas cuantas horas.

—No vale la pena quedarme en la cama si no estás conmigo —dijo tirando suavemente de mis manos en un vano intento por hacerme claudicar.

Estaba perdiendo tiempo. Aunque Makar no buscara su teléfono, eventualmente alguien de su personal vendría con las noticias.

—Puedes quedarte en la cama y pensar en mí. —Sonreí de forma sugestiva—. Pensar mucho, mucho en mí, intensamente.

—Eres una niña muy sucia.

—Sucia va a quedar la cama cuando termines.

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Makar mientras se acomodaba en la cama y sus manos desaparecían debajo de la sábana.

—Eso espero.

—Solo la idea me dará energías durante esta horrible mañana sin desayuno. —Puse mi mejor expresión inocente y batí un poco las pestañas—. Puedes llamarme más tarde y contarme. Quiero todos los detalles.

Su mano comenzó a moverse bajo las sábanas.

—Me voy —dije guiñándole un ojo—. No me gustan los *spoilers*.

Volteé sobre el hombro antes de salir y Makar me miraba fijamente. Esa imagen: sus ojos oscurecidos por el deseo mientras su mano lentamente se movía bajo la sábana, como alargando la escena para mi disfrute; esa mueca en la boca que conocía tan bien por momentos similares y su cuerpo tenso, era una buena postal de despedida, una que quería conservar.

—¿Almorzamos juntos? —preguntó. Su tono había descendido una octava—. Este solitario desayuno no me mantendrá todo el día y quiero contarte todo sobre él cuando te tenga al alcance de mis manos.

—Seguro. ¿Me llamas?

—En unos minutos estaré gritando tu nombre.

Tuve que contenerme para que no se me subieran los colores.

—Procura que lo escuche cuando esté saliendo.

—Tú y todos los que estén en la casa.

Tras lanzarle un beso, salí cerrando la puerta en más de un sentido.

Aunque mis piernas se negaran y una parte de mí quisiera regresar a esa habitación, tenía que activar de alguna forma mi instinto de supervivencia, que permanecía sepultado entre tanta lujuria, y salir de allí. Rápido.

Al menos el ruido de mis tacones en el suelo de mármol sirvió para que recobrará el sentido de la urgencia, pues cada sonido despertaba una especie de temor, como quien se infiltra de noche en una casa donde todos duermen y cree que cada crujir despertará a sus ocupantes.

De camino a la puerta me crucé con uno de los guardaespaldas de Makar, quien iba con el paso apurado de quien lleva noticias importantes.

—No querrás molestarlo justo ahora, Anatoly —dije con una sonrisa pícará que logró que detuviera su decidido avance—. Le di algo que pensar como compensación por irme temprano y estará encargándose de ello por los próximos diez minutos. Con sus propias manos. —Me mordí el labio y encogí un solo hombro—. Si tocas la puerta y lo distraes te arrancará la cabeza.

Sonreí ampliamente el tiempo necesario para ver la duda instalarse en el rostro de Anatoly. Luego seguí mi camino, con pasos rápidos, pero sin intentar parecer apurada.

En lo que abandoné la propiedad, pude respirar un poco mejor. La tensión seguía en mi cuerpo y se manifestaba en la forma en que mi pie aprisionaba el acelerador, pero al menos estaba en un lugar abierto con una ruta de escape perfectamente planificada.

Una vez que aparqué en el garaje subterráneo del edificio donde aún conservaba mi pequeño apartamento, tomé el ascensor y tras llegar al lugar cerré la puerta y activé la alarma.

Rápidamente me cambié de ropa, despidiéndome por un tiempo de los tacones y las vaporosas blusas y volviendo a usar mis cómodos vaqueros, mi camisa utilitaria y mis Adidas. Dejé el bolso y todo su contenido en el clóset, intercambiándolo por mi mochila de viaje, constatando en el proceso que mi verdadera identificación, tarjetas de crédito y teléfonos estuvieran allí.

Estaba a punto de apagar y desarmar el teléfono que utilicé desde que llegué a San Francisco cuando la pantalla se iluminó con el nombre de Makar en ella.

Por unos segundos dudé en contestar, pero era demasiado pronto para mandar la llamada al buzón.

—Hola, amor —respondí—. No me digas que ya saliste de la cama.

—Tengo que cancelar nuestro almuerzo, Viola. —Su voz era urgente, preocupada.

—¿Pasó algo? —presioné por información.

—Nada por lo que debas preocuparte.

Makar y sus misterios hasta el final.

—Ahora voy a estar preocupada —insistí.

—Pasó algo. Grave —dijo midiendo las palabras—. Estoy haciendo lo posible para que no nos toque.

Quise reír, pero no de forma alegre. Era un estallido amargado y culpable que, afortunadamente, pude controlar.

—Viola —insistió Makar ante mi silencio.

—¿Sí?

—Hablamos esta noche.

La llamada concluyó y me quedé mirando a la pantalla del teléfono que poco a poco se apagó, desvaneciéndose el nombre y la fotografía, poniéndose negra, como el final de una película.

¡Vaya que estaba metafórica!

Con rabia apagué el teléfono. Ya estaba bastante grandecita para dejarme envolver en el drama de mi propia mente, más cuando ese drama podía llegar a costarme la vida.

Encendí mi otro teléfono y marqué el último número.

—Todo listo, Frank —dije mientras colgaba la mochila en el hombro—. Abandonando la locación en este instante.

—Un boleto de avión te espera. Envío los datos.

—Dejo en el clóset un vestido Carolina Herrera que es mío. Por favor, haz que me lo envíen.

—Cuenta con eso.

Fue todo. Cerré el apartamento y abandoné el edificio sin mirar atrás. En cuestión de horas todo lo material desaparecería. Nada me pertenecía y lo que había quedado en casa de Makar significaba solo una serie de números en un presupuesto. Este capítulo de mi existencia se desvanecería como otros anteriores. Así era la vida para las personas como yo.

En lo que abordara en el taxi que me llevaría al aeropuerto, mi verdadera yo comenzaría a emerger sobre la falsa que construí en los últimos meses. Aunque tomaría más tiempo desterrarla de mi existencia que las pocas pertenencias que me habían acompañado durante los últimos meses, siempre desaparecía, así que tenía la esperanza de que con esa Viola se fueran esos sentimientos que me aprisionaban el corazón como si una mano invisible estuviera intentando asesinarme.

## Capítulo 6

Tras aterrizar en Washington, mi instinto inicial no fue ir a casa e inspeccionar mi apartamento tras la larga ausencia. Eso podía esperar. No tenía mascotas ni plantas por las que preocuparme.

La avenida Pensilvania fue la dirección que le di al taxista y me bajé frente al icónico edificio J. Edgar Hoover. La oficina central de la Agencia Federal de Investigación era, en muchos sentidos, mi hogar.

Entré como lo había hecho durante los últimos años, y con la misma calma y rostro aburrido de todos los que me rodeaban, tomé el elevador, aunque por dentro deseaba que todo se moviera más rápido para llegar a la oficina de una buena vez y poder leer los informes preliminares del caso. No tenía ni idea de cómo había corrido el operativo ni de quiénes, finalmente, resultaron implicados. La prensa todavía no había dado ningún tipo de detalles.

Una figura familiar me recibió. Con una sonrisa en el rostro y un café en la mano, el agente especial Samuel Taylor, sentado sobre mi escritorio, me miró directamente, como anticipando mi entrada, y levantó el vaso en la señal universal de brindis antes de dejarlo sobre la mesa y comenzar a aplaudir lentamente.

Eso llamó la atención de otros que lo imitaron.

Un poco avergonzada y, por qué negarlo, también sintiéndome unos centímetros más alta incluso sin tacones, caminé desde el elevador hasta mi cubículo repartiendo sonrisas tímidas y recibiendo apretones de mano.

No era mi primer triunfo, ni siquiera la primera vez que actuaba sola en una operación, pero el reconocimiento público de mis éxitos, en un trabajo cuya definición era mantener un bajo perfil, se sentía extraño y, a la vez, reconfortante.

—Viola Calhoun, la primera de su nombre, defensora de las mujeres y destructora de tráfico internacional de personas —anunció Sam y teatralmente saltó del escritorio y se arrodilló frente a mí—. Mi reina, agente encubierta extraordinaria.

Una risa honesta escapó de mi garganta.

—¿Sabes que esa mujer de los dragones terminó siendo una loca asesina? —pregunté solo por llevarle la contraria.

—También Thanos y no puedes negar que, en abstracto, tenía razón.

—¿Thanos es el del guante o el robot de Sokovia? —pregunté fingiendo confusión.

—¡Blasfema!

No me quedó más que reír ante su sincera indignación.

—Nunca entenderé cómo un ñoño como tú pasó el examen del FBI —dije negando con la cabeza.

—Te tenía a ti para que me ayudaras, Khaleesi.

Afortunadamente, algunos compañeros vinieron a felicitarme y eso sirvió para que Sam dejara

su ridícula postura de caballero medieval que, por cierto, obstaculizaba mi acceso al café.

—Gracias —dije levantando el vaso cuando finalmente quedamos solos—. Está caliente y todo.

—Frank, de la oficina de San Francisco, avisó en qué vuelo te puso, y te conozco lo suficiente para saber que esta sería tu primera parada. Solo tuve que hacer un pequeño cálculo.

—Deberías cambiar de departamento y dedicarte a hacer perfiles.

Di un trago largo a mi café sintiendo que una parte de mí regresaba a donde le correspondía.

«Poco a poco. Un café a la vez», pensé mientras suspiraba.

—No. Perfiles es aburrido —respondió Sam ligeramente ofendido—. Me gusta la acción y me gusta tenerte en el escritorio vecino, las pocas veces que ambos estamos en la oficina al mismo tiempo.

—Te gusta porque soy la única que soporta tu desorden —dije lanzando una mirada significativa al espacio conjunto que nuestros escritorios compartían y que estaba llena de Funkos y figuras de acción—. Eres como un niño pequeño con permiso para portar armas.

—Somos un cliché —dijo encogiéndose de hombros—. El divertido. —Se tocó el pecho—. Y la cara de palo. —Me señaló—. Que persiguen a los malos. Deberíamos tener nuestra propia serie de televisión.

—Pues en este capítulo creo que perdí el guion, porque además de los aplausos y las felicitaciones, no tengo todos los detalles de lo que pasó —admití—. De hecho, no tengo ningún detalle, solo me dijeron que todo había concluido y que podía regresar.

—El jefe ya debe de saber que estás aquí. —Sam señaló con la cabeza una oficina en el piso superior—. Él tiene mejores detalles que yo y de seguro querrá felicitarte en persona.

—O regañarme por algo.

—Probablemente las dos cosas.

—Probablemente. —Tras echarle una miradita a la puerta cerrada de la oficina en el piso superior, di el último trago al café y eché el vaso en la papelera—. Mejor voy de una vez.

—Viola —llamó Sam cuando pasé a su lado.

—¿Sí?

Me miró de arriba abajo un par de veces.

—Nada.

Negó con la cabeza y una extraña mueca apareció en su boca.

—¿Seguro?

—Seguro. Sube y recibe tu felicitación, que te la mereces.

Sonriendo nuevamente subí la escalera, aunque tuve que refrenarme para no hacerlo de dos peldaños a la vez, y golpeé la puerta cerrada.

—Pasa, Viola —respondió la voz en el interior.

La oficina era del tipo utilitario y aséptico. Una placa de reconocimiento por aquí, una foto familiar por allá, que en nada contribuían a darle ningún tipo de calor.

El hombre tras el escritorio era otra cosa. El agente especial, Cassius Johnson, encargado de la división de Operaciones Encubiertas, fue mi guía cuando entré al departamento y había sido, a lo largo de los años, un mentor. Aunque no era un jefe paternal y amoroso, sus consejos, producto de muchos años de trabajo de campo, siempre eran impartidos en el momento más necesario.

—Te sienta bien el cabello largo —dijo sin levantar la vista de los papeles que examinaba—. Del color rojo no estoy tan seguro.

—Es un dolor en mi trasero. El color hay que aplicarlo cada dos semanas para que mantenga el tono.

—No es el mayor sacrificio que has hecho en tu carrera, ni siquiera el mayor sacrificio en este caso.

—No, no lo es.

Finalmente cerró el archivo y levantó la vista. Una lenta sonrisa apareció en su rostro haciendo que sus rollizas mejillas hicieran arrugas dentro de las arrugas.

—Buen trabajo, Viola. Agarramos a Arseny Vangushin y a Anto Savic en los muelles y con las manos en la masa: cincuenta mujeres en un contenedor llegando clandestinas desde Europa del Este. Los datos que enviaste durante estos meses nos sirvieron para conseguir órdenes de redadas en sus centros de operaciones y las otras mujeres están siendo puestas en custodia antes de entregarlas a los consulados respectivos.

—¿Detenidos?

—Más de ochenta y el número sigue aumentando, mientras más testaferros y jefes de sus establecimientos son descubiertos.

—¿La acusación?

—La fiscal del caso dice que con todo lo que conseguiste, más el dato de anoche y la conversación grabada, no hay abogado de la Bratva que los salve. Vangushin está de mierda hasta la cabeza y cuando el jefe está así los subordinados comienzan a hablar.

—¿Qué hay de Volkov? —pregunté tratando de mantener una expresión neutra. No estaba segura de qué emoción decidiría aparecer en el momento menos oportuno.

—¿Qué pasa con Volkov?

—También envié inteligencia sobre él, sobre sus negocios.

—No la suficiente, según la fiscal, para una acusación sólida.

—¿Qué?

—Tu operación era Vangushin, no Volkov.

—Pero la evidencia, los millones, el lavado de dinero para la Bratva...

—Circunstancial y no con suficiente peso.

—No puedo creerlo...

—Viola. —El jefe suspiró, no estaba segura de si cansado, resignado o una mezcla de ambas—. Este operativo, la manera de obtener la data, está justo al borde de la legalidad. Todos lo sabíamos desde el principio y tomamos el riesgo. Volkov está bastante limpio.

—¿Bastante limpio? ¿Ahora hacemos esa diferencia? —Bufé como un toro enojado—. ¡Makar Volkov es un capitán de la Bratva!

—Nada lo prueba más que un par de tatuajes y algunos amigos poco convenientes. Ni siquiera el rastro del dinero es concluyente para vincularlo con la operación de Vangushin.

—No me vengas con eso.

—Eres una mujer inteligente y sabes lo que entregaste. Tus sentimientos hacia Volkov...

—No tengo sentimientos hacia Makar Volkov —dije y por la expresión del jefe supe que respondí demasiado rápido, un movimiento defensivo inconsciente como levantar los brazos cuando sientes que vas a ser golpeada.

—He estado en tu posición cientos de veces, Viola. Acabas de llegar de una misión larga y todavía estás... —Movié las manos en sus costados como un robot poco habilidoso—. Cuando lo pienses, te darás cuenta de que la evidencia contra Volkov tendría que ser suficientemente contundente para que ningún abogado pueda destruirla por la forma en que fue obtenida y no lo es. Tu trabajo era Vangushin y conseguiste una victoria. Disfrútala. —Me miró fijamente unos minutos como esperando algún tipo de erupción volcánica—. Ahora, si temes que Volkov venga a por ti...

—Makar Volkov puede ser muchas cosas, pero no un idiota. Cuando se dé cuenta de que desaparecí, sumará dos y dos y de seguro obtendrá un resultado bastante aproximado a la realidad. —Inconscientemente tiré de los puños de la camisa para tapar las marcas de mis muñecas, esas que continuaban allí después de mi delicioso encuentro con el cinturón. Podías cambiar de vida y de localización en unas horas, pero había marcas que demoraban en desaparecer—. Sin embargo, aunque pueda hallarme, cosa para nada sencilla, no se arriesgará a venir tras de mí solo por un corazón roto. —Me encogí de hombros—. Además, este trabajo tiene sus riesgos. Estoy acostumbrada.

En esa oportunidad hice un mejor trabajo en ocultar la mezcla de miedo y emoción que me produjo la posibilidad hipotética de que Makar viniera a por mí.

—Bien. Tal vez la Bratva se encargue de él.

—¿Por qué dices eso?

—Conoces a los rusos. Importará poco que Volkov sea su «chico dorado» —marcó las comillas con las manos—, cuando se den cuenta de que gracias a él uno de sus capitanes está tras las rejas y uno de sus negocios más rentables destruido. Deberá pagar las consecuencias, seguramente con su vida.

—Pero él no sabía...

—No creo que a la Bratva le importe. O bien creen que cambió de bando y lo matan, o asumen que fue un estúpido y lo matan.

Un frío me recorrió la espalda y era algo parecido al miedo.

Era extraño que en pocos segundos pudiera pasar de querer a Makar tras las rejas a temer por su vida.

«Toma tiempo volver a ser tú misma. Lo sabes. No es la primera vez que pasas por esto», pensé tratando de que nada del debate mental se mostrara en mi rostro.

—¿Alguna otra cosa? —pregunté cuando me di cuenta de que llevaba demasiado rato en silencio.

—Aquí están los informes del caso que envió el agente Frank Nguyen de la oficina de San Francisco. Léelos durante tu licencia, firmalos y envíalos de vuelta. No es necesario que los traigas personalmente.

Cassius arrojó la gruesa carpeta sobre el escritorio donde, con toda seguridad, estaban relatados todos mis progresos, así como las conversaciones casi diarias con Frank. Al menos eso era una ventaja en mi línea de trabajo: los agentes encubiertos no tenían que dar reportes detallados de sus actividades ni escribir los informes. El contacto con el que se reportaban tenía que lidiar con la fastidiosa tarea administrativa y yo solo tenía que leerlos y darles el visto bueno.

—¿Cuándo puedo estar de vuelta?

El jefe levantó la vista e hizo una mueca que dejaba bien claro que, de su parte, esta conversación había terminado hacía rato.

—No es tu primer rodeo, así que la pregunta está de más. Tienes que reconectar con tu vida y tu personalidad. Lo sabes. Yo diría que al menos dos meses después de esta misión...

—¡Dos meses!

—Siempre y cuando la terapeuta del departamento lo autorice. —Me miró levantando una ceja—. Por cierto, te contactarán para informarte la agenda de tus citas con la doctora Shriver; así que sal a correr, limpia la casa, ponte al día con tus series de televisión favoritas.

Rodé los ojos mentalmente y tomé el archivo del escritorio.

—Viola —llamó justo cuando estaba por abrir la puerta—. Llama a tu casa, pasa tiempo con tu

familia. De seguro tu padre estará orgulloso.

—Para el almirante no es motivo de orgullo que su hija sea policía.

—Eres un agente del FBI.

—Agente del FBI, policía, vigilante de un centro comercial. Todos son la misma cosa para él. Hay militares —puse la mano encima de mi cabeza—, y los otros —y bajé la mano hasta mi cintura—. Suele llamarme «policía glorificada».

—Al menos contacta a tu madre.

—No es una mejor opción.

—Tienes que hablar con alguien de tu familia, aunque sea con tu hermano.

—El capitán Calhoun está desplegado en Siria en la actualidad.

—Los agentes con familias disfuncionales son lo peor —dijo para sí mismo negando con la cabeza—. Lo hacen todo más difícil.

—Por el contrario, la tasa de divorcios entre los agentes encubiertos es enorme. No poder compartir lo que haces con tu familia obstaculiza la transparencia en las relaciones. Así que, desde un punto de vista lógico, no tener familia a la que contactar es bueno.

—No me vengas con tu jerga psicológica, mejor aplícala en tu desempeño —dijo finalmente levantando la vista—. Ahora vete, que tengo trabajo.

Abandoné la oficina, bajé la escalera y llegué a mi escritorio a buscar la mochila, todo con la expresión de quien se ha comido un limón. Revisé las gavetas en caso de que necesitara algo durante los meses de licencia y agradecí en silencio que Sam no estuviese por allí, pues después de tantos años juntos era la única persona que podía adivinar que no estaba tan bien como quería aparentar.

Makar quedaría libre por falta de evidencias y, además, la Bratva podía asesinarlo en cualquier momento. Dos pensamientos opuestos y no estaba cómoda con ninguno de los dos.

—Viola Calhoun. —Levanté la vista y vi al agente especial Kennedy Gallagher caminando hacia mí. Era uno de los de la vieja guardia que ya no trabajaban muy a menudo en el campo. Nunca había sido muy simpático cuando fui novata y tampoco nos tocó trabajar un caso juntos—. Escuché por ahí que van a abrir una división especial para ponerte a cargo —dijo lo suficientemente alto para que todos lo escucharan—. El nombre todavía está en proceso, pero será algo como «putas federales encubiertas». —Se paró frente a mí con una sonrisita displicente en la boca—. Están reclutando agentes bonitas cuyo mejor atributo sea abrirse de piernas para conseguir información.

No lo pensé. Creo incluso que mi mano se movió por su propia cuenta. Solo sentí la rabia y la confusión que traía desde mi conversación con el jefe burbujear en mi estómago como aceite caliente y luego vi cómo mi famoso rechazazo se estrellaba contra la mandíbula de Gallagher hasta que, trastabillando, el pobre agente encontró asidero en un escritorio cercano para evitarse la vergüenza de caer al suelo.

—Eres una desgracia para la placa que llevas —dijo mientras un hilo de sangre brotaba de su labio partido—. Tu condecorado papito debe de estar escondido debajo de la cama o planeando que te borren de su árbol genealógico para no tener que hablar con sus amigos del Pentágono de su hija la puta.

«¿Por qué a todo el mundo le dio por mencionar al almirante el día de hoy?», pensé mientras mis piernas me llevaban nuevamente hasta Gallagher para hacerlo callar. Estaba del humor adecuado para convertirlo en mi saco de boxeo particular, es decir, todo lo veía rojo.

Sin embargo, unas manos me asieron por la cintura impidiendo mi avance.

—Ya basta, Viola —escuché la voz de Sam en mi oído y comprendí que era él quien frenaba mi avance—. Déjalo estar.

—¡Gallagher! —La voz del jefe desde lo alto de la escalera trajo el silencio al barullo a nuestro alrededor que no me había tomado el tiempo de registrar. Habíamos atraído una buena audiencia—. A mi oficina, ahora. Taylor, sácala de aquí antes de que la suspenda.

«¡No puede suspenderme porque estoy de licencia obligatoria!»», quise gritar, pero ponerme en plan de niña malcriada no ayudaría en nada a mi causa.

Sam no me soltó hasta que Gallagher pasó a mi lado para subir la escalera e incluso después me mantuvo tomada del antebrazo mientras se encargaba personalmente de mi mochila.

Mantuvo un odioso silencio mientras me escoltaba hacia el ascensor.

—No puedes saltar sobre la gente cada vez que mencionan al almirante —dijo en lo que se cerraron las puertas y estuvimos solos—. A estas alturas, a nadie le importa de quién seas hija, pero saben que te molesta y lo usan en tu contra.

—¡Por todos los cielos! ¿Es acaso el Día de los Veteranos que a todos les da por hablar del almirante? —pregunté exasperada elevando la mirada—. Eso no tuvo nada que ver con el almirante.

—Gallagher es un idiota. Lo sabes tan bien como yo —dijo en medio de un suspiro—. Pronto será asignado definitivamente a un escritorio sin la promoción que estaba esperando. Está amargado, celoso y viejo.

—¿Y por eso debía dejarlo llamarme puta? Este trabajo salvó la vida de decenas, tal vez centenares de mujeres, ¡y destruyó una operación internacional de trata de personas! Hice lo que tenía que hacer.

Inconscientemente toqué con mi pulgar el anillo que todavía llevaba y que convenientemente había olvidado retirar de mi dedo.

No era algo que constara en ningún informe pues nunca tuve tiempo de reportarlo, ni siquiera estaba segura de querer hacerlo ahora.

Las puertas del ascensor se abrieron y salimos.

—No gastes aliento predicando ante la congregación. —dijo Sam mientras caminábamos hacia la puerta del edificio—. Estuve casi un año infiltrado en un círculo de pornografía infantil y todavía tengo una úlcera. Todos hacemos lo necesario. Yo lo entiendo.

Recordé aquella misión de Sam y fue el turno de mi estómago de dar una voltereta con solo el recuerdo de segunda mano. Sí, nuestro trabajo no se parecía en lo más mínimo a una película de James Bond.

De hecho, estos meses con Makar había sido el único punto en todos mis años de trabajo de campo medianamente glamuroso. Por lo demás, me tocaban bares, dormir en la calle como indigente, pasar por adicta. Solo una vez había entablado una relación física con un informante y me ponían motes desagradables.

¡Hombres!

—Sabes bien que todo ese barullo, porque no es solo Gallagher el que piensa así, es porque soy mujer —dije un poco más calmada, tal vez el aire del exterior había obrado milagros.

—No estoy tan seguro. —Se encogió de hombros con una sonrisa de disculpa en los labios—. Si me hubiesen enviado a ser el juguete sexual de una mafiosa probablemente recibiría comentarios similares.

—¡Por favor! —Abrí y cerré la mano. Recién ahora había comenzado a dolor tras el puñetazo—. Sabes que te darían palmaditas en la espalda.

—Y no me importaría, ya fuera una cosa o la otra porque las opiniones de los imbéciles no se registran en mi cerebro. —Se tocó la sien con el dedo—. Tú, por otro lado...

—No estoy de humor para el psicoanálisis, Sam.

—Nunca lo estás. —Tomó mi cara entre sus manos y me dio un beso en la frente—. Hay comida en tu refrigerador y el apartamento está limpio.

—Eres un santo. ¿Qué haría sin ti?

Pareció meditarlo un poco.

—Golpearías a todo el mundo que está en desacuerdo contigo y estarías llena de demandas y suspendida del trabajo.

Los dos nos reímos un poco y Sam se separó de mí para ir hasta la calle a buscarme un taxi. Una vez que encontró el vehículo que me llevaría a casa, abrió la puerta y me ayudó a subir.

—¿Quieres que pase esta noche a por unas cervezas y algo de pizza?

«Y algo de sexo casual si nos provoca», completé en mi mente. Ese era el estado de nuestra relación. Sin embargo, de solo pensarlo ahora, quería poner unos buenos diez pasos de distancia entre nosotros.

No estaba lista, no todavía.

Ni siquiera estaba lista para conversar con Sam sobre Makar.

—Creo que necesito dormir —me excusé—. No pegué ojo anoche esperando los resultados.

—Descansa, preciosa, y pon hielo en tu mano. Hiciste un buen trabajo, los malos están tras las rejas y allí permanecerán por largo tiempo. Ahora a recuperarse para estar en condiciones para emprender la próxima aventura.

«Aventura».

Para Sam lo era, cada caso, cada misión, por más que lo llevara a los terrenos más oscuros de los que era difícil salir totalmente y lo dejaran con una úlcera. En mi caso, sentía que esta vez había dejado una parte de mí atrás, una que no recuperaría nunca.

## Capítulo 7

Las siguientes semanas transcurrieron como cualquier otra tras una asignación larga: Revisé los informes del caso, los firmé y los envié de vuelta. Aunque el apartamento no olía a cerrado, gracias a los buenos oficios de Sam, me dediqué a limpiar a fondo, organizar el clóset, arreglar papeles y pagar algunas cuentas. Marie Kondo hubiese estado orgullosa.

También seguí el consejo de mi jefe y salí a correr cada día, descubrí nuevos cafés que habían abierto sus puertas en mi tiempo fuera y me lavé el cabello frecuentemente esperando acabar con el rojo fuego y regresar a mi caoba original.

De más estaba decir que saltar desde una ventana, solo para matar el aburrimiento, parecía una buena opción. No tenía muchos amigos cercanos, todos los que cultivé antes de ingresar en el FBI se convirtieron simplemente en conocidos con el paso del tiempo, pues era muy difícil mantener relaciones honestas y profundas con personas a las que no podías darles detalles de tu vida porque mi trabajo se había vuelto mi vida, encerrándome en una especie de círculo vicioso.

Sucumbí y llamé a mi madre para avisarla de que estaba de vuelta y sufrí una hora de conversación sobre cosas intrascendentes, historias del primo fulano o la vecina mengana, además de peticiones indirectas para una visita a Tennessee cuando mi hermano estuviese de vuelta en el país, cosa que aparentemente ocurriría pronto. Una linda y, seguramente incómoda, reunión familiar con el héroe y la oveja negra sentados a la mesa.

Como dije: ventana, salto, etcétera.

Solo una vez durante la conversación preguntó si había salido todo bien en mi última asignación. Entendía que su casual indagatoria no era desinterés por mi vida, sino entrenamiento: Carol Anne Calhoun era la esposa de un militar de alto rango que cuando no estaba en el mar, estaba en el Pentágono, y aprendió a no preguntar sobre asuntos que no podían ser respondidos.

Al menos, y gracias a esa conversación, pude hacer uso de los contactos familiares y conseguir una llamada al destacamento de mi hermano en Siria y asegurarme, escuchando su voz, que seguía respirando.

El jefe nos llamaba «familia disfuncional», pero no era así exactamente. Mi padre, mi madre y mi hermano Sebastian eran la definición perfecta de una familia militar, con la bandera desplegada en el patio frontal de la residencia Calhoun en Tennessee. Solo yo no hacía juego con la perfecta fotografía.

Mi madre esperó que su hija fuese su compañía, su respaldo, alguien como ella: una belleza sureña que iría a la universidad, se casaría con un hombre importante, preferiblemente militar, y tendría dos hijos preciosos cuyas fotos serían mostradas con orgullo a sus amigas. Fui educada para ello e inicialmente seguí el plan a falta de una mejor opción.

Obtuve mi licenciatura en Psicología y un PHD en políticas públicas en la universidad de Georgetown (si mi hermano iba a West Point, yo también merecía una escuela importante), lo que

me llevó a trabajar en un centro de rehabilitación donde conocí, gracias a un caso, al agente especial Cassius Johnson, ahora mi jefe, y me convenció de que tenía madera de investigadora.

Con mi decisión traicioné las expectativas de mi madre, que ahora también debía preocuparse porque su hija no volviera a casa tras un operativo, y también las de mi padre, que tomó como una afrenta personal, en un principio, y luego como un fracaso familiar, que su única hija hubiese decidido ser policía.

Así que me quedé sola, con un trabajo que me encantaba, pero sin la posibilidad de compartirlo con nadie, cosa que era mucho más evidente cuando no estaba en un caso.

En medio de mi segunda semana de licencia obligatoria, el día de mi evaluación inicial con el terapeuta llegó y, como psicóloga entrenada, sabía que, aunque no me gustara, la terapia era necesaria en mi línea de trabajo. Más cuando, a pesar de mis mejores esfuerzos, todavía me despertaba algunas noches buscando el calor de Makar en la cama o me levantaba en las mañanas esperando encontrar el café hecho en la cocina. El anillo estaba en mi mesa de noche y no había sido capaz de guardarlo en una caja en el fondo del armario donde olvidara su existencia o entregarlo como parte del inventario de la operación.

Aparentemente en lo que se refería al anillo estaba aplicando la técnica de «si tocarlo te hace feliz, debería quedarse» puesta tan de moda por la organizadora japonesa.

—Agente especial Calhoun. Pasa y siéntate —me saludó la doctora Shriver. De todas las terapistas que trabajaban para el departamento, Alicia era mi favorita. Era una mujer de mediana edad, un poco hippie, que nunca parecía encontrar sus gafas, aunque estuvieran sobre su cabeza. Sin embargo, debajo de ese exterior un poco atolondrado reposaba una mente brillante que te hacía hablar incluso de esas cosas que estabas decidida a ocultar—. ¿Cómo te adaptas a estar en casa nuevamente?

Se sentó en una mullida silla de estampado floreado con la libreta en una mano y el lápiz en otra, implementos que por experiencia sabía que no utilizaría, dedicándome toda su atención.

—Bien —dije sentándome en el sofá y forzándome a tomar una postura relajada—. Un poco aburrida.

—Después de vivir tantos meses en tensión constante, pasar a hacer la colada y calentar la comida para llevar, debe de ser bastante anticlimático. Sentir que te falta algo es común y lo sabes. ¿Estás haciendo ejercicio?

—Sí. Salgo a correr todos los días y retomé mis clases de jiu-jitsu.

—Bien, la actividad física es importante.

—Lo sé.

—Háblame de Makar Volkov.

Ahora comenzaba el baile.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que sea que quieras decirme. —Miró a su alrededor como buscando una idea—. ¿Qué tal la relación?

—Normal. —Me encogí de hombros—. Si sacamos de la ecuación que tiene mucho dinero, que siempre va armado y con guardaespaldas que solo parecen hablar ruso y que se niega a hablar de su vida criminal, la relación fue normal, buena incluso.

—¿Abusos de algún tipo?

—No, nada. Es mayormente un caballero, al menos en su trato conmigo. —Miré hacia la derecha evocando un recuerdo que tenía que compartir y no quería. Había planeado bien lo que diría. Tenía que darle algo sustancioso para que no mirara más allá. Además, necesitaba esta

terapia, solo que era mejor si yo la manejaba—. Hice que la relación avanzara rápido para obtener resultados y la primera vez que estuvimos juntos, físicamente, aunque mi cerebro estaba convencido de que era lo correcto, mi cuerpo se negaba a obedecerme. Seguí adelante y me hizo daño. Estuve como una hora bajo la ducha, llorando.

—¿Daño físico o emocional?

—Físico.

—¿Se dio cuenta? —preguntó con su tono casual, sin mover ni un músculo del rostro ante la revelación.

—No volvió a tocarme en más de dos semanas. —Suspiré—. Pensé que lo había arruinado todo, pero él seguía viniendo, invitándome a salir. Manejó las cosas con sutileza, como si fuese un caballero decimonónico cortejando a una virginal damisela.

—¿Funcionó?

—Bueno, no era como si fuese a rechazarlo. —Bufé—. Estaba en San Francisco por algo.

—Me refiero a que, si tu cuerpo se puso en concordancia con lo que decía tu mente, si lograste apagar tu cerebro.

«Apagarlo, no. Encenderlo con una nueva configuración».

—Sí, eventualmente. —Me encogí de hombros—. La segunda vez fue algo que simplemente ocurrió, ni siquiera tuve que pensar en ello o preocuparme. Fue tierno, dulce, considerado.

—¿Alguna vez hablaron de ello? ¿De esa primera vez?

—Cuando ya vivíamos juntos. Me dijo que se sintió como un violador y se veía en el espejo como un cerdo asqueroso. Palabras textuales.

—¿Cómo te hizo sentir esa confesión?

—Mal. No fue su culpa. —Reí sin humor—. Mi mente sabía que Makar Volkov era un mal sujeto y, sin embargo, nunca lo vi hacer nada malo, no en el terreno legal o moral. Se cuida mucho de eso. Siempre fue un poco dominante, pero nunca abusivo, y en todo momento me trató con respeto y consideración.

—¿Con amor?

—Llegó a enamorarse de mí.

—¿Y tú?

Me tomé unos momentos para aparentar que lo consideraba.

—Desarrollé sentimientos complicados hacia él.

—Una forma muy académica de ponerlo.

Me reí un poco. Una psicóloga tratando de engañar a una buena terapeuta no era una danza fácil ni común.

—Viola, Makar Volkov está como un tren...

—¡Alicia!

Sentí que se me subían los colores. Debí esperar que en algún momento la doctora Shriver dejara de comportarse según el libreto para sacarme a mí del que había elaborado. Era así de buena.

—No soy ciega, vi el expediente. —Se encogió de hombros—. Además, resultó ser una especie de caballero del siglo pasado que sabe cómo tratar a una dama...

—Es un delincuente.

—Eso lo sabes aquí. —Se tocó la cabeza—. No aquí. —Se tocó el corazón—. Cualquier mujer en tu posición estaría confundida, por decir lo menos.

—No estoy confundida. Sé exactamente lo que ocurre.

—Entonces debes de estar al tanto de que, normalmente, en tu línea de trabajo, tienes que convertirte en otra persona para adentrarte en lugares terribles donde tu vida corre riesgo y cuando sales de allí traes un equipaje de estrés postraumático, por lo que viviste, por lo que tuviste que hacer para terminar el trabajo. En este caso, tuviste que comenzar una relación con un hombre joven, guapo, que te trataba como a una princesa y, al final, traicionar su confianza para poner a sus amigos en la cárcel. En tu mente puedes intentar justificar tus acciones repitiéndote hasta la saciedad que Volkov es un villano, que eres una agente federal que desmanteló una enorme banda de tráfico de personas, pero para la Viola Calhoun que cree en la justicia, que es buena persona debajo de ese rudo exterior que aparentas, él es simplemente una víctima, una baja inocente causada por ti.

—Estoy segura de que nadie ve a ese hombre como una víctima inocente en ningún escenario.

—«Ese hombre», «desarrollé sentimientos complicados». —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Eres una psicóloga entrenada y aun así no puedes darte cuenta de lo que estás haciendo.

—¿Qué estoy haciendo? —pregunté inocentemente, aunque lo sabía muy bien.

—Estás distanciándote de la situación, ocultando tus sentimientos con palabras bien escogidas.

—No es exactamente así.

«Te los estoy ocultando a ti. Yo sé bien que están allí y pretendo ignorarlos hasta que desaparezcan», concluí en mi mente.

—Leí el archivo, Viola. Sé que, a pesar de que no era tu misión, reuniste inteligencia también contra Makar Volkov.

—Eso se llama tener iniciativa, ser proactivo.

—¿No has pensado, así de paso, que, tal vez, solo estabas tratando de probarte a ti misma que Makar Volkov es un monstruo para justificar tus acciones?

—Eso es retorcido. No necesito justificar mis acciones porque obedecen a una estrategia del FBI. Seguir órdenes es lo que hago.

—No eres un soldado.

—No, créame, nadie mejor que yo lo sabe, pero la estructura piramidal de la cadena de mando es similar.

Alicia me miró con los ojos muy abiertos, como los de un cervatillo, y una sonrisa insinuada en los labios.

—¿Cómo te hacen sentir las opiniones que sobre este caso tienen algunos agentes?

Me sorprendió el cambio de tema.

—¿Los que me llaman puta?

—Sí, esas.

—Es una opinión machista y sesgada. Como cualquier agente, hago lo que tengo que hacer para cumplir con el trabajo.

—El FBI te dio la orden y tu trabajas para el FBI.

—Exacto.

—Pero, para muchos, recibir un pago a cambio de acostarte con un sujeto es la perfecta definición de la profesión más antigua del mundo.

—Si creyera eso, debería también creer que el FBI es un burdel y Cassius Johnson una Madama, y tengo demasiado respeto por esta institución y por mi jefe. Creo en lo que hacemos.

—Todo es siempre tan racional contigo, agente Calhoun. —Alicia se recostó en su silla, cruzó los brazos sobre el pecho y suspiró—. Es como si sostuvieras largas conversaciones contigo mismo hasta encontrar la respuesta que se ajusta mejor a la situación y luego la repites hasta el

cansancio.

«No tienes ni idea».

—A eso se le llama pensar racionalmente —dije con una sonrisita.

—También, en algunos casos, puede ser síntoma de algún desorden psicológico.

—¿Es su opinión médica?

—¡Claro que no! —Hizo un gesto con la mano—. Solo quiero que admitas que los seres humanos necesitan, de vez en cuando, actuar de forma visceral.

—Solo funciona en las películas. En la vida real y particularmente en mi línea de trabajo, actuar de forma visceral puede ocasionarte la muerte cuando estás sola allá afuera.

—Pero también significa que estás vivo, que no eres una máquina.

—Soy una Calhoun. Si lo busca en el diccionario, verá que nuestra característica principal es la falta de corazón. Somos una rareza científica.

—El sarcasmo no va a ayudarte.

—Pero es tan divertido... —Sonreí ampliamente—. ¿Cuándo cree que regresaré al servicio?

Fue mi turno de emplear el abrupto cambio de tema y Alicia rio a carcajadas.

—No permitiré que entierres la cabeza en el trabajo, no es una terapia sana. Primero tendrás que aceptar tus sentimientos por Makar Volkov y vivir tu ruptura como cualquier mujer que termina una relación.

—¿Una ruptura inexistente de una relación que nunca fue real?

—Fue real.

—Sí, claro. El tipo de relación donde acosas a tu presa sabiendo todo lo que hay que saber sobre ella gracias a un perfil elaborado por profesionales y le mientes sobre ti para ganar su confianza.

—¡Exacto! —Alicia sonrió ampliamente.

—Creo que en Netflix hay una serie así.

—Todo lo que pudiste saber sobre Volkov antes de conocerlo son hechos en un papel y eso no conforma a una persona, no le llega ni a los talones. Que hayas mentido... —Se encogió de hombros—. Todos mienten al comenzar una relación tratando de mostrar lo mejor de sí para ganar a la otra persona.

—Los que hacen los perfiles deben de amarte...

—Ese hombre y tú vivieron juntos —prosiguió sin morder el anzuelo—, conocen cosas del otro que tal vez nadie sepa, eran importantes el uno para el otro, hubo sentimientos complicados, como tú los llamas, involucrados. Eso es la definición de una relación que existió y se terminó. Ahora debes pasar por el proceso de ruptura como cualquier otra mujer que tenía un novio al que quería, se fue de tragos una noche, lo engañó y huyó porque sabe que no perdonará su infidelidad.

—Esa es una manera un tanto extraña de describirlo. También inexacta y superficial.

—Ponle toda la exactitud que tu lógica mente desee, pero es lo que es.

—¿Toda mujer que termina con su novio tiene derecho a unas vacaciones?

—No, pero lo recomiendo para aquellas que son muy inteligentes y tratan de racionalizarlo todo. Debes conectar con la pérdida para poder superarla.

—No sufrí ninguna pérdida.

—¿Me vas a negar que la Viola Calhoun que vivió los últimos siete meses en San Francisco se parece muchísimo a la Viola Calhoun que existía antes de que entraras al FBI? No estabas interpretando un papel y al regresar aquí sin ningún tipo de despedida no solo perdiste tu relación con Makar Volkov, también debiste enterrar nuevamente a la Viola que fuiste durante la mayor

parte de tu vida. —Miró el reloj sobre la mesa—. La sesión de hoy ha concluido. Nos vemos la semana entrante.

—Al menos no hablamos sobre mi padre —dije poniéndome de pie, sintiendo la necesidad de tener un último comentario sarcástico.

—Todavía tenemos muchas sesiones por delante y, con las niñas, tarde o temprano, todo vuelve a papi.

Puse los ojos en blanco y agarré mi bolsa.

—¿Por qué crees que el único hombre que te ha importado en tu vida es un hijo de puta dominante y mandón que siempre va armado y nunca comparte nada sobre su trabajo? —insistió—. Buscas un hombre igual que tu padre, pero te rebelas al escoger a un delincuente. Quieres complacer a papi y al mismo tiempo castigarlo. —Alicia sonrió ampliamente—. ¿Te gusta mi razonamiento?

—Para nada.

—Aquí va otro: eres una psicóloga con un PHD, hacías un muy buen trabajo ayudando a niños y a mujeres con traumas de violencia, organizabas programas de protección y te involucraste en la creación de varias casas de acogida, y de repente decidiste que querías ser una agente del FBI. ¿Por qué?

—Me gusta atrapar criminales y ayudar a la gente.

—Tal vez querías ser más como tu padre y tu hermano y, al mismo tiempo, cambiar el paradigma que ellos tenían en su mente sobre ti: complacer a papi y al mismo tiempo castigarlo. Es un patrón.

—Todos tenemos patrones y no necesariamente son dañinos o destructivos. Soy buena en mi trabajo.

—Excelente, diría yo, y también eras excelente en tu trabajo anterior y una estudiante excelente en una de las universidades más prestigiosas. Apuesto que te destacarías, por pura fuerza de voluntad, en cualquier actividad.

—Fui criada en un ambiente competitivo.

—Sí, y ha sido lo único contra lo que nunca te has rebelado. ¿Contra quién compites ahora, Viola? ¿Cuál es el tope de tu montaña? ¿Cuándo le darás espacio en tu vida a la vulnerabilidad?

«Nunca», pensé, pero cuando abrí la boca para decirlo la doctora Shriver levantó la mano silenciándome.

—Ya puedes ir buscando tus respuestas lógicas para la próxima sesión, incluso permitiré el sarcasmo.

## Capítulo 8

Llevaba tres semanas en casa y pensé que lo había evitado, pero el teléfono sonaba y, aunque el nombre en la pantalla me instaba a que contestara sin demora, un frío extraño comenzó a subir por mi espina. Esto no podía traer nada bueno.

—Hola, papá —saludé casualmente cuando finalmente me atreví a pasar el dedo por la pantalla y poner el aparato en mi oreja.

—Viola. —La voz al otro lado era la de siempre: gruesa, seria y con cierto dejo de impaciencia —. Estoy en la ciudad. Pensé que podríamos almorzar juntos. Mañana a medio día en mi hotel.

La presencia del almirante en Washington no era sorprendente. Aún activo, sus visitas al Pentágono, así como al Capitolio, eran rutinarias. Tampoco era extraño que me llamara, cuando estas visitas ocurrían, con todos los datos para nuestro encuentro ya elaborados, aunque debía reconocer que al menos me había dado un día para prepararme.

Podía negarme, obviamente, no era una niña pequeña, pero no tenía ninguna excusa válida. Él sabía perfectamente que estaba de licencia.

—¿Estás en el Capitol Hill? —pregunté solo por una confirmación innecesaria. Atticus Calhoun era, por sobre todas las cosas, un hombre de hábitos inamovibles y cambiar su hotel habitual era algo impensable.

—Sí.

—Nos vemos mañana, entonces.

—Hasta mañana.

Las veinticuatro horas que me separaron del encuentro solo sirvieron para mortificarme y convertir esa mortificación en algo productivo: prepararme para el fatídico almuerzo. Cuando entré al hotel al siguiente día había planeado una docena de respuestas diferentes a los distintos escenarios de conversación que pudieran plantearse, y hasta el pantalón gris plomo, la blusa blanca y la chaqueta a juego no eran casuales. Quería lucir exactamente como la imagen de un agente especial que estaba grabada en la cabeza del almirante sin aceptar modificaciones. Obviamente jugué en mi mente con la idea de ir en vaqueros y camiseta para hacerlo rabiar, pero después de los treinta, ese tipo de tretas eran un poco infantiles.

Lo vi al entrar al restaurante, sentado ya en la mesa con su uniforme de servicio, lo que indicaba que venía, o tal vez iba, a alguna reunión de trabajo. Un vaso con escocés sin hielo reposaba frente a él. Siempre tomaba uno antes de las comidas fuera de casa, solo uno. Agua mineral sería lo único servido durante el almuerzo.

Levantó la vista al verme, se puso de pie y sonrió un poco. Era un gesto extraño en su rostro, casi imperceptible, pero siempre me agradaba recibirlo. Todas las niñas aman a papi aun cuando la relación no siempre sea fácil.

Punto para la doctora Shriver.

—Hola, papá —dije acercándome y dándole un ligero beso en la mejilla.

—Viola —saludó mirándome de arriba abajo—. Te ves bien.

—Gracias. Tú también.

Apartó la silla para mí y ambos tomamos asiento.

—¿Cómo está mamá?

—Conoces a tu madre. Siempre está bien.

—¿Has sabido algo de Seb?

—Tu hermano es un oficial experimentado, con varias rondas exitosas en su haber. —Algo muy parecido al orgullo apareció en su rostro suavizando sus arrugas que siempre, como todo en él, parecían extremadamente rígidas y organizadas—. No tengo que estar detrás de él como si fuese un polluelo. Tú y tu madre ya se encargan de eso.

—Es bueno para los soldados que están destacados fuera, sin importar rango o éxito, saber que tienen alguien esperando por ellos, que se les quiere y extraña. Los ayuda a mantenerse con vida.

—Una teoría comúnmente utilizada, demasiado común. Esperaba más de alguien con tus credenciales. —Una pausa y una ligera mueca con la boca—. Tu hermano se mantiene con vida porque tiene el entrenamiento para ello.

—Obviamente. «Los pocos, los orgullosos, los marines» —recité el lema del cuerpo de élite de la armada sin perder la sonrisa.

El camarero llegó a tomar nuestra orden, lo que me dio el tiempo suficiente para respirar y recordar que no valía la pena molestarse con el almirante. El hombre creía lo que creía.

—Escuché que tu última misión fue muy bien —dijo en lo que el camarero se retiró.

—Sí, fue un éxito. Logramos desarticular una de las redes más grandes de tráfico de personas en San Francisco.

—Me alegra escucharlo. —Tomó el último sorbo de escocés que le quedaba en el vaso y yo necesitaba uno al alcance también. Era un buen escudo, pero me había sido negado. Tenía que ir a esa pelea sin barricadas, por ahora no parecía irme tan mal—. También oí que para lograrlo tuviste que irte a vivir con un mafioso.

Borren eso de «no tan mal».

—Sí —respondí con tono tranquilo, mirándolo fijamente con una ligera sonrisa en los labios. No valía la pena preguntar cómo había obtenido datos clasificados. Al menos ya sabía por dónde transcurriría la conversación y era un alivio. Ese tema ya tenía guion—. Fueron siete meses de reunir información sólida para que la detención aguantara el esfuerzo de los mejores abogados defensores por desmeritarla. En mi línea de trabajo respetamos el debido proceso. No tenemos ningún Guantánamo.

—No te pongas a la defensiva. —Levantó las manos—. En mi línea de trabajo también confiamos en los datos de inteligencia recolectados por espías con los más diversos recursos...

—No soy una espía, papá, esos trabajan para la CIA o para el Pentágono; soy un agente encubierto del FBI —lo interrumpí condescendiente mientras mi mente clamaba por el puto vaso de agua mineral al menos. Necesitaba algo para hacer alguna pausa de vez en cuando.

Afortunadamente, el camarero debía de tener poderes mentales porque llegó justo en ese momento con el almuerzo y las bebidas.

—Siempre fuiste una mujer inteligente, Viola. Brillante, incluso —dijo el almirante después de un par de bocados a su filete excesivamente cocido. El mío estaba igual y lo odiaba. El almirante siempre ordenaba por los dos—. Por eso, me pregunto por qué tus aspiraciones no alcanzan nunca a tus talentos.

«Aquí vamos otra vez», pensé metiéndome un pedazo de carne a la boca.

—¿Cómo es eso? —pregunté después de masticar bien y tragar. Realmente no estaba muy interesada en saber sus argumentos, tenía un enorme catálogo de quejas almacenado durante buena parte de mi vida, pero como de todas formas iba a decírmelo, al menos así tenía la ilusión de que estaba en control de la situación.

—Pudiste ser doctora, pero te conformaste con ser psicóloga; hiciste un PHD en políticas públicas que te hubiese llevado fácilmente al Capitolio, al Pentágono, a la CIA, donde quisieras, pero elegiste ser una policía glorificada en el FBI. No critico tu trabajo, tengo en alta estima a cualquier servidor público que haga valer la ley y los derechos de las personas, pero podrías hacer mucho más. Es como colocar a un francotirador entrenado a custodiar una puerta.

—Gracias, papá —lo dije en serio a pesar de la risa un poco sarcástica que se me escapó. Sabía, intelectualmente, que desde su punto de vista estaba alagando mi capacidad, aunque claro, para hacerlo tenía que insultar mi trabajo y todas mis decisiones—, pero lo estás juzgando desde tus valores, tu realidad. Estoy feliz donde estoy, haciendo lo que hago.

—¿Lo estás?

—Sí.

—Vives sola, no tienes amigos ni vida fuera del trabajo, pasas meses ausente, arriesgándote...

—¿Te suena familiar? —pregunté con una sonrisa.

—No es lo mismo.

—¿Porque tú no eres mujer?

—Porque eres mi única hija —dijo levantando un poco la voz, cosa casi mítica—. Ven a trabajar al Pentágono —ofreció—. La Agencia de Inteligencia de la Defensa...

—Te lo dije. No soy una espía.

—No tendrías que serlo.

—No soy militar y no quiero trabajar bajo el mando de ninguno, sin ofender.

—En el departamento de Estado, entonces —prosiguió sin ofenderse lo que era muy raro—. En la Oficina de Inteligencia e Investigación. Son civiles y podrías viajar, hacer investigaciones en distintas partes del mundo. Con tus credenciales ni siquiera tendré que pedir ningún favor.

Por primera vez en mi vida, vi al almirante Calhoun un poco desesperado.

Esta conversación se estaba volviendo más rara a cada minuto que pasaba.

—¿Por qué quieres sacarme del FBI? —pregunté más que curiosa.

—Creo que es tiempo para que cambies de ambiente.

—¿Por qué?

—Tu madre está preocupada —concedió casi entre dientes—. Ese último asunto con la Bratva... —Negó con la cabeza—. No ha terminado, y esa gente es peligrosa.

—Todos los delincuentes que persigo son peligrosos. No soy una policía de un jardín de infancia llevando la cuenta de quién le roba los caramelos a quién. —Sin proponérmelo volví a sonreír—. No tienes de qué preocuparte, ni mamá tampoco. Ni siquiera deberé testificar en el juicio contra Vangushin y no soy una persona fácil de hallar: mi apartamento no está a mi nombre, ni mi línea de teléfono, y mi número de seguro social dice que vivo en Tennessee. Mis cuentas de banco son de otro estado, mis tarjetas de crédito tienen otro nombre y el pago del FBI está enmascarado bajo el nombre de una corporación. Soy una agente encubierta, mi agencia me protege y lo sabes. Tengo cuatro años que ingresé al FBI y no es la primera vez que enfrento una situación así. Si la Bratva quiere encontrarme van a tener que emplearse a fondo.

—Makar Volkov es un hombre con muchos amigos y recursos bajo su manga.

El nombre, saliendo de la boca de mi padre, me llenó de aprehensión. Incluso contuve la respiración unos segundos esperando algo más. Era como una maldición antigua y fascinante pronunciada en voz alta.

—Yo también tengo conexiones importantes —dije finalmente cuando constaté que el lugar no se incendiaba o los demonios emergían del suelo convocados por el llamado a «aquel que no debe ser nombrado»—. Mi papá trabaja para el Pentágono, es un almirante muy importante; y mi hermano mayor es un héroe de guerra.

Las comisuras de los labios del almirante se movieron de forma casi imperceptible.

—El general Patton decía que nuestro mayor error fue creer que los rusos eran europeos. Afirmó que nunca llegamos a entenderlos porque son asiáticos y piensan de otra manera. —Tomó un trago de agua y luego se limpió los labios con la servilleta de lino—. No asumas que entiendes a la Bratva o a Volkov, no asumas nada y no te confíes. Es el único consejo que puedo darte ya que no quieres aceptar mi oferta.

«El general Patton era un racista», pensé como una especie de reacción, pero me mordí la lengua a tiempo. Si esas palabras salían de mi boca, un pandemonio se desataría con seguridad.

Además, había algo en la tranquila inamovilidad del almirante, en sus labios apretados, en sus ojos verdes exactamente iguales que los míos, una incomodidad subyacente bajo todo ese exceso de confianza.

—¿Sabes algo? —pregunté intentando descubrir algo más allá de su mirada—. ¿Algo de lo que yo no estoy al tanto?

—Solo rumores, y no soy dado a esparcirlos. Solo puedo recomendarte que aproveches tu licencia para ir a visitar a tu madre. Sebastian debe regresar en algunas semanas. Tennessee es, por ahora, el lugar más seguro para ti. Esos desgraciados no se atreverían a aparecerse por allá.

Hizo una seña al camarero para que retirara los platos y, en ese momento de silencio, sus palabras se asentaron mostrando un significado subyacente.

—¿Alguna vez has requerido el regreso de Sebastian de alguna de sus misiones porque eran muy peligrosas? —pregunté curiosa, aunque sabía la respuesta.

—¡Por supuesto que no! —respondió ofendido y esa pequeña llamita que se encendió en mi pecho al verlo tan preocupado por mi seguridad se apagó como si le hubieran echado un balde de agua.

—Gracias por tu preocupación —dije poniéndome de pie—, los consejos y el almuerzo. Dale a mamá un beso de mi parte y dile que estoy bien. Iré a visitarlos cuando Seb esté allá. No seré un marine, pero, al igual que mi hermano, tengo el entrenamiento necesario para mantenerme con vida.

—Estás siendo increíblemente terca.

—¿Será hereditario?

Sin darle tiempo a pensar en una respuesta, di la espalda y salí. De todas formas, no era como si fuese a llamarme o a perseguirme. El almirante odiaba las escenas.

## Capítulo 9

Se cumplió un mes desde mi regreso y la visita a la peluquería era obligatoria. Aunque el rojo de mi cabello había desaparecido casi en su totalidad, ya no sabía qué hacer con la melena que me caía hasta los hombros, tanto que opté por tenerla en una coleta la mayor parte del tiempo.

Si no había tomado ningún tipo de acción en su contra antes, era porque la doctora Shriver estaba en una fase de la terapia en la que constantemente me cuestionaba sobre mi aparente necesidad de esconder mi femineidad para despegarme del modelo bajo el cual crecí. Según mi terapeuta, en mi tiempo con Makar había reconnectedo con esa Viola que usaba tacones, vestidos y maquillaje; que tenía un trabajo sensible y delicado, y un hombre fuerte a su lado, pero al mismo tiempo atrapaba peligrosos delincuentes y salvaba inocentes. Es decir, aparentemente mi vida con Makar fue un balance perfecto: podía ser lo que quería sin tener que despegarme de la forma en que fui educada.

Aunque podía rebatir el concepto diciendo que mi renuncia a la Viola que educó mi madre fue voluntaria, lo dejé estar porque debía elegir mis batallas si quería tener pronto mi permiso firmado de regreso al trabajo.

Sin embargo, ya lo del pelo me estaba volviendo loca.

Tras salir con el cabello mucho más corto, justo debajo de las orejas, cómodo y fácil de manejar, y de un color marrón oscuro para darle algo de uniformidad, estaba llena de ese optimismo sin barreras, aunque momentáneo, que te invade cuando cambias de imagen.

Hacía un lindo día en Washington y encerrarme en la casa no estaba ayudando. Honestamente, ya estaba cansada de que de la nada, solo con ver una noticia o pasear por el mercado, me sorprendiera el impulso de querer llamar a Makar para comentar el triunfo de Los Cachorros sobre los Gigantes o enviarle una foto de unas manzanas particularmente hermosas. Más de una vez me detuve horrorizada con el teléfono en la mano, sonriendo, y me obligué a recordarme que esa ya no era mi vida, ni siquiera era el pasado propiamente dicho, era simplemente un trabajo terminado, un espejismo, una mentira.

Sí, era agotador, además de frustrante, pelear contra mis propios impulsos, contra una normalidad que mi mente reclamaba como si fuera su derecho, con la sensación de duelo que venía después y con la ardua tarea de explicarme frente al espejo varias veces al día el por qué esa realidad paralela no existía.

Sabía por experiencia que mientras más rápido me ajustara a mi rutina usual, más pronto todo lo demás volvería a la normalidad. Tenía que reconectar con mi vida, pero aparentemente a mi vida le faltaba algún tipo de electricidad y, por mucho que intentara la conexión, nada ocurría.

Ya estaba por creer que en vez de terapia y espacio lo que necesitaba era un exorcismo, para expulsar el demonio de Makar Volkov de mi interior.

Así que, aunque mi regreso al trabajo todavía no estaba autorizado, nadie dijo que no podía

pasar por la oficina e invitar a Sam a almorzar. Si no podía sumergirme en alguna investigación para sentirme yo misma, lo más parecido a eso era pasar tiempo con Sam.

Tal vez era momento de poner en práctica aquello del «sexo de rebote» y Sam era siempre un buen candidato para ello, mi exorcista favorito, por decirlo de alguna manera.

La oficina seguía con su reconfortante ritmo habitual de teléfonos que sonaban, conversaciones e impresoras haciendo su trabajo. Extrañamente Sam no estaba en su puesto de trabajo.

«Debí haber llamado», pensé maldiciendo mi ataque de espontaneidad.

Su escritorio era el usual territorio del desorden, pero el ordenador estaba encendido y las llaves de su gaveta en la cerradura, lo que significaba que estaba por allí.

Entre el funko de Jon Snow y el de Bobba Fett, y bajo un bolígrafo que se asemejaba a una espada Jedi, había un archivo. Lo abrí, más para hacer tiempo hasta que Sam apareciera que por verdadera curiosidad. Era un archivo de la Bratva, no la de San Francisco, sino la de Miami.

«¿Qué mierda es esta?», pensé y pasé las páginas intentando encontrar una explicación.

La Bratva era mi caso, seguir adelante con él, reabrirlo, sin ni siquiera pedirme una consulta, se sentía como una traición.

La confusión dio paso a una especie de rabia sin explicación, una cuya causa era difícil de poner en palabras, y luego lo escuché: no eran frases, ni siquiera palabras o algún sonido en particular, era más bien como un murmullo con un acento familiar que me llamaba, una cualidad tonal que solo yo parecía escuchar, como un silbato para perros, y que conectaba con algún punto en medio de mi estómago y desde allí parecía tirar de mí.

En medio de un impulso, no del todo consciente, subí la escalera y mientras me acercaba a la puerta de la oficina del jefe, el sonido inexacto se transformó en palabras, aunque todavía ininteligibles. Sin embargo, una terrible certeza tomó residencia en mi pecho haciendo que mi corazón latiera muy rápido.

Abrí la puerta sin llamar y, estoy segura, muchos pares de ojos se volvieron ante la abrupta interrupción, pero yo solo podía mirar a uno.

—Hola, Viola —saludó esa voz que había intuido y que ya formaba parte, al mismo tiempo, de mis sueños y mis pesadillas—. Me encanta lo que hiciste con tu cabello.

Allí, sentado en uno de los sofás genéricos que formaban parte del mobiliario de toda oficina gubernamental, estaba Makar Volkov con su traje de tres mil dólares, un brillo malévolos en los ojos y una media sonrisa que más parecía una mueca de desprecio. Su postura era completamente relajada: una pierna cruzada sobre la rodilla y el brazo estirado sobre el respaldar.

Por un instante no pude sino pestañear tratando de asegurarme de que no me había vuelto loca. Cuando me di cuenta de que era real, no supe si huir como una niña asustada, buscar el arma que no llevaba conmigo o avanzar hacia él con un propósito menos letal, pero que todavía no tomaba forma definitiva en mis pensamientos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —La voz de mi jefe, providencial en muchos sentidos, me sacó de esa parálisis idiota para recordarme que había más personas allí en las que no había reparado.

—¿Qué está haciendo él aquí? —pregunté señalando a Makar y convocando en el proceso algo parecido a la indignación.

Miré a mi alrededor demandando una respuesta.

La fiscal del caso Vangushin, Ellen Lin, estaba presente y me miraba con una expresión de disculpa; en el sofá, junto a Makar, estaba su abogado, a quien conocía de pasada, y en una esquina una mujer que por sus ropas parecía una agente de alguna división del gobierno, además de Sam, el muy traidor.

«Entré en una oficina llena de personas y lo único en lo que me fijé fue en los ojos azules de Makar. Estoy más jodida de lo que creía», pensé con amargura.

—Nadie te llamó —insistió mi jefe—. Ni siquiera deberías estar en el edificio o en la ciudad.

Estuve a punto de replicar, pero la forma en que la oración fue estructurada era extraña: no mencionó mi nombre ni me trató como a una subordinada, tampoco existía ninguna razón por la que no debería estar en la ciudad. Me habló como si yo fuera una visitante no bienvenida y eso no era normal.

—Agente especial, Taylor —prosiguió Cassius dirigiéndose a Sam—, por favor, escóltela fuera del edificio.

—No hace falta —dijo Makar poniéndose de pie con una sonrisa diabólica en los labios. Su abogado lo imitó—. Ya saben mi propuesta. Espero saber su decisión pronto.

Salió de la oficina seguido por su abogado sin ni siquiera mirar atrás, aunque el fantasma de la sonrisa permanecía en sus labios.

—Bueno —dijo tras un tenso silencio la mujer que no conocía—, esta situación inesperada hace nuestra decisión mucho más sencilla.

—Ni hablar —saltó Cassius—. No voy a lanzar a ninguno de mis agentes al fuego para que ustedes se anoten un éxito.

—Ella saltó sola —replicó la mujer y me señaló por si quedaba alguna duda de quien era «ella»—. Lo único que podemos hacer ahora es aprovechar la situación.

—¿Me pueden explicar qué sucede? —pregunté porque los escenarios que estaba imaginando se ponían más densos por minuto.

—Lo que sucede —Cassius clavó los ojos en mí. Si fuera un dibujo animado, humo saldría de sus orejas— es que no deberías entrar sin llamar en oficinas que tienen la puerta cerrada. Ni siquiera deberías estar en el edificio. ¡Estás de licencia obligatoria!

—Agente Calhoun —intervino la fiscal Lin con un tono conciliador—, permítame presentarle a la agente de la DEA, Amanda Rivera.

Reparé, ahora con más detalle, en la otra mujer en la sala: de unos cuarenta años, latina y con un aire de estar en control incluso del movimiento de las estrellas.

—¿Qué hacía Makar Volkov en el FBI? —le pregunté porque ella era la única que parecía inclinada a hablar.

—El señor Volkov —comenzó a explicar la fiscal del caso Vangushin—, acudió a mi oficina hace un par de semanas como un ciudadano preocupado. Nos informó de que fue contactado por narcotraficantes colombianos para, a través de su firma de inversiones, lavar capitales provenientes del delito.

—¿Ciudadano preocupado? —pregunté con un bufido—. ¿Dónde estaba su preocupación cuando Arseny Vangushin importaba mujeres y niños?

—El señor Volkov no es responsable de los actos criminales de sus amigos —continuó la fiscal.

—¡Por favor!

—Todos somos inocentes hasta probarse lo contrario —insistió con tono condescendiente—. En eso se basa nuestro sistema penal.

—De acuerdo con Volkov, Martín y Alberto Ramírez —intervino la agente de la DEA cuando estaba a punto de responderle a la fiscal de forma no muy amigable—, son los contactos en la ciudad de Miami del capo de la droga colombiano, Carlos «el flaco» Garrido, cuyas rutas desmantelamos hace año y medio. Los hermanos Ramírez llegaron al país hace un año y están en

proceso de reabrir el negocio con nuevas rutas. El señor Volkov ha ofrecido trabajar con nosotros para, además de brindar evidencia del lavado de capitales por parte de los hermanos Ramírez, conseguir información certera sobre las rutas de entrada de la droga a nuestro territorio y los contactos de distribución.

—¿Por qué alguien como Makar Volkov querría hacer eso? —pregunté confundida.

—Espera y lo sabrás —musitó Cassius en medio de un suspiro hastiado—. Claro, eso si la agente Rivera deja de canalizar su George R.R. Martin interior y te cuenta el final de la historia sin crear tanto suspenso innecesario.

—Para conseguirnos esa información —prosiguió la agente Rivera aparentemente inmune a los comentarios de mi jefe o a su fascinación por la fantasía medioeval—, el señor Volkov deberá infiltrarse en las operaciones de los Ramírez más a fondo del mero contacto mercantil, que es su especialidad, y como no es un agente, ha solicitado que usted sea su compañera durante el procedimiento debido a la historia de trabajo conjunto que mantienen.

—¿Trabajo conjunto? —pregunté dejando escapar una incipiente risa que tenía mucho de asombro mezclado con amargura.

—Eso no va a ocurrir —refrendó Cassius—. Te ofrecí cualquier otro agente de nuestra división para este caso.

—Desgraciadamente, esa condición de Volkov no es negociable —intervino la fiscal—. Si el FBI nos niega su asistencia, Volkov simplemente nos dará la información que posee hasta el momento, como haría cualquier ciudadano, y la DEA tendrá que encargarse por sí sola del resto. No podemos obligarlo a nada más, no tenemos ningún tipo de asidero para presionarlo.

—Mi corazón sufre por tu pérdida —comentó Cassius sarcástico y hasta se llevó la mano al pecho—, pero no podemos ayudar.

—¿No puedes o no quieres? —preguntó la agente Rivera con tonito sarcástico.

—¡Esto es la división de agentes encubiertos del FBI, no un servicio de citas de alto riesgo a pedido del cliente!

—No todos opinan lo mismo después de la táctica usada para atrapar a Vangushin.

—No te pases, Amanda. No te lo permitiré.

—¿Cómo supo Makar dónde encontrarme? —pregunté porque ya estaba cansada de las discusiones eternas sobre el procedimiento de mi último caso. Lo hecho, hecho estaba.

—No lo sabía, hasta que usted entró a esta oficina, agente Calhoun. —La agente Rivera sonrió ampliamente y luego miró a Cassius un poco presumida—. Somos respetuosos de la privacidad de los agentes de cualquier división.

—Sí, claro —mi jefe hizo una mueca—, como no le diste su número de teléfono y su dirección crees que...

—El caso contra Vangushin es federal —se apresuró a explicar la fiscal—, y es del conocimiento público que fue ejecutado por el FBI. Volkov solo sumó dos y dos... —Se encogió de hombros—. No hemos afirmado ni negado que usted trabaje para el FBI, agente Calhoun, o que haya tenido que ver con la recolección de evidencias.

—Hasta el momento de su triunfal entrada —insistió la agente Rivera.

—Pero esa entrada no reveló mucho de todas formas, nada que él ya no intuyera —me dijo Cassius tratando de tranquilizarme. Luego se volvió hacia la agente Rivera—. Tendrás que atrapar a esos narcos con tus propios recursos, Amanda, como lo has hecho siempre, o conformarte con el agente Taylor. —Señaló a Sam con el pulgar.

—Estoy segura de que el agente Taylor es muy capaz —dijo sonriéndole a Sam—, pero no es lo

que Makar Volkov quiere.

—¿Desde cuándo hacemos tratos con delincuentes? —preguntó Sam luciendo tan ingenuo como el Capitán América.

La agente Rivera soltó una carcajada.

—Desde siempre —admitió sin una pizca de vergüenza.

—Pero no intercambiamos la vida de nuestros agentes... —intervino el jefe también canalizando al superhéroe de las barras y las estrellas.

—También hacemos eso, Cassius, cada vez que los mandamos a un operativo. De cierta forma ponemos sus vidas en la mesa de apuestas esperando obtener algún beneficio. —Me señaló sin quitarle los ojos de encima al jefe—. Enviaste a la agente Calhoun a seducir a un hombre que le daría acceso a los altos círculos de la Bratva y poder así conseguir la evidencia necesaria para desmontar un imperio criminal, y la enviaste sola, sin apoyo, sin armas. Durante siete meses cualquier error o fuga de información le hubiese costado la vida, lo sabías y lo hiciste porque era lo correcto, porque confiabas en sus habilidades, porque los criminales deben ser atrapados. ¿Por qué ahora es diferente?

—Porque ahora él sabe quién es ella —gritó frustrado.

—Agente Johnson —intervino la fiscal—, me permito recordarle que en esta instancia Makar Volkov no es un criminal que está haciendo un trato a cambio de inmunidad u otro beneficio, es simplemente un informante, y los informantes son piezas valiosas para nuestro trabajo. Fue uno de nuestros informantes quien presentó a la agente Calhoun con Volkov, quien hizo la conexión inicial en el caso Vangushin y nos dio los datos necesarios para elaborar el perfil. El informante siempre supo quién era ella y cuál era su propósito, y nunca se pensó que por ello la agente estaría en un peligro adicional al que su trabajo implicaba. Ahora es Volkov quien interpretará ese papel de informante y los colombianos serán el blanco.

—Cassius no podemos dejar pasar esta oportunidad —insistió la agente Rivera—. Es extremadamente difícil infiltrar a los colombianos a un nivel suficientemente alto para conseguir pruebas sólidas en su contra. Es una oportunidad de oro de cerrar una operación antes de que se extienda demasiado para clausurarla con todas sus ramificaciones.

—No pondré la identidad de una de mis agentes en riesgo para que hagas tu trabajo —ripostó, pero el argumento ya sonaba ajado.

—No es mi trabajo, en nuestro trabajo. —La agente me miró directamente—. Eso es lo que hacemos: nos arriesgamos para poner a los malos tras las rejas. Si nos escondiéramos cada vez que es peligroso, nunca lograríamos nada. —Suspiró y miró a Cassius nuevamente—. Estaremos en contacto. Volkov no puede seguir haciendo esperar a los colombianos.

La agente Rivera y la fiscal salieron de la oficina cerrando la puerta tras ellas. El ruido de sus pasos por el pasillo todavía se escuchaba cuando Cassius bufó como un toro furioso.

—¡Esa mujer cree que soy estúpido! —rugió—. Volkov fue a la fiscalía con ese ofrecimiento porque no pudo hallarte por su cuenta. Está pescando, ya sea porque la Bratva quiere tu cabeza por destruir uno de sus negocios más lucrativos y poner tras las rejas a un buen número de sus capitanes y soldados, o está actuando por su cuenta para cobrarte por hacerlo quedar como un idiota.

—Y yo caí directa en la red al entrar en esta oficina sin llamar.

—Eso fue un accidente —dijo Sam conciliador—, pudo sucederle a cualquiera.

—¿Qué sabemos con exactitud? —le pregunté a Sam—. Sé que has estado investigando.

—¿Cómo...?

—Dejaste el archivo abierto sobre el escritorio, idiota. Siempre has sido un desordenado.

—Nada todavía. Esto recién surgió.

—Ya te dije lo que pasa —repitió Cassius—: El ruso está pescando, tiró un anzuelo y la Fiscalía picó.

—¿Y los colombianos? ¿Los inventó?

—No, son reales —intervino Sam.

—¿Por qué irían hasta San Francisco a buscar al banquero de la Bratva? —pregunté, pero la pregunta era más para mí misma.

—No tengo idea, pero hay evidencias suficientes de que lo hicieron —explicó Sam—. La hipótesis que manejamos es que Volkov aprovechó el ofrecimiento de los colombianos para usarlos como moneda de cambio con la Fiscalía y así poder encontrarte y pagar sus deudas con sus amigos rusos.

—Es demasiado conveniente y limpio —dije pensando en voz alta—. Convertirse en informante de las autoridades, en un soplón, aunque sea en contra de una organización que no es la tuya, nunca es bien visto en esos círculos, menos para alguien con el estatus de Makar. Eso actuaría en contra de su imagen, tanto dentro de la Bratva como de la banca.

—Mejor perder la imagen que la vida.

—No estoy segura de que así funcione para él.

Estaba interesada, mi curiosidad levantando las orejas y salivando ante una investigación que se estaba convirtiendo en un reto. Makar era un archivo abierto, un caso inconcluso en más de un sentido y yo odiaba los casos inconclusos. No tenía nada que ver que, al momento de posar mis ojos en él, ese vacío negro que vivía dentro de mi pecho desde que dejé San Francisco se esfumó como por arte de magia.

No, no era eso.

Nada que ver.

—No te preocupes, Viola. No pienses más en ello —insistió Cassius apartándome de mis pensamientos, espantándolos de un manotazo, y me gustaban mis pensamientos—. La seguridad de mis agentes encubiertos, su protección, es mi prioridad. Nunca te pondría en peligro...

—Estar en peligro es mi trabajo —dije como una reacción instintiva, las palabras del almirante durante nuestro fatídico almuerzo sonando nuevamente en mi mente al mismo tiempo que las de mi jefe—. Puedo manejarlo.

—No —saltó Sam negando con la cabeza mientras algo parecido al horror se instalaba en su rostro—. Conozco esa mirada y sé lo que estás pensando. Ni se te ocurra, Viola. Tomamos riesgos calculados, esto es simplemente suicida.

—No es tu decisión.

—Ni la tuya tampoco —dijo Cassius—. Creo recordar que yo soy el jefe de este departamento.

—Piénsalo, Cassius —insistí—. Si me quedo aquí sin hacer nada soy un blanco fácil para la Bratva o para Makar, quien quiera que me esté buscando, porque ya me encontraron.

—Él no puede saber...

—Ese hombre es muchas cosas, pero jamás un idiota. Ahora tiene un hilo y tirará de él hasta que me lo encuentre sentado en el sofá de mi casa una tarde cuando regrese, en el mejor de los casos.

—¿Y en el peor? —preguntó Sam.

—Un ruso pondrá una bala en mi cabeza.

—Ve a Tennessee con tu familia hasta que todo se calme —propuso Sam y tuve que controlarme

para no rodar los ojos como una adolescente malcriada.

—No huyo de los delincuentes, voy tras ellos —me limité a decirle y me volví hacia Cassius—. En serio, jefe, si me uno a este operativo será más difícil que los rusos puedan tocarme sin ponerse en evidencia; atraparemos a unos narcotraficantes, que siempre es divertido, y la DEA nos deberá un gran favor, lo que no es poca cosa.

—Viola...

—Si me quedo aquí, si no hago nada, nunca sabré cuándo vendrá el golpe. Además, no soy una frágil damisela que no sabe cuidar de sí misma.

—La doctora Shriver no autorizará tu regreso al trabajo.

Esa afirmación de Cassius era lo más cercano a una rendición.

—El tiempo de recuperación es requerido para que un agente pueda desprenderse de la personalidad que creó y volver a ser él mismo antes de adentrarse en otro trabajo. —Me encogí de hombros—. En este caso, volveré exactamente a lo que estaba haciendo, así que no hay conflicto. Tómalo como una prolongación del caso anterior, no como uno nuevo.

—Dígame que no está considerando mandarla a Miami con Volkov —dijo Sam horrorizado.

Cassius suspiró frustrado.

—Por más que odie admitirlo, los argumentos de la agente Rivera son sólidos: hasta que Volkov los señaló, los hermanos Ramírez ni siquiera eran personas de interés. La inteligencia que proporcionó el ruso es sólida, pero para que sea suficiente hay que ir más a fondo y no lo conseguiremos sin infiltrarnos. Nos tomaría demasiado tiempo hacerlo sin él. Además, entre la DEA y la Fiscalía pueden hacer mi vida un infierno.

—Entonces —dije tratando de ocultar la sonrisa presumida de quien ha obtenido precisamente lo que quiere—. ¿En qué quedamos?

—Vete a casa. Todavía estás de licencia —Cassius suspiró cansado—. Te avisaré cuando tome una decisión.

Salí de la oficina sintiéndome ganadora y no había razón para eso. Objetivamente no había ganado nada: iba de nuevo al campo, sí, y con Makar Volkov de compañero para más detalles.

Una situación peligrosa en más de un sentido.

No sabía si estaba lista, pero eso no evitaba que lo deseara.

## Capítulo 10

No fue una sorpresa que la operación fuese aprobada en tiempo récord por el FBI y mucho más rápido por la DEA. De acuerdo con la logística preparada, debía partir con Makar, en su avión privado, desde Washington hacia Miami, donde fijaríamos residencia hasta resolver el asunto con los Ramírez. Mi agente de enlace sería, por primera vez en mi carrera, un agente de la DEA y no del FBI.

Mi trabajo, según el plan operativo, era vigilar a Makar Volkov. A él le tocaría abrir las puertas necesarias y recabar la información mientras yo debía asegurarme de que la evidencia contra los Ramírez fuese sólida para desmontar su negocio y llevarlos a la cárcel más allá de cualquier duda razonable. También, obviamente, cuidar de que el ruso no tuviese ningún as bajo la manga que mordiera el trasero de la DEA o la Fiscalía en el momento menos pensado. Hubiese sido relativamente sencillo si la asignación viniera en otras circunstancias, si mi informante no fuese un antiguo sujeto de interés, que tenía todo el derecho del mundo de odiarme, y que, aun a pesar de mis mejores intenciones, todavía significaba mucho para mí.

Desde el día de la reunión, no volví a tener ningún tipo de contacto con Makar por lo que, mientras una SUV del FBI me llevaba desde la sede de la agencia hasta una pista privada en el aeropuerto, una extraña anticipación feliz me inundó, como si estuviese camino a una cita. Obviamente me apresuré a enterrarla, conjuntamente con la sonrisa involuntaria, justificando ambas simplemente como una reacción feliz por el hecho de volver al trabajo y, para convencerme de mi racional explicación, repasé mentalmente los detalles del caso.

Al llegar a nuestro destino, los agentes me abrieron la puerta como si de guardaespaldas se trataran y emergí nuevamente como Viola Calhoun, la chica de la galería, la de buena familia con un novio divino y millonario. Ya no tenía que convencer a Makar, pero nunca se sabía quién podría estar observando.

No llevaba equipaje, solo el vestido veraniego que usaba, de mi propiedad, y las sandalias de tacón que hicieron su regreso a mi vida antes de lo que me hubiese gustado. El bolso de diseñador estaba allí, con un móvil nuevo y la identificación falsa necesaria, esa que tenía mi nombre, pero un número de seguridad social diferente y una dirección en otro estado. El resto de lo que necesitaría en el viaje, lo encontraría al llegar a Miami.

Makar me esperaba a los pies de la escalerilla para subir al avión con Anatoly, su guardaespaldas, parado muy cerca. Planté en mi cara mi mejor sonrisa porque no tenía claro cuánto sabía el personal de Makar sobre nuestra situación actual.

—Viola, amor —dijo en lo que me acerqué, estirando la mano en mi dirección—. A tiempo, como siempre.

—Sé lo mucho que valoras la puntualidad.

Tomé su mano e inmediatamente Makar llevó la mía a sus labios y todo mi cuerpo se estremeció

con el contacto. Tuve que luchar con la necesidad de cerrar los ojos y tomar una bocanada de aire larga. Sentía un alivio similar al de regresar a casa después de un día de mierda.

«Contrólate, Viola. No eres una adolescente, eres una agente del FBI en una asignación, y este tipo de distracciones puede matarte, literalmente. No es tu novio, no es tu amante ni tu amigo. Es un hombre peligroso que está buscando algo y tienes que averiguar qué es».

Makar enlazó sus dedos con los míos para que subiéramos juntos al avión y, por un instante, se sintió como si nada hubiese pasado, como si ambos estuviésemos en una especie de programa de ciencia ficción donde las acciones pasadas quedaban borradas por una indolora lobotomía selectiva.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó solícito y sin borrar la sonrisa.

Extrañada moví negativamente la cabeza.

Makar se sentó en el asiento de cuero frente a mí luego de pedir a la azafata un escocés con hielo y se ajustó el cinturón para el despegue.

—¿Cuándo fue la última vez que viajamos juntos? —preguntó casual.

—Cuando fuimos a la ópera en Nueva York con tu amigo que tiene la novia periodista.

—¿De verdad te gusta la ópera o lo mencionaste solamente porque tenías otro trabajito que atender allí?

Aunque la sonrisa seguía en sus labios, el brillo de sus ojos dejó de ser cálido para asumir el duro frío de cuchillos de hielo.

«Terminó la tregua», pensé y respiré aliviada pues esta forma de actuar era mucho más lógica y mucho más fácil de manejar.

—Me encanta la ópera. —Sonreí tras mirar a mi alrededor y constatar que estábamos solos.

—Es un alivio saberlo porque también me gusta la ópera, pero aquel partido de béisbol al que fuimos en Boston... —Negó con la cabeza—. Es el deporte más malditamente aburrido que conozco.

—Pero veías los juegos conmigo por televisión en la noche.

—Eso hace el amor. —Me miró y la sonrisa había desaparecido para ser sustituida por un rictus amargo—. De haber sabido que de igual forma te tenías que quedar conmigo porque te lo ordenaron —la sonrisa volvió a manifestarse, pero ya no era la misma—, no me hubiese esforzado tanto.

—Te gusta la cacería, Makar. Si no hubieses tenido que conquistarme, no me hubieras encontrado tan interesante.

—Entonces queda la duda. —Tomó un sorbo de su trago sin quitarme los ojos de encima—. ¿Eres tan interesante como pensé que eras? ¿Cuánto hay en ti de la mujer de la que me enamoré?

«Mucho, casi todo, pero nunca se lo digas a nadie. Tengo una imagen que mantener».

—Supongo que ahora nunca lo sabremos.

Makar se dedicó a su trago mientras veía el cielo por la ventanilla y yo saqué el Kindle del bolso e intenté concentrarme en la historia de fantasía que compré específicamente para el vuelo.

—¿Puedo preguntarte algo? —preguntó Makar todavía viendo por la ventanilla y un extraño frío me recorrió la espalda.

—De poder, puedes —respondí sin levantar completamente la vista del dispositivo, aunque mi visión periférica estaba haciendo su trabajo—. El que te conteste dependerá de la pregunta.

—No importa. Sé que la honestidad no es tu fuerte. —Volteó a verme—. ¿Cómo te llamas realmente? ¿Viola es alguna especie de código basado en alguna broma shakesperiana?

La pregunta me hizo despegar los ojos del aparato.

—¿Perdón?

—Viola, Shakespeare, «Noches de Epifanía» ... Tiene sentido.

—Viola es mi verdadero nombre. Siempre lo uso, da lugar a menos errores —expliqué dudosa, preguntándome si de verdad había averiguado tan poco de mi verdadera identidad o si se estaba haciendo el tonto para probarme—. Es más fácil responder cuando alguien llama, la respuesta es más auténtica, y si te encuentras a alguien que conoces por la calle o en algún sitio público sería muy incómodo que te llamara por otro nombre.

—¿Te ha sucedido?

—No, nunca. Por lo general, las asignaciones están fuera de tu área de influencia para evitar problemas de ese tipo.

—¿Y el almirante Calhoun sabe que hay una agente del FBI que se hace pasar por su hija?

—Soy la hija del almirante Calhoun. —Sonreí y levanté las cejas un par de veces—. Normalmente, aunque usamos nuestro nombre, ningún agente usa su verdadero apellido, pero tú eras un caso especial, lo ameritaba.

—¿Por qué?

—Cuando se prepara un caso, se construye una identidad dependiendo de cuán profunda anticipes que pueda ser la investigación que realizarán sobre ti cuando hagas contacto —continué con la explicación porque no era un secreto. Era algo que se podía encontrar en cualquier manual de procedimiento de operaciones encubiertas disponible en Internet, pero al contarle de forma tranquila me hacía parecer en control, en modo alguno afectada por su presencia, sus comentarios hirientes o su mirada de hielo—. Sabíamos que investigarías exhaustivamente a cualquier mujer que dejaras entrar a tu vida, como de hecho lo hiciste, y era más fácil construir una identidad sobre algo real. Además, por ser quien soy, te daría mucha más confianza y te resultaría más atractiva.

—¿Atractiva?

—Eres un hombre ambicioso que hizo su fortuna de la nada. Estás orgulloso de eso. Sin embargo, fuera de tus amigos rusos, eres considerado un nuevo rico de dudosa reputación y eso te molesta. Emparejarte con una típica «princesa americana» —marqué las comillas con los dedos—, una mujer de una familia respetada y antigua, te daría cierto estatus que no has podido conseguir por tu cuenta.

—¿Y no te preocupan las consecuencias para tu familia?

Me encogí de hombros.

—Mi familia es suficientemente prominente para que no existiese temor sobre su seguridad, ni antes ni ahora.

Eso quería dejarlo claro. Nadie podría chantajearme con la seguridad de mi familia.

—Vaya que eres fría.

—Y tú eres un tierno gatito que en su vida ha hecho nada malo.

—Si lo pones de esa forma... —Hizo una mueca divertida y subió un hombro.

—¿Por qué tantas preguntas?

—Ahora trabajo con el FBI. Debo conocer el procedimiento.

—De hecho, trabajas para la DEA.

—Todas las agencias se parecen.

Makar se encogió de hombros nuevamente y yo puse los ojos en blanco.

—¿No te traerá problemas contarme todo esto? —preguntó suspicaz.

—Tú dime.

—No de mi parte. Me refería a tus jefes del FBI.

—Ahora somos compañeros y mereces saber quién soy. —Sonreí segura—. Es lo justo. Yo sé quién eres tú.

—¿Estás segura?

—Completamente, Makar Volkov.

Makar soltó una carcajada.

—Sigues siendo increíble.

—Gracias. Ahora es mi turno de hacerte una pregunta —dije aprovechando el momento distendido.

—Pregunta.

—¿Por qué unos narcotraficantes colombianos de Miami buscarían a un inversionista ruso en San Francisco?

—Tendrás que preguntárselo a ellos. Seguro tendrás la oportunidad.

—¿Es esto una asignación de la Bratva o es personal?

Honestamente no creía que fuese a responderme, pero valía la pena intentarlo. Makar pareció meditar su respuesta:

—Algunas veces tu vida personal afecta tus negocios, por lo que debes hacer negocios para solventar tus problemas personales.

—¿Es eso un acertijo?

—Para nada.

—¿Cuánto de todo este misterioso y conveniente ofrecimiento a la Fiscalía tiene que ver conmigo y con Vangushin? —insistí.

—Todo.

—Ten cuidado, Makar —le advertí—. Si algo me sucede, el FBI vendrá a por ti; si los colombianos sospechan que vas a traicionarlos, Garrido vendrá a por ti; si la Bratva no sabe nada de esto y se entera de que estás trabajando con la DEA...

—¿Vendrán a por mí? —Sonrió—. Viola, amor mío, siempre has estado dispuesta a creer lo peor de mí. ¿Ahora dudas de mis capacidades?

—Dudo de tus motivos.

—Por un momento me pareció que te preocupabas por mí

—Ya te lo dije: ahora somos compañeros. Si metes la pata, si estás trabajando en un gran plan maestro del que nadie sabe, pero que resultará en último momento como en una gran película de superhéroes, eso me pondrá en riesgo. Merezco saber qué exactamente es lo que está pasando, qué tramas.

—¿Ahora dices que soy un superhéroe? Pensé que, bajo tus estándares, era el villano.

—Estás evadiendo.

—Una de las cosas que me atrajo de ti fue que nunca fuiste una niña tonta o intentaste pasar por una —prosiguió—. Eventualmente lo descubrirás. Solo espero que no lo hagas demasiado pronto. Todavía tengo cosas que resolver.

—Makar, esto no es un juego.

—Pero, tal vez, podamos jugar más tarde.

## Capítulo 11

Al llegar a Miami nos trasladamos a un *pent house* de cerca de cinco mil metros cuadrados en South Beach con una vista espectacular sobre Ocean Drive. Según me informó Makar, tenía cinco habitaciones y seis baños y una terraza en el techo con piscina, aunque me conformaba con las ventanas con cristales panorámicos desde donde se podía ver la playa.

—Espero que te guste —dijo mientras me daba un pequeño recorrido demostrando que, aun trabajando para la DEA, no iba a ceñirse al ajustado presupuesto de una oficina gubernamental.

Obviamente que el apartamento me gustaba. Sin embargo, era la primera vez que trabajando en un caso no tenía un lugar para ser yo. Incluso cuando vivía con Makar seguía teniendo mi pequeño apartamento en San Francisco para organizar el trabajo, para bajar la guardia.

—No quiero saber cuánto estás pagando por un lugar así —dije mirando apreciativamente a mi alrededor.

—Lo compré hace un par de años. Costó diecisiete millones y algo.

—¿Tienes un *pent house* en Miami?

—Yo que pensé que me habías investigado a fondo —dijo con una mueca—. ¿No se supone que debes saber hasta cuánto dinero hay en mi cuenta de cheques?

Bufé.

—Tienes un montón de propiedades. No tuve tiempo de aprenderlas de memoria, para eso existen las bases de datos. Tampoco imaginé que las tendrías todas amuebladas y listas para usar.

—La mayoría las compro por negocio y las vendo cuando el mercado es propicio, pero esta es personal. Me gusta Miami para venir de vacaciones.

—Estuvimos juntos siete meses y nunca vinimos.

Me miró de una forma extraña, tal vez un poco sorprendido, antes de abrir la puerta de una habitación.

—Esta es la tuya —dijo invitándome a entrar y, por alguna extraña razón, que no estaba dispuesta a investigar, me sentí decepcionada—. La ropa que dejaste está limpia y colgada. El FBI envió otras cosas.

—¿Guardaste todo? —pregunté extrañada.

—Solo ha pasado poco más de un mes desde que te fuiste, aunque como en cualquier infierno se sintieron como años. Pasé por diferentes etapas en ese corto tiempo, incluida la negación y la rabia. Primero pensé que te había pasado algo y casi morí de angustia, luego consideré la posibilidad de una emergencia familiar, amnesia repentina, también un secuestro extraterrestre. Me volví un poco loco en el proceso y no fue nada agradable de vivir ni, de acuerdo con mi personal, de atestiguar. —Hizo una mueca de asco—. Incluso cuando los indicios me golpeaban en la cara, me negué a aceptar que te habías burlado de mí, que me habías engañado manipulándome como a un adolescente cachondo. —Se encogió de hombros tratando de minimizar el comentario,

pero el fuego de la ira seguía en sus ojos—. Luego llegaron los colombianos con su ofrecimiento y no tuve tiempo de considerar si era mejor lanzar tus cosas por la ventana o hacer una especie de pira funeraria en el jardín.

«Lo siento», pensé con verdadera pena antes de amonestarme seriamente porque no tenía nada por lo que disculparme. Él era un mal tipo y yo solo había hecho mi trabajo.

Miré un poco más a mi alrededor, incluso paseé por la habitación, abrí la puerta que daba al balcón, inspeccioné el cuarto del baño, el clóset, cualquier cosa era buena para no mirarlo a la cara, para no descubrir en una mirada, en un gesto, todo el daño y el dolor que había generado porque, justificado o no, me hacía sentir de la patada.

—Por cierto —continuó ante mi evasivo silencio—, no encontré el anillo entre las cosas que enviaron. ¿Te lo quedaste? ¿Querías guardar un pequeño recuerdo de nuestro tiempo juntos?

Abrí la boca para decir algo, lo primero que se me viniera a la mente hubiese estado bien, pero la sonrisa cínica de Makar me hizo olvidar por un instante esa vergüenza mezclada con arrepentimiento que sus palabras anteriores generaron.

—¿Sueles guardar recuerdos de todas tus asignaciones? —insistió—. ¿Los tienes en exhibición sobre la chimenea y cuentas historias de cada una cuando tienes visitas? Dices cosas como: «Este me lo dio un ruso idiota al que me follé para investigar a su mejor amigo».

—Es un lindo anillo —dije como si no fuera la mayor cosa. No podía darle ningún indicio de cuánto daño podían hacerme sus palabras—. Me dio pena que quedara guardado en una caja de inventario hasta que alguien lo necesitara para algo. Si lo quieres de vuelta...

Abrí el bolso para buscarlo.

—¡Y lo traes contigo! —Sonrió presumido.

Finalmente lo encontré y se lo ofrecí con cara de fastidio.

Para mi sorpresa, lo tomó y estuve tentada a cerrar la mano para evitarlo. No quería dejarlo ir. Aunque no solía usarlo, todavía lo llevaba conmigo, siempre.

¡Estaba tan jodida!

Makar lo estudió por un rato y, sin que pudiera anticiparlo, tomó mi mano y lentamente lo colocó en mi dedo, como si estuviera dándome tiempo para negarme.

—Se te ve bien —dijo todavía mirando mis dedos—. Puedes conservarlo, por ahora. Sigue siendo parte de nuestra mentira y esa mentira es todavía necesaria, aunque tal vez no tan placentera como solía ser.

Se volvió para salir de la habitación, aunque hizo una pausa en la puerta.

—Avisaré a los hermanos Ramírez de que estamos en la ciudad para que nos reunamos. El que estés aquí nos ayudará a darle a todo un aire más informal. ¿Hablas español?

—Lo suficiente.

—No dejes que se enteren. Esa habilidad podría sernos útil. Son descuidados y tienden a hablar español entre ellos.

—Así como tú hablas en ruso con tus amigos.

—Muchas menos personas en el mundo hablan ruso que español.

—No confíes en eso.

Me miró por un momento ladeando la cabeza.

—¿Hablas ruso?

—No.

—¿Si lo hablaras me lo dirías?

—No.

—¿De verdad lo considerabas sexy?

—No voy a responder a eso.

No obstante, sí respondí. De forma involuntaria una sonrisa se intentó colar en mi boca. La suprimí, pero era demasiado tarde. Ya Makar la había visto.

—Como siempre —dijo sonriendo—, puedes pedirle a Alina cualquier cosa que requieras y mi habitación está aquí al lado en caso de que te sientas sola y te provoque escucharme hablando en ruso o algo así.

—No sueñes.

—Me gustan mis fantasías y lo sabes. En este punto es todo lo que me queda.

Me guiñó un ojo y salió cerrando la puerta.

## Capítulo 12

Al día siguiente nuestra reunión con los hermanos Ramírez ya estaba concertada, tenía que darle puntos a Makar por su efectividad. Anatoly, con su eterna cara de palo, nos conducía por las calles más acomodadas de South Beach en la misma Range Rover que nos esperó en el aeropuerto. Llegamos a una villa ostentosa, con personal de seguridad visible en cada acceso y hasta en el techo.

Lo que sabía de los hermanos Ramírez, según el informe elaborado por la DEA, era que eran hijos de un ganadero, gran amigo del poderoso narcotraficante Carlos Garrido, y el capo los había enviado a los Estados Unidos supuestamente para alejarlos de las guerras entre los carteles. Por su escasa vinculación con el narcotráfico, al menos abiertamente, no fueron considerados personas de interés, hasta ahora, gracias a la información aportada por Makar.

Sin embargo, viendo la forma en la que vivían, era muy extraño que no hubiesen llamado la atención antes.

Solo Makar y yo abandonamos el vehículo, él en vaqueros y una camisa blanca con los dos botones superiores sueltos y las mangas ligeramente arremangadas, y yo con un corto vestido de verano y los insufribles tacones. Tomados de la mano subimos la escalera y llamamos a la puerta que fue atendida por un sujeto de mediana edad, armado hasta los dientes y sin la mínima intención de ocultarlo.

—Mi nombre es Makar Volkov —se presentó sonriendo como si ser recibido por alguien con un arma larga colgada en su hombro en medio de las palmeras y el clima encantador de Miami fuese una ocurrencia usual—. Martín me está esperando.

El hombre no nos invitó a entrar, aunque al menos tuvo la cortesía de mantener la puerta abierta mientras hablaba por un radio. Luego hizo una seña con la cabeza para que lo siguiéramos.

Nos condujo por un pasillo que daba a una terraza posterior donde había una piscina que, desde cierta perspectiva, parecía juntarse con el mar.

Dos hombres estaban sentados bajo una enorme sombrilla en una mesa cercana a la piscina bebiendo escocés. Aunque, debido a la distancia y por tener el sol a sus espaldas, no podía detallar sus rostros.

Justo en la puerta, antes de salir a la terraza, se nos acercó quien parecía ser otro agente de seguridad, si tenía en cuenta el fusil de asalto AK-47 colgado en su hombro, pero vestido con pantalones cortos y una camisa floreada abierta hasta casi a la mitad de su pecho. Una gruesa cadena de oro colgaba de su cuello.

¿Cuánta seguridad había en esta casa? ¿Cuánto armamento?

Había contado tres en el techo y el de la puerta, todos con sus Kaláshnikov; además de tres en el área de la piscina y ahora este.

—Entregue sus armas —le dijo a Makar con un pesado acento latino y una mueca de desprecio

en su boca. Luego me miró de arriba abajo y sonrió—. También tendré que registrarlos.

Antes de que pudiera pestañear, la nueve milímetros de Makar estaba en su mano y el cañón reposaba en la mejilla del hombre que nos impedía el paso.

—Nadie toca mis armas o mis mujeres —dijo Makar con ese tono bajo amenazante que lo había escuchado emplear solo en pocas oportunidades. Había cierto toque de locura en su mirada que lo hacía mucho más aterrador—. Si le pones la mano encima a cualquiera de las dos, no tendrás vida para extrañar tu cara.

—¡Ruso! —gritó uno de los hombres sentado bajo la sombrilla al tiempo que agitaba el brazo. Se puso de pie y caminó con paso apresurado hacia nosotros—. Bienvenido —saludó con una enorme sonrisa para luego mirar al hombre que todavía tenía el arma en la mejilla—. Ricardito, no puedes tratar así a mis invitados. ¿Qué van a pensar de nosotros?

—Disculpe, señor —dijo Ricardito entre dientes y con un odio en sus ojos que dejaba más que claro que no estaba arrepentido en lo más mínimo de sus acciones.

—Ahora haz que te crea —replicó Makar entre dientes apretando un poco más el arma contra su rostro.

—Lo lamento —insistió.

—No vas a ganar un Óscar, pero no puedo seguir perdiendo mi tiempo contigo. No tienes idea de cuánto vale.

Finalmente, Makar bajó el arma y la guardó donde siempre había estado: en la cinturilla de sus vaqueros.

—Disculpa —dijo nuestro anfitrión. Ahora que habíamos dejado atrás una situación potencialmente peligrosa, pude darme cuenta de que era uno de los hermanos Ramírez, probablemente Martín, aunque no se parecía mucho a su fotografía—. Es nuevo y siempre quiere probar algo.

—Terminaré probando el sabor de una bala.

—Riesgos de su profesión. —Se encogió de hombros para luego agrandar su sonrisa—. Estamos felices de que, finalmente, nos hayas contactado.

Extendió la mano a Makar y este la estrechó. Todo rastro del hombre peligroso de hacía un minuto borrado de golpe. Ahora era el banquero serio y de modales impecables.

—Ella es mi novia. —Makar me señaló—. Aprovechamos el viaje para tomarnos unas vacaciones.

—Encantado de conocerte —dijo también estrechando mi mano, aunque con menos energía de la que había empleado con Makar—. Soy Martín Ramírez.

Era bien parecido, aunque no de una forma tradicional. Funcionaba en él perfectamente aquello de que un buen corte de cabello, una buena afeitada y algo de ejercicio bastaban para hacer de un hombre corriente algo que valía la pena mirar.

—Viola —me presenté omitiendo intencionalmente, gracias a una sonrisa que esperaba fuera encantadora, mi apellido.

Esa táctica servía para retrasar cualquier investigación que pudiesen iniciar sobre mí y también para asentar mi estatus de «novia trofeo», esa que no es más que un nombre de pila, un adorno en el brazo de un hombre poderoso.

—De haber sabido que también vendrías le hubiese pedido a mi esposa que nos acompañara.

—Espero no ser una molestia.

—Para nada. Las mujeres bonitas son siempre bienvenidas. —Hizo un gesto hacia la mesa cercana a la piscina—. Pasen, por favor. Bebamos algo.

—Señor Volkov —saludó el otro hombre poniéndose de pie al ver que nos acercábamos.

—Alberto —saludó Makar extendiendo la mano en su dirección.

El más joven de los hermanos Ramírez se había quedado con la repartición de los bienes genéticos en la familia: una nariz perfilada servía de punto focal en un atractivo rostro lleno de ángulos, una piel bendecida por el sol y unos labios gruesos. Esas cejas se veían demasiado perfectas para ser obra de la naturaleza.

Definitivamente un hombre al que le importaban las apariencias, tal vez demasiado.

Luego que las presentaciones terminaron, tomamos asiento alrededor de la mesa y las bebidas fueron servidas: escocés, para mayores detalles, aunque tuvieron la cortesía de ofrecerme algo menos fuerte.

No tenía nada en contra del escocés, pero la coartada de novia tonta que debía mantener ante unos machistas narcotraficantes colombianos, me obligó a pedir algo sin alcohol.

—Nos sorprende su visita después de la forma en que nos despedimos en San Francisco —dijo Alberto cuando cada quien tuvo su bebida y una empleada uniformada apareció con un gran plato de carne frita que olía delicioso.

—No pueden llegar a mi oficina, así como así, ofreciéndome un negocio —respondió Makar sonriendo—. Hay cierto procedimiento.

—Nuestro dinero es tan bueno como cualquier otro —insistió un poco petulante—. Pensé que el manejo del dinero era su trabajo y los billetes verdes no tienen nacionalidad.

—No me hace falta más dinero, tampoco necesito clientes que me metan en problemas por su poca capacidad de ser discretos.

—Según escuché, tiene necesidad urgente de nuevos clientes y más dinero.

Tuve que refrenar el impulso de preguntarle a Alberto Ramírez a qué se refería exactamente. Esa información era nueva y podía resultar muy interesante.

—Escuchaste mal —respondió Makar con tono definitivo.

—Lo bueno es que estás aquí —intervino Martín antes de que el torneo de palabras escalara—, y asumo que cambiaste de parecer.

—No completamente. Sigo sin quererlos como clientes. —Makar dio un trago a su escocés—. Sin embargo, puedo estar interesado en otra cosa, si los beneficios prueban que pueden superar los riesgos.

—¿De qué clase de trato estamos hablando? —preguntó Martín.

—Ustedes vinieron a mí porque saben que soy el mejor en lo que hago.

—Está por verse si la realidad se aproxima a la reputación —dijo Alberto con una mueca.

Makar se inclinó sobre la mesa con una sonrisa muy parecida a la expresión de un gran depredador antes de atacar.

—Es todavía mejor —sentenció antes de volver a recostarse en la silla. Era un maestro en eso de jugar con los silencios y la tensión—. Esta casa está a nombre de un tercero, un amigo de su padre. El dinero que han usado para mantenerse en este país proviene de los beneficios de la compañía ganadera de la familia y es, en teoría, legítimo, por eso han pasado bajo el radar de las autoridades. Si vienen a mí ahora, es porque recién comienzan su propio negocio aquí y ese negocio genera todos sus ingresos en efectivo y eso es muy difícil, por no decir imposible, de gastar en este país. Aquí no puedes comprar propiedades, una tienda, un coche, unas vacaciones, con un maletín lleno de billetes. En todo caso, no por los canales regulares.

Los dos hombres intercambiaron una mirada y luego volvieron sus ojos hacia mí, un poco nerviosos.

—Ella es la mujer con la que voy a casarme —explicó Makar—. Confío totalmente en ella, pero entiendo que puede no ser lo mismo para ustedes. —Se volvió hacia mí con una sonrisa dulce—. Cariño, podrías darnos algo de privacidad.

—Seguro —respondí igualando su sonrisa.

Como si fuese una treta preparada con anterioridad, saqué mi móvil, le conecté los audífonos y pretendí sumergirme en mi lista de canciones favoritas mientras enviaba mensajes o revisaba las redes sociales cuando, en realidad, lo que estaba haciendo era grabar toda la conversación.

—Me parece que quiere presentar toda la situación como si lo necesitáramos desesperadamente, señor Volkov —dijo Alberto.

—Porque es así.

—No esté tan seguro.

—Fueron ustedes los que acudieron a mi oficina en San Francisco, sabiendo quién era e importándoles muy poco que mis clientes principales podrían no estar de acuerdo con que trabajara precisamente para ustedes. —Nuevamente, Makar exhibió la sonrisa del millón de dólares, si un millón de dólares tuviese la capacidad de cortarte en pedacitos dejando un reguero sangriento detrás—. Sin embargo, les voy a dar estos datos de forma gratuita: en el momento en que quieran transformar todo ese dinero en efectivo, utilizando las mismas vías que sus familiares y amigos utilizan en Colombia, las alarmas saltarán y tendrán a la DEA, o como mínimo al servicio de aduanas o al departamento del Tesoro, llamando a las puertas de su casa.

—Siempre podemos contratar a alguien local. Hay miles de personas que pueden hacer ese trabajo. Es solo lavandería.

—¿Y podrán confiar en esa nueva lavandería? Hay mucho agente encubierto por allí tratando de anotarse un triunfo.

Mi estómago dio un extraño salto y, luego del ataque sorpresa de mis terminaciones nerviosas, tuve que morderme el labio para evitar la sonrisa.

Makar Volkov era un experto manipulador. Antes de viajar a San Francisco ya sabía que era bueno en lo que hacía, incluso muchos informes no dudaban en usar la palabra «despiadado» para referirse a él, y en nuestro tiempo juntos comprobé de primera mano que era extremadamente inteligente. En teoría, la combinación era letal, pero verla trabajar en directo era toda una nueva experiencia.

—¿Qué es lo que quiere para venir a trabajar con nosotros? —intervino Martín silenciando de una buena vez a su presumido hermanito—. Asumo que esto es una negociación.

—Como, con seguridad, perderé muchos buenos clientes por trabajar con ustedes y me colocaré en una posición de riesgo —prosiguió Makar—, quiero ser parte del negocio.

—¿Qué? —casi gritó Alberto—. No es así como trabajamos. No necesitamos capital.

—Mi tarifa usual es del quince por ciento de la ganancia global de cualquier operación que manejo —prosiguió Makar dirigiéndose exclusivamente a Martín—. Esa tarifa se usará como inversión en la compra del producto a importar y me pagaran el monto del beneficio del producto una vez comercializado aquí. —Makar balanceó lo que le quedaba de bebida en el vaso y contempló el líquido ambarino como si tuviera todas las respuestas a las preguntas filosóficas más complicadas—. Sé que el lema de su negocio es comprar barato en Colombia y vender caro aquí. —Levantó la vista y sonrió—. Aquí se maneja otro concepto: si quieren arrebatarse el talento a su competidor, tendrán que pagar por él. Hace mucho tiempo dejé atrás la fase de ser un simple empleado.

¿Me convertía en una persona terrible el hecho de admirarlo por hacer lo que hacía?

—¿Nos dará algún tiempo para considerarlo? —preguntó Martín.

—Seguro. Como les dije estoy de vacaciones. Sin embargo, les aconsejaría que no se tomen mucho tiempo. Si vamos a hacer negocios juntos, debo dejarlo todo arreglado antes de regresar a San Francisco.

—¿Planea regresar a San Francisco? —preguntó Alberto.

—¿Por qué no? —Makar parecía sincero en su confusión—. Allí está mi oficina y mi casa.

—¿Si planea regresar a San Francisco cómo pretende vigilar nuestro negocio aquí? —preguntó Martín.

—Tengo brazos muy largos, un avión privado y muchos amigos banqueros.

Makar tocó delicadamente mi rodilla y finalmente aparté la vista del teléfono y me quité los audífonos.

—Es hora de irnos, cariño —anunció al tiempo que se ponía de pie—. ¿Ya pensaste en qué quieres almorzar?

—Lo que te provoque estará bien —dije imitándolo.

—No vuelvas a decir eso o corres el riesgo de quedarte sin comida.

Sonreí como una niña tonta y me empiné para darle un rápido beso en los labios para luego lanzar una mirada apenada a nuestros anfitriones.

—Martín, Alberto. —Makar hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida—. Un placer verlos.

—Encantada de conocerlos —dije exhibiendo la perfecta sonrisa de una niña bien educada.

Makar me ofreció su mano y así, como una pareja más común que corriente, salimos de la residencia de los protegidos de uno de los narcotraficantes más peligrosos y poderosos en el mundo.

Sí, un martes cualquiera en mi vida.

## Capítulo 13

El camino de regreso fue silencioso. Con Anatoly conduciendo era mejor no decir mucho hasta que supiera el alcance del conocimiento del guardaespaldas sobre nuestra situación actual. Aproveché para escuchar nuevamente la conversación grabada y hacer unas cuantas notas en mi teléfono.

—¿Y bien? —preguntó Makar en lo que estuvimos solos de vuelta en el enorme salón del *pent house*.

—¿Y bien qué?

—Tus impresiones de nuestro primer día de trabajo conjunto —dijo sonriendo como un chiquillo mientras se sentaba en el sofá—. ¿Crees que lo hice bien? ¿Tengo madera para esto?

Lo miré confundida. Era un juego para él. Mi trabajo, toda la operación, era un ejercicio lúdico para su mente inquieta. ¿Lo peor? Era muy bueno en ello.

Obviamente no iba a decírselo.

—¿Estás seguro de que los hermanos Ramírez son narcos? —pregunté.

—Claro. ¿Por qué?

—Por definición, los narcotraficantes son muy desconfiados y ese par parecía extremadamente relajado hablando con nosotros de sus asuntos, permitiéndome sacar mi teléfono...

—No olvides quién creen que soy.

—¿Quién creen que eres o quién eres realmente?

—Estoy seguro de que no saben que soy un agente encubierto de la DEA.

—Eres un informante, no un agente.

—Si lo hago bien, tal vez me den mi placa.

Sonrió como un gato complacido, levantó las cejas un par de veces e hizo un gesto para que me sentara a su lado.

—Si revisas bien eso que grabaste —prosiguió en vista de que yo no hacía ningún movimiento para acercarme al sofá—, te darás cuenta de que no hay allí nada definitivamente incriminatorio, nada con peso suficiente para una acusación.

«¿Cómo demonios supiste que estaba grabando?», quise preguntarle, pero no iba a darle otra oportunidad para que exhibiera esa sonrisa del gato que se ha comido al ratón, tampoco confirmarle que lo grabado no servía para mucho en materia penal. Aquí la profesional era yo, claro que tenía que tomar en cuenta que él era un delincuente y lo que a nosotros nos tocaba aprender era su forma de vida.

—A lo que me refería —continuó Makar mientras yo sostenía mi diálogo interno—, era a qué te han parecido los hermanos, desde el punto de vista profesional.

—Alberto es un niño malcriado acostumbrado a cierto estatus —dije, finalmente tomando asiento en la silla opuesta a la de él. Esto era lo que debía hacer, trabajar, discutir un caso, no

perder tiempo ponderando las habilidades de Makar en todo lo que se proponía como una fan enamorada—. Cree que sigue teniendo aquí el mismo poder que tenía en Colombia y quiere que las cosas se hagan a su manera porque sí. Probablemente sea el primero en cometer un error, se siente confiado.

—¿Y Martín?

—Es un hombre de negocios, serio, es poco probable que deje algo incriminatorio al descubierto por casualidad. A él le agradas, a su hermanito no. Eso puede ser un problema porque el menor de los Ramírez no parece que le guste estar subordinado a nadie, ni siquiera a Martín.

Makar me miró unos segundos con una expresión de piedra.

—¿Discutías así sobre mí con otra persona?

—No —respondí, no permitiendo que su abrupto cambio de tema me sorprendiera y haciendo lo mejor posible por mantener mi cara de póker—. No eras mi objetivo principal.

—Solo era un medio —declaró con una sonrisa de asco—, una oportunidad.

Suspiré.

—Tienes que dejarlo ir, Makar. Lo que pasó, pasó. —Hice lo que pude por no sonar condescendiente—. Ahora trabajamos juntos y tenemos que ser un equipo si queremos que esto salga bien.

Makar miró hacia afuera a través de los grandes ventanales con su cara de piedra, pero poco a poco una sonrisa comenzó a aflorar, como a quien se le ocurre una maquiavélica idea.

—Busca tu vestido de baño y algo de ropa playera. Vamos a navegar.

—No estamos de vacaciones.

—¡Claro que no! —dijo poniendo una expresión divertidamente ofendida—. Si estuviéramos de vacaciones juntos no perdería mi tiempo visitando narcotraficantes colombianos y tratando de cerrar tratos con ellos, todo mi tiempo sería para hacerte feliz. Eso claro, en el caso hipotético de que una agente del FBI accediera a salir de vacaciones conmigo.

—Makar...

—Somos un equipo, tú lo dijiste, y esto es trabajo.

—¿Salir a navegar es trabajo?

—Los narcotraficantes son paranoicos y desconfiados, tú misma lo acabas de señalar. Lo más seguro es que alguno de los hermanos Ramírez haya puesto a alguien a seguirnos y, como dije que estábamos de vacaciones, no podemos solo sentarnos a esperar a que nos llamen. Es mejor que actuemos nuestro papel a cabalidad.

—¿Y si no lo hacen? ¿Si no llaman? Deberíamos preparar una contra propuesta, un plan B.

—Llamarán. Me necesitan sin importar cómo se sienta Alberto al respecto.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque las personas que tenían en mente para esa parte del negocio, los que les han recomendado, han tenido problemas legales últimamente, algunos incluso han desaparecido. Eso les da cierta sensación de inseguridad y, aparentemente, al mismo tiempo que esto sucedía, escucharon cosas muy beneficiosas sobre mí.

—¿Qué conveniente!

—Soy un hombre con suerte.

—O un magnífico jugador de ajedrez.

—Soy ruso.

Se encogió de hombros y levantó las manos a sus costados como diciendo «qué se le va a hacer».

—¿Cuánto tiempo llevas preparando esto?

—Busca un vestido de baño bonito y vamos a trabajar. —Me guiñó un ojo—. Prometo que no te haré jugar ajedrez conmigo.

—Te la estás pasando genial con todo esto, ¿verdad?

—¿Es tan horrible pasar el día pretendiendo que me quieres un poco?

La expresión de su rostro era tan honesta, incluso un poco esperanzada, que generó un temblor extraño que comenzó en la punta de mis pies y comenzó a extenderse por todo mi cuerpo.

«Es un manipulador, Viola, un gran jugador de ajedrez y un delincuente, lo acabas de ver en acción. Tienes que averiguar qué es lo que quiere, lo que trama, y quedártele viendo como una idiota o temblando cada vez que dice algo lindo, no te va a ayudar».

—Pretender es lo que hago mejor —dije forzando una enorme sonrisa.

—Lo sé de primera mano, aunque algunas veces me gustaría olvidarlo.

¿Qué podía responder a eso?

Simplemente le di la espalda y fui a cambiarme de ropa, intentando convencerme en el proceso de que su plan tenía mucho sentido y era el más adecuado, que íbamos a pasar el día navegando por puro interés laboral y no pretendía disfrutar de su compañía.

No.

Nada de eso.

Solo trabajo.

Dos horas después, estábamos en la marina abordando un velero y pretendiendo estar más enamorados que nunca. Makar me mostró el barco sin soltar mi mano, compartimos sonrisas cómplices y bromas tontas, y nos hicimos a la mar. No sé en qué momento exacto, y a pesar de mis mejores intenciones, la pretensión dejó de ser tal y me dejé atrapar en esa realidad paralela, una que se sentía más mi vida que la de verdad, una que extrañé sin darme cuenta, y no me refería a estar tomando el sol en un velero en el medio del mar mientras bebía Mimosas, no; sino a esa existencia que compartía con alguien con quien me sentía a gusto, donde, contradictoriamente, representar un papel no era obligatorio.

—¿Dónde aprendiste a navegar? —pregunté con los ojos cerrados disfrutando del olor de la brisa marina, de las salpicaduras del agua de mar que refrescaban mi piel.

—Ástrajan está a las orillas del Volga, cerca de la desembocadura del mar Caspio, es un destino pesquero para los ricos cuando el río no está cubierto de hielo. Aprendí a navegar los barcos de otros para ganarme la vida, entre otras cosas. —Hizo una pausa, una tan larga que pensé que no diría nada más—. Cuando pude comprar uno aquí, lo hice. Fue una especie de revancha, luego descubrí que en realidad lo disfrutaba.

Una imagen de un Makar mucho más joven, con una barba de un par de días y con atuendo de pescador trabajando entre amarras, adornó mi mente y no me quedó más remedio que sonreír.

—¿Este barco es tuyo?

—Sí, una de las razones por las que me gusta Miami. Cuando estoy aquí afuera no hay retos ni dilemas, tampoco negocios o dinero; solo está el viento, el mar y el barco —prosiguió—. En la universidad estaba en el equipo de vela, también solía navegar antes de un examen importante para limpiar la mente.

—¿Cómo un inmigrante ruso consigue estudiar en Berkeley y construir un imperio financiero?

—Si no estuvieras tan ligera de ropa, pensaría que llevas un micrófono y buscas información para incriminarme.

Esa frase rompió la magia. Abrí los ojos y lo busqué con la mirada. Makar estaba recostado en

la proa del barco mirándome fijamente con esa media sonrisa en la boca que ahora era su gesto habitual cuando se refería a nuestro pasado. Levantó su copa en mi dirección como haciendo un brindis.

—Eres mi informante, Makar, no mi objetivo.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

Y de repente, a pesar del día distendido, del calor del sol y lo refrescante de la brisa marina, me sentí cansada. Cansada de la pelea, de la lucha. Sabía que era imposible que llegáramos a ser amigos; no solo por la mentira que envolvía nuestro pasado, sino porque una agente del FBI no podía salir a beber cervezas en plan casual o ir a ver una película con un importante delincuente de cuello blanco.

«¿Por qué no?», preguntó una voz en mi mente muy parecida a la de una niña malcriada.

«Porque no está bien, no es ético. Supéralo, Viola».

Sin embargo, si lo último que teníamos eran estos días, si debíamos trabajar juntos en el mismo bando al menos una vez, no perdía nada con decirle la verdad.

—Porque quiero saber —dije esperando que la honestidad con que había pronunciado las palabras fuera evidente en mi rostro—. Eres un hombre muy interesante, pero siempre fuiste muy reservado conmigo. Estuvimos juntos siete meses y no tenía idea que navegabas, tenías tu propio velero o te gustaba Miami. —Makar intentó interrumpirme, pero no le di tiempo—. No es un reproche porque yo tampoco fui honesta, pero si lo vemos objetivamente, yo no podía ser honesta, tu simplemente no quisiste. Cuando te pregunté sobre la universidad solo me dijiste que ganaste una beca.

—Quería ahorrarte algunos detalles no muy placenteros sobre mi vida —dijo mirando al mar. Parecía un poco avergonzado—. Fui egoísta. No quería que te asustaras y te fueras corriendo.

—Ya no hace falta.

—Nunca hizo falta.

Makar suspiró y vino a sentarse en la tumbona de al lado.

—Ya sabes que llegué aquí cuando solo tenía veinte años con doscientos dólares en el bolsillo y sin saber hacer mucho más que navegar —dijo sonriendo—. No había muchas oportunidades en Rusia y Arseny tenía algunos amigos aquí.

La mención del nombre hizo que me pusiera en guardia esperando el golpe que debía estar por venir. No era que me arrepintiera. Arseny Vangushin era un mal tipo y yo había hecho un gran trabajo llevándolo a prisión, pero era el mejor amigo de Makar desde que eran niños y ese tipo de relación, algunas veces, no aceptaba ningún tipo de razonamiento lógico.

—Comenzamos a trabajar con esos amigos de Arseny —continuó Makar sin hacer referencia al enorme elefante sentado entre nosotros—, y nos fue bien. Por primera vez en mi vida tenía dinero, una casa...

—¿Qué hacías para esos amigos de Arseny?

Me miró levantando una ceja.

—No quieres saberlo, pero —prosiguió antes de que pudiera interrumpirlo—, siempre fui bueno con los números, con el dinero; así que me encargué de multiplicar lo que ganaba con inversiones. Eran cosas tontas, pequeñas, pero llamaron la atención, así que decidieron invertir en mí y pagarme la universidad.

—¿Quiénes? ¿La Bratva?

—No puedes, en la misma oración, hacer la pregunta y dar la respuesta.

Suspiré un poco frustrada.

—Ahora cuéntame tú —dijo muy interesado—, ¿de verdad fuiste a Georgetown?

—¿Poniendo en práctica un poco de la técnica de Hannibal Lecter? —Sonreí—. Sí, fui a Georgetown.

—Imagino que no para estudiar Arte.

—Tomé clases de arte moderno como materia opcional, pero mi título es de psicóloga.

—¿Cómo terminaste en el FBI?

—Trabajando en centros comunitarios vi el daño que el crimen organizado hace a las personas. Las mafias de pornografía, de tráfico de personas, de drogas, de delincuencia... Como psicóloga uno solo puede ayudar a superar el daño, no evitarlo o al menos hacer algo en contra de la fuente de ese daño.

—Una heroína. —Levantó las cejas, parecía realmente impresionado—. Supongo que es mal de familia.

—Siempre estuviste muy interesado en mi familia, ¿alguna razón en particular?

—Simplemente me parecía curioso que alguien proveniente de una familia tan honorable decidiera estar con un hombre considerado, de acuerdo a los estándares tradicionales, poco honorable. Pensé que eras una rebelde. Claro que ahora ese razonamiento carece de validez.

—¿Estás seguro?

Me miró levantando una ceja.

—Te puedo contar sobre mi familia si me cuentas sobre la tuya —ofrecí y me gané de vuelta una carcajada.

—No, gracias. Eso sería como recitarle a un hambriento el menú de un restaurante con estrellas Michelin.

—¿Te das cuenta de que la Bratva costó tus estudios para que después les pagaras trabajando para ellos, multiplicando su dinero, limpiándolo, haciéndolo legal? —Volví a la carga porque, como dice mi madre, cuando me empeño con un tema, soy como un perro con un hueso.

Makar, pasando de mis tendencias caninas, solo encogió de hombros.

—Fue una inversión por la que siempre estaré agradecido, que me permitió independizarme. Sin mi familia...

—Tus hermanos —recalqué jugando con ese nombre de «la hermandad» que se le daba a la Bratva.

—Arseny es el único hermano que tengo. Fue su idea venir aquí, consiguió los pasajes, las visas, el dinero. Gracias a él pude construir lo que soy hoy en día.

—No voy a disculparme por lo que sucedió con Arseny —dije levantando la barbilla. Era mejor terminar con ese asunto de una buena vez—. Esas mujeres, esas niñas...

Makar negó con la cabeza, silenciándose.

—No tienes por qué disculparte. Estabas haciendo tu trabajo y nosotros no significábamos nada para ti. No es como si nos hubieras traicionado o algo así.

Otro golpe certero que dolía.

—No se trata de hacer un trabajo o no —insistí pasando por alto el escozor, a fin de cuentas seguía siendo un perro con un hueso—, se trata de lo que está bien y lo que está mal.

—No creo en el absolutismo moral.

—¿En qué universo vender personas, mujeres y niñas, está en alguna área gris?

—Nunca estuve de acuerdo con ese negocio.

—Pero lo dejaste estar...

—Tal vez por ser parte defensora de la ley y las buenas costumbres, te niegas a ver el panorama

completo, la triste realidad.

—¿Y qué realidad es esa? —pregunté cruzando los brazos sobre el pecho.

—Que cuando el negocio es lucrativo, puedes sacar al jugador, pero el juego sigue allí y tarde o temprano alguien ocupará su lugar.

—Toca seguir luchando, entonces, hasta que se den cuenta que ese juego les costará su libertad.

Una lenta sonrisa iluminó el rostro de Makar y en esta oportunidad no era cínica ni amarga.

—¿Qué? —pregunté suspicaz.

—No sabes las ganas que tengo de besarte en este momento.

Se me escapó una risa nerviosa.

—Nos hemos besado mucho desde que llegamos a Miami —dije como si no fuera la mayor cosa.

—Digo besarte de verdad, con toda la intención de que se te aflojen las rodillas, no esos picos de pasada.

—¿Por qué? —pregunté intentando que no se me notara que, a pesar de estar sentada, la mención de esos besos como solían ser, bastaba para, de hecho, aflojarme las rodillas.

—Porque las mujeres valientes y arriesgadas, que creen en la justicia y defienden sus creencias con pasión, son sexis.

—No voy a caer con eso. —Fue mi turno de negar con la cabeza, aunque no pude borrar la sonrisa de mi boca.

—Valió la pena intentarlo.

## Capítulo 14

Los días siguientes fueron similares. Como intuíamos que los ojos de los hermanos estaban sobre nosotros, no perdimos tiempo en exhibirnos en los puntos más visitados por los ricos e influyentes de South Beach. Teníamos más vida social que un *influencer* y en cada una de estas salidas debíamos aparentar que estábamos muy enamorados, aunque el beso con facultades de volver mis rodillas de gelatina no llegó nunca, tampoco fue ofrecido nuevamente.

Nos dejábamos ver, mucho, como cualquier pareja de abundantes recursos cuando está de vacaciones, pero también existían esos «tiempos muertos» en los que simplemente conversábamos sobre cosas triviales o veíamos televisión con un gran bote de palomitas de maíz frente a nosotros. Era como tener el mejor compañero de casa del mundo.

Más de una vez, sobre todo en medio de esos momentos de tranquila cotidianidad, tuve que encerrarme en un baño para repetirme miles de veces frente al espejo que esa vida con Makar no era real, no era mi vida y nunca lo sería.

Ese era siempre un riesgo con los agentes encubiertos: se perdía de vista la línea divisoria entre la realidad y el trabajo. Claro que, en honor a la verdad, tenía que admitir que eso pasaba con largas asignaciones en solitario, pero mi lógico cerebro me recordaba que esta era solo una prolongación de la operación anterior, así que en mis extrañas reacciones no había nada de lo que preocuparse, todavía.

Sin embargo, no podía permitirme bajar la guardia y ponerme cómoda, pues todavía tenía que descubrir qué se escondía detrás de ese trato tan conveniente de Makar con la Fiscalía. Mi cabeza como regalo a la Bratva no estaba excluida de las posibilidades.

¿Por qué no podía ser un hombre horrible?

—Viola, amor —llamó Makar desde el salón mientras yo preparaba café en la cocina—. Vas a necesitar nuevamente tu vestido de baño.

—¿Y ahora por qué? ¿Me vas a decir que hay un dron, enviado por los hermanos Ramírez, sobrevolando la terraza para ver cuántas veces nos besamos?

—¡Demonios! Esa era mi próxima excusa —dijo sonriendo mientras aparecía en el umbral—. Vamos a ir nuevamente a navegar.

—De veras te gusta tu velero.

—No vamos en el mío. —Sonrió ampliamente—. Martín acaba de llamar para invitarnos a pasar el día en su barco, así que prepara algo de ropa, usa tu mejor atuendo playero y no olvides incluir mucho *bling bling*.

—¿Mucho *bling bling*?

—Van las esposas, novias y amiguitas, y no hay nada más ostentoso que la mujer de un narco, siempre cubierta de dorado y brillantes. Imagino que no quieres deslucir, hacerme quedar mal o que ellas crean que las consideras vulgares.

—Haré lo mejor que pueda por encajar. Así me gano la vida.

No tenía mucho *bling bling*, pero sí un par de bañadores de Lisa Marie Fernández muy románticos, de lunares y con volantes que, además, tenían sus vestidos a juego. Si no podía parecer explosivamente exuberante, al menos podía representar el papel de una frágil e inocente muñequita. Incluso con el cabello más corto, todavía podía hacerme un par de minúsculas coletas.

Por supuesto que todo el atuendo llamó la atención de Makar que me miró confundido cuando emergí de mi habitación tan rosada como una goma de mascar sabor a fresa. Al pasar a su lado solo musité «*sugar daddy*». Soltó una carcajada y me tomó de la mano para irnos.

La embarcación de los hermanos Ramírez no era un velero como el de Makar, sino un yate digno de un armador griego. Al menos ciento cincuenta pies de lujo para el confort de los viajeros. Definitivamente el vocablo «discreto» no existía en el diccionario de estos señores. Sin embargo, si tenía que escoger, prefería la elegancia del velero y el hecho de que Makar pudiese navegarlo él solo sin ayuda de nadie.

—Bienvenidos —dijo Martín, que nos esperaba en el muelle con una sonrisa y luciendo como si acabara de terminar una sesión para un catálogo de Ralph Laurent, salvo, claro, el enorme Patek Phillippe de oro en su muñeca y un anillo muy grueso con una gran piedra roja en su meñique—. Me contaron que les gusta navegar.

—Es una de mis aficiones —dijo Makar estrechando su mano y sin batir una pestaña en mi dirección para dejarme entender que había tenido razón en eso de que los hermanos nos estaban vigilando. Seguramente más tarde se regodearía en ello.

—Viola, estás hermosísima. —Martín se inclinó para darme un beso—. Imagino que a ti también te gusta estar en el mar. Debe de ser el pasatiempo principal en tu familia.

Mantuve la sonrisa de niñita tonta. Obviamente también me habían investigado, pero si Makar no pudo hallar nada sobre mí, esperaba que los Ramírez tampoco.

Usar mi verdadero apellido fue un riesgo calculado en la operación contra los rusos, con los colombianos no tenía ni idea de si podía ser contraproducente, pero ya no se podía hacer nada al respecto, por lo que tocaba moverse con las olas.

—Si supieras que no tanto, Martín —respondí sin evidenciar ningún tipo de sorpresa ante su caudal de conocimientos sobre mi árbol genealógico—. El mar es el trabajo de mi padre y no suele mezclar la diversión con el trabajo. Pasa más de diez meses al año en el mar y cuando está en casa dice que no quiere ni olerlo. Igual sucede con mi hermano. He aprendido a disfrutarlo gracias a Makar.

Para mayor efecto, me incliné sobre el susodicho y le di un beso en la mejilla.

—Espero que también puedas disfrutarlo con nosotros —prosiguió Martín—. Vengan abordo. Les presentaré a mi esposa. Está ansiosa por conocer nuevas personas.

Amparo, la esposa de Martín, emergió de las entrañas del yate como un huracán de sonrisas y simpatía, repartiendo abrazos y besos como si nos conociéramos de toda la vida. Me recordó a Sofía Vergara, más que por sus curvas y ese tono de piel color caramelo envidiable, por su acento loco en el cual había que concentrarse para entender algo. No podía tener más de veinte años y todo en ella era evidentemente sexy, como si mostrar sus atributos fuese su único propósito en la vida.

Una vez que las presentaciones concluyeron, me apartó inmediatamente de los hombres para que conociera a su amiga Ángela, que actualmente salía con Alberto, y a su hermana menor, Sonia, que estaba de visita desde Colombia para aprender inglés, aunque si solo tenía a Amparo para practicar no sabía cuánto éxito tendría.

Una vez que el yate dejó el puerto, la champaña fue servida y las mujeres se despojaron de sus ajustados y cortos vestidos para quedar en diminutos biquinis de diseñador frente a una piscina y un pequeño jacuzzi en un área decorada con hermosos sofás de mimbre.

Por cierto, el bañador de Amparo tenía bordados suficientes cristales de Swarovski para iluminar nuestro camino a casa si nos perdíamos.

Sí, *bling, bling* en su máxima expresión.

—¿Y tienes mucho tiempo con el ruso? —preguntó Ángela, una rubia despampanante con las piernas más largas que hubiese visto en mi vida y con una pronunciación que escondía muy bien sus orígenes latinos.

—Siete meses —dije volteando para tratar de ubicar al mencionado ruso con la vista. No me gustaba para nada eso de estar separada del lugar donde las conversaciones que me interesaban tenían lugar, tampoco los hombres con armas largas al hombro que tomaron posición en cubierta en lo que nos alejamos de la marina.

—Es un bombón —dijo terminando de un trago la champaña que le quedaba en la copa y tomando la botella de Moët & Chandon para llenarla más de lo que dictaban las normas de etiqueta.

—Alberto no está tan mal —respondí con una sonrisa pícaro.

—Tiene un gusto excelente en joyas. —Levantó el brazo para mover una pulsera de brillantes—. Salimos desde que llegó a Miami, aunque nuestra relación es intermitente. Desaparece por un tiempo, pero cada vez que regresa lo hace con un regalo fabuloso.

—¿Y tú? —pregunté mirando a Amparo. Si no podía estar presente en la conversación que importaba, al menos trataría de encontrar algún dato interesante por parte de estas mujeres. De seguro eran más propensas a soltar la lengua. Eran tan jóvenes que, por primera vez en mucho tiempo, sentí que tener treinta años era ser mayor—. ¿Cuánto tiempo con Martín?

—Tres años de novios y uno de casados. —Fue su turno de sonreír mirando hacia donde estaban los hombres frente a una mesa de billar, aunque en el rostro de Amparo sí había cariño—. Mi papá trabajaba en la finca del padre de Martín. Comenzamos a salir cuando yo tenía dieciséis y tres años después nos casamos.

Martín tenía cuarenta y cinco años, lo que quería decir que ya pisaba los cuarenta cuando comenzó a salir con una chica de dieciséis. Me quedé sin nada que decir, y seguramente con algo parecido a una parálisis facial, mientras la realidad detrás de los números cobraba significado. Si hubiese sido otro tipo de mujer, probablemente, me hubiesen dado náuseas.

—No la iba a dejar en Colombia cuando su padrino lo mandó a venir aquí —explicó Ángela con una mueca, salvándose de tener que continuar con la conversación y, de seguro, ponerme en evidencia con un comentario fuera de lugar—. Ya había invertido mucho: Te arregló los dientes, te hizo la lipo, el trasero y las tetas. —Enumeró con los dedos—. No iba a dejar todo eso para que otro lo disfrutara.

Ahora que le prestaba atención, el cuerpo perfecto de Amparo gritaba cirugía por todas partes y bien alto. Incluso la nariz y las cejas que Ángela olvidó mencionar.

—Prefiero creer que es porque me quiere —dijo Amparo sonriendo.

—Martín, a diferencia de su hermano —continuó Ángela cada vez más amargada—, es un hombre de familia y ya te había moldeado para lo que quería, amiguita. No iba a venirse a empezar de cero con otra fastidiosa que no supiera hacerle la comidita que le gusta ni lavarle las camisas a mano, así que te puso el anillo en el dedo. Si todavía vivieran en Colombia, de seguro seguirías en la casita esa que te compró, esperando a que te visitara cuando le diera la gana y sin

poder ir a ningún lado sin pedir permiso.

—¿Tú tienes mucho tiempo viviendo aquí en Miami? —pregunté. Aunque necesitaba más información de estas mujeres, que podían estar involucradas como testaferros en los negocios de sus hombres, también lo hice porque no quería una pelea con garras y diamantes en medio del mar.

—Vine para estudiar inglés cuando tenía diecisiete años y conseguí algunos trabajos como modelo, así que me quedé.

—Es lo que quiero para Sonia —dijo Amparo y señaló a la jovencita que permanecía concentrada en su teléfono—. Tal vez conozca a un buen muchacho y se case.

—Y consiga la ciudadanía —dijo Ángela con un guiño exagerado.

—Aunque hasta ahora —intervino la chica sin despegar los ojos del teléfono—, el único que ha mostrado interés es el cubano horrible, ese de la DEA.

—¿La DEA? —pregunté mientras mi corazón se saltaba un latido.

—No te preocupes —me tranquilizó Amparo con un movimiento de la mano como quien espanta una molesta mosca—, trabaja para Martín. Es un investigador que nos avisa si sale algo que llame la atención de las autoridades y entierra cualquier cosa sospechosa, si puede. ¿Makar no tiene alguien así?

Necesitaba saber el nombre de esa persona en la DEA, pero no era algo que podía preguntar en este entorno sin levantar algún tipo de sospecha.

—Tal vez en el departamento del Tesoro que es con lo que trabaja, pero no sé mucho sobre sus negocios —dije exhibiendo nuevamente mi sonrisa de tontuela.

—Es mejor así —respondió Amparo con una sonrisa indulgente—. Yo solo sé lo básico y algunos procedimientos de emergencia.

—Y comprar cosas y gastar mucho dinero. Eso también lo sabes —dijo Ángela sirviéndose otra copa.

—Ese gordo es un baboso —insistió Sonia con una mueca en la boca y finalmente levantó la vista del teléfono para mirar a los hombres—. ¿No me puedes conseguir a alguien como el ruso ese?

—Ese es muy refinado para ti. —Ángela bufó—. ¿No estás viendo a Viola?

—Seguro fuiste a la universidad —dijo Amparo.

—Sí, Georgetown.

—¿Y trabajas? —preguntó Ángela.

—En una galería de arte en San Francisco. Ahí conocí a Makar.

—¿Ves? —Amparo se volvió a su hermana—. Tener una preparación, estudiar, es importante.

—Tú no terminaste la secundaria, tienes a Martín y vives como una reina —dijo Sonia con una mueca—. Ni siquiera te veías así de bien cuando lo conociste. Eras medio gordita.

—Te lo digo, amiga —dijo Ángela volviendo a echar mano de la botella para llenar su copa por enésima vez—. Mándala de vuelta a Colombia o te vas a quedar sin marido. También puedes embarazarte; no evitará que te engañe, pero nunca dejará a la madre de su hijo.

—Vamos a tomarnos una foto para mi Instagram —dijo Amparo forzando una sonrisa y con ella el cambio de tema.

De su bolso sacó un teléfono que, como todo lo demás que parecía rodearla, era dorado y tenía piedras incrustadas que lo hacían brillar de forma casi cegadora cuando estaba al sol. Estaba dispuesta a apostar que no eran cristales de poco valor.

Nos agrupamos para el tradicional *selfie* grupal que tomó más de cuatro intentos hasta que las chicas consideraron que cada una de ellas estaba perfecta para la posteridad. Aprendí que la

cámara siempre debía apuntar desde arriba, que había que ponerse de lado, sacar el trasero y los pechos con un extraño quiebre de cintura y la boca debía parecer que acababas de exhalar.

Obviamente, era bastante ignorante en todos esos trucos, aparentemente necesarios, para tomarse una simple fotografía. También en las etiquetas que utilizaban con frases como *#bendecidasyafortunadas* y *#yoenmimemomento*.

Estaba muy vieja para pasar por una milenial.

Por supuesto que se sorprendieron al saber que no tenía cuentas en ninguna red social y me miraron como si fuera un bicho raro, pero rápidamente culpé a Makar por ello, diciéndoles que odiaba que me expusiera al ojo público, y todas parecieron encontrar muy lógica la explicación, así como mi reacción de despojarme de mis cuentas, sin ningún tipo de protesta, solo por la petición de un hombre.

«Estas mujeres son dignas de un estudio sociológico solo para ellas», pensé.

Afortunadamente, los tres hombres se acercaron antes de que tanta superficialidad me ahogara. Martín le pidió a Amparo que mandara a traer otra botella champaña para nosotras y escocés para ellos y averiguara a qué hora servirían la comida. Aproveché que Ángela requería un poco de atención por parte de Alberto para apartarme un poco con Makar.

—Tienen un informante en la DEA —le dije al oído mientras pretendía estar muy cariñosa abrazándolo y dándole tiernos y breves besitos—. Podemos estar en peligro si ya se enteraron en qué andamos, quiénes somos. ¿Tienes armas contigo?

—¿Tú y yo contra el pequeño ejército que los hermanos Ramírez tienen en este yate? —Bufó divertido—. Aunque la idea de verte disparando un arma y siendo una policía ruda me la pone dura, la realidad es que, si quieren matarnos en altamar, estaremos muertos.

—Eso me tranquiliza mucho. Muerta, pero capaz de generar tu interés sexual hasta el final. —Puse los ojos en blanco—. Ya pienso como la esposa de un narco y solo han pasado unas horas.

—Eres una actriz de método —dijo, pero, en esta oportunidad, no había ningún tipo de malicia escondida en sus palabras.

Makar se inclinó y me dio un beso que fue más profundo de los que habíamos compartido en esta nueva fachada. Había estado temiendo y deseando ese beso desde que lo mencionó en el velero y mi cuerpo reaccionó instintivamente devolviéndolo con entusiasmo y más que pegándome, amoldándome a su cuerpo, antes de que mi cerebro reaccionara. Es más, en honor a la verdad, mi cerebro no hizo sonar ninguna alarma hasta que sus labios abandonaron los míos después de dos besos muy ligeros que precedieron el largo y sensual.

—Eso fue por si no salimos bien parados de todo esto —dijo en un susurro contra mi boca. Luego se incorporó y sonrió—. Aunque no creo que sepan nada. Esta misión no está en la base de datos de la DEA.

—Las misiones encubiertas nunca lo están —dije sacudiéndome por la fuerza esa bruma que el beso había dejado en mi cabeza y esperando que él atribuyera mi abandono a que era una excelente actriz. Meryl Streep no podía competir conmigo—, pero tienes que tratar de averiguar quién es este sujeto de la DEA que trabaja para ellos.

—Eres muy mandona.

—Esto es serio, Makar.

—Tu ordenas y yo obedezco. Eres la jefa.

—Volkov. —Ahora era Alberto el que se aproximaba con esa expresión presumida que no me gustó cuando nos conocimos y que ahora parecía gritar «sé algo que tú no». Su camisa estaba abierta hasta la mitad del pecho y un grueso brazaletes de oro con diamantes, una versión masculina

del de Ángela, brillaba en su muñeca—. Viola, no había podido saludarte. —Se inclinó a darme un beso, aunque Makar no dejó ir nunca el brazo que tenía alrededor de mi cintura, lo que hizo mi aproximación un poco incómoda—. Vamos a servir la comida en la proa. Espero que les guste la langosta.

—Seguro, aunque siempre hago un pequeño desastre —dije con una sonrisa apenada.

—Lo dudo, pero no te preocupes, se servirá en ensalada. —Miró hacia donde estaban Ángela y Sonia con una mueca nada favorable—. Ellas no tienen ni idea de cómo comerla si se la sirven entera. —Se volvió hacia Makar—. Espero que te guste pescar. Mañana estaremos cerca de Nassau y si tenemos suerte atraparemos algún pez vela o un tarpón para cenar.

—¿Mañana? —pregunté, unas pequeñas alarmas sonando en mi mente.

—Espero que no les moleste pasar la noche con nosotros —dijo Alberto con una de esas sonrisitas que me ponían la carne de gallina.

—Por supuesto que no —dijo Makar despreocupado—. Me encanta pescar. Espero tener suerte.

¿En qué demonios estaba pensando Makar? Quedarnos toda la noche era un riesgo, más ahora que sabíamos que tenían un informante de la DEA y teniendo en cuenta que no nos habían notificado de la pernocta con antelación.

Había hecho este trabajo por años y, aunque demandaba una improvisación constante, la cautela era tu arma principal pues tus instintos eran lo que normalmente te mantenían con vida.

—No traje suficiente ropa —protesté.

—Tienes tu vestido de baño. ¿Qué más puedes necesitar en un yate? —preguntó Makar viéndome de arriba abajo.

—No lo sé. ¿Cuándo no estemos aquí tomando el sol, qué se supone que debo usar?

—Nada.

Ambos hombres estallaron en una carcajada. Aunque en otro momento la risa me hubiese dado ganas de partirlas la boca a ambos, en ese momento lo que usaría para dormir era la menor de mis preocupaciones. Al menos ese era el argumento con el que intentaba racionalizar la insistente presión en mi estómago.

## Capítulo 15

Cuando entramos a nuestro camarote estaba buscando la mejor manera de preguntarle a Makar si tenía un arma adicional que pudiese prestarme para tener en mi bolso en caso de una emergencia pues, desafortunadamente, no encajaba en el perfil que interpretaba que fuese armada y no lo estaba.

La insistencia en que pasáramos la noche en altamar era rara. Aunque los Ramírez no habían dado ningún indicio de saber algo de nuestra situación, y la cena fue civilizada y distendida, tal vez solo esperaban que estuviésemos más mar adentro para poder disponer de nuestros cadáveres sin mucha preocupación.

«Tal vez Makar está negociando con los colombianos y entregarte es el precio», pensé, obligándome a recordar que el hecho de que se volviese contra mí en algún momento, ya fuera para entregarme a los colombianos o a la Bratva, no podía ser descartado.

Claro que la visión de mi cuerpo hundiéndose en el mar para ser alimento de tiburones dejó de ser mi preocupación principal cuando me di cuenta de la enorme cama que nos esperaba, una sola, que tendríamos que compartir en esa habitación de colores pasteles demasiado lujosa y amueblada para estar en un barco.

—Voy a darme una ducha rápida —anunció Makar desapareciendo tras la puerta del baño de nuestro camarote como si no tuviese una preocupación en la vida, como si de verdad estuviéramos de vacaciones con nuestros mejores amigos, como si yo no estuviese contemplando la cama como si fuese el mayor de mis problemas.

«Deja de pensar en tonterías. Deja de pensar en camas y en habitaciones compartidas, Viola. Ambos son adultos racionales, no animales lujuriosos. Pueden compartir una cama tranquilamente si han estado compartiendo saliva todo el día», me repetí varias veces en mi mente hasta que creí que estaba convencida.

Sin embargo, no podía negar que toda la saliva compartida dejaba un gusto que no era precisamente desagradable, que no era enteramente ficción, y estar actuando durante todo el día me había dejado inquieta porque en mis venas había sangre y no, como muchos de mis compañeros del FBI creían, hielo. No obstante, si Makar no se había dado cuenta, no era yo quien se lo iba a hacer notar. Era una mujer adulta, no una adolescente cargada de hormonas. La cercanía física de ese hombre no iba a hacerme perder el control.

No, señor.

Fui hasta el pequeño bolso de viaje que traje para intentar jugar con lo empacado, que no era otra cosa que unas cuantas prendas para pasar un día navegando con exuberantemente ricos narcotraficantes colombianos y sus mujeres, y poder idear algo que me sirviera para dormir acompañada de un hombre que no era mi novio. Estaba tratando de determinar qué juego de ropa interior podía pasar mejor como pijama cuando Makar emergió del baño con solo una toalla

cubriendo sus caderas. Nada más.

Como si estuviese entrenada para ello, mi vista traidora inmediatamente captó a esa minúscula, y no por eso inocente, gotita de agua que se desprendió de su cabello y comenzó un lento recorrido por sus pectorales, abdominales, dando una extraña vuelta en su ombligo para finalmente desaparecer en la toalla malvada que me evitó el placer de verla divagar por lugares mucho más interesantes.

Fue una sensación extraña. Era como verlo por primera vez, con la misma impresión por aquel cuerpo que me hacía envidiar su disciplina para no saltarse el gimnasio, y al mismo tiempo, me invadió una sensación de propiedad que no tenía ningún motivo ni asidero.

Mi mente parecía decir, con una mezcla de orgullo y deseo, «ese cuerpecito es mío», cuando la triste realidad era que no lo era ni podía serlo, y cuanto antes me pusiera al día con el programa, pues mejor. Claro que, con seguridad, Makar emplearía todos sus recursos, que no eran pocos, para hacerme sentir incómoda en esta situación que no tenía por qué hacer que se me erizara la piel y, sin embargo, lo hacía.

—¿Te gusta lo que ves? —dijo como si hubiese estado leyendo mi mente y me quisiese dar la razón en eso de que no iba a hacerse el descuidado.

—Sí. —Me encogí de hombros como si no fuera la mayor cosa—. También me encantan los pumas y no estaría voluntariamente cerca de ninguno sin un arma cargada a mi alcance.

—Si eso te va, puedo darte una para que la pongas en tu mesa de noche.

—No sería mala idea. —Finalmente me decidí por unas bragas que parecían pantaloncillos y una camiseta de tirantes y tela elástica que traje para usar con un vestido de gasa floreada medio transparente—. Hablaremos de ello cuando salga de la ducha. Espero que no te hayas terminado toda el agua caliente.

—Es un yate de lujo. No se acaba el agua caliente así como así.

Me dirigí a la puerta del baño sin evitar verlo de forma evidente, pero tampoco prestándole mucha atención. Claro que mi visión periférica funcionaba perfectamente y fue testigo del momento en el que Makar se despojó de la toalla y su maravilloso trasero quedó expuesto, recordándome todos los buenos momentos que pasé mirándolo, apretándolo, mordiéndolo... Definitivamente el trasero de ese hombre era capaz de mandar mis mejores intenciones al fondo del mar.

Sí, al fondo del mar. Precisamente el lugar donde terminaría si no me concentraba en el trabajo.

Huyendo como una débil cobarde, entré al baño y cerré la puerta, cerrando también los ojos en el proceso para intentar desterrar la imagen. Me vendría bien la ducha, fría preferiblemente, para organizar mis pensamientos y encauzarlos al lugar donde se suponía que debían estar dirigidos: la operación conjunta con la DEA.

El agua enfrió mi piel, maltratada no solo por los pensamientos lujuriosos, sino también por el sol inclemente que había soportado junto a esas divinas latinas que no necesitaban tanto como yo el uso frecuente de protector solar.

Al igual que Makar, salí del baño cubierta solamente con una toalla, y mis pantaloncillos debajo, porque en mi huida apresurada dejé el humectante en el bolso y mis hombros y espalda necesitaban el tratamiento urgente si quería volver a cubrirlos sin dolor en algún momento.

Traté de no prestarle mucha atención a Makar, que estaba sentado en el sofá de la habitación viendo una película con nada más que un bóxer blanco que le llegaba un poco más arriba de las rodillas. Él también había abusado del sol, era evidente en lo enrojecido de su nariz y sus mejillas, en el rubio cenizo de sus cabellos todavía mojados, en las pecas que resaltaban en sus

hombros y que antes no habían estado allí.

«Estás triunfando en eso de no prestarle mucha atención», pensé medio amargada y fui hasta mi bolso por la crema humectante.

—¿Qué le pasó a tu espalda? —preguntó con un tono ligeramente alarmado poniéndose de pie—. Pareces una langosta.

—Y estoy segura de que tengo la misma sensación que tuvo la que nos almorzamos justo cuando la metieron en el agua caliente —respondí con una mueca.

Me paré frente al espejo de la cómoda y comencé a aplicar la crema en mis hombros haciendo un trabajo lamentable al intentar llevarla hacia el inicio de mi espalda, justo allí debajo del cuello.

—Deja que te ayude —dijo Makar apareciendo detrás de mí.

Lo miré a través del espejo levantando las cejas.

—No seas melindrosa y dame esa crema —dijo estirando la mano.

Decidí no discutir con él porque eso no resolvería nada, sino dejarme agotada. Le tendí el tubo de crema, pero lo hice con una gran rodada de ojos.

—Esto va a estar muy frío —dijo mientras ponía una generosa cantidad en sus manos y las frotaba.

—Comienza de una vez.

A pesar de mis valientes palabras, no pude evitar dar un respingo al sentir el ungüento frío en mi piel quemada. No obstante, pasada la impresión inicial, el masaje me produjo tanto alivio que casi me hizo suspirar y me invitó a cerrar los ojos. Los dedos de Makar pasaban delicadamente justo en el borde de esa frontera delimitada por la toalla hasta que, con un suave tirón, la hizo caer al suelo.

—¡Oye! —protesté al tiempo que ponía una mano en cada pecho para intentar cubrirme.

La sonrisa cínica de Makar me esperaba al otro lado del espejo.

—Todo esto ya lo he visto, tocado y saboreado. No tienes por qué actuar como una ofendida damisela victoriana. Solo intento ayudar y no hay forma de que tú sola alcances el centro de tu espalda.

Para reafirmar su comentario levantó las manos para enseñarme las palmas todavía cubiertas de crema. Era la imagen perfecta de la inocencia fingida.

—Pudiste haber preguntado —dije, pero me relajé lo suficiente para que entendiera que podía continuar con su labor.

—Y tu pudiste haber usado más protector solar —ripostó retomando la tarea y generándome un nuevo respingo al llegar con sus manos heladas al centro de mi espalda—. Por cierto, el contacto de los hermanos en la DEA se llama Santiago Pedroza. No es un agente, por lo que deberíamos estar a salvo, sino un investigador privado al que la agencia emplea para seguir la pista de ciertas personas de interés. De esta forma puede estar al tanto si algún nombre es resaltado por algún motivo e incluso desviar la atención o enterrar los archivos, previo pago, claro está, de sus clientes.

—¿Clientes?

—Según lo que entendí, Alberto y Martín no son los únicos para los que trabaja.

—¿Cómo logra que la DEA no se dé cuenta de lo que hace? Un investigador que no produce resultados no debería haberse mantenido en la agencia.

—Aparentemente, cada narco que es su cliente debe entregarle al menos cinco narcos más de pequeña monta. Así, siempre está llevando información a la DEA y lo consideran uno de sus

mejores investigadores.

—Su suerte está por terminar.

Makar terminó su trabajo y pasó las manos un par de veces por el contorno de mi cintura.

—Listo por aquí —anunció dando un par de pasos atrás y mirando alrededor de la habitación—. ¿Qué vas a usar para dormir?

—Una camiseta —y señalé con la cabeza la prenda que había dejado sobre la cómoda porque mis manos todavía funcionaban como sujetador improvisado.

—Esa te va a quitar toda la crema —dijo con una mueca y caminó hacia su bolso de viaje que había quedado en el suelo cerca del sofá. Sacó una de sus camisetas, blanca y de algodón, y me la tendió—. Esta te va mejor. Es más grande y suave.

Lo miré confundida.

—¿Cómo pasamos a hablar de trabajo a esto?

—Porque esto es lo que somos: dos personas que se preocupan una por la otra y que por circunstancias especiales están trabajando juntas.

—¿Y cuáles serían esas circunstancias especiales? —pregunté capciosa mientras hacía malabares para tomar la camiseta con una mano y mantenerme cubierta con la otra.

La sonrisa de Makar se ensanchó.

—Te dije que tendrías que descubrirlo por tu cuenta. No esperes más pistas de mi parte.

—Esto no es un juego, Makar —dije dándole la espalda para ponerme la camiseta—. DEA, narcos colombianos, Bratva. Hay operaciones peligrosas y esta, y tú estás de lo más relajado con tus nuevos mejores amigos. Recuerda que no sabemos por qué inventaron de la nada que nos quedaríamos hasta mañana.

—En caso de que no lo sepas, es lo que usualmente haces con los amigos: estás pasando un buen rato navegando y decides quedarte un día más.

—No son nuestros amigos —dije volviéndome, ya vestida.

—Ellos no lo saben.

—Nosotros tampoco sabemos qué traman.

—¿Siempre eres tan desconfiada cuando trabajas? ¿Nunca te relajas?

—Sí a la primera pregunta, eso te mantiene con vida. Recuerda que no investigo el paradero de tiernos cachorritos. No a la segunda porque es trabajo, tienes que estar todo el tiempo buscando información, evidencias, sin que se den cuenta. Armando el rompecabezas.

—Nunca permitiría que nada te ocurriera, Viola. Tu seguridad es lo más importante para mí. —Lo dijo mirándome a los ojos, serio. Luego sonrió—. Tienes suerte de que sepa exactamente qué es lo que tienen los hermanitos en su cabeza.

—¿Y qué será? —pregunté tomando el tubo de crema y poniéndome un poco en las manos. Le hice un gesto para que se acercara.

Apenas dos pasos lo separaban de mi espacio personal y los recorrió poco a poco, como si todavía creyera que había entendido mal.

Estiré la crema por sus hombros y brazos y luego apliqué lo que me quedaba en las manos en su nariz y mejillas.

—¿Y bien? —insistí cuando terminé. Estábamos tan cerca y el contraste de sus ojos tan claros con la piel bronceada era simplemente hermoso—. ¿Qué es lo que quieren los hermanitos?

—Conquistar el mundo.

Sonrió, se dio la vuelta y caminó hasta el lado derecho de la cama, el que siempre había usado, apartó las sábanas y se acostó, aunque era temprano.

—¿Alguna idea de cómo pretenden Pinky y Cerebro llevar a término sus intenciones? — pregunté imitando sus movimientos.

—Mi jornada de pesca comenzará temprano. En la madrugada llegará un bote de Nassau con cien kilos de cocaína que serán transferidos al yate. Es una pequeña muestra de cómo esperan que funcione la operación.

—¿Desde cuándo sabes esto?

—Desde que me lo dijeron.

—¿Cuándo?

—Cuando conversamos al llegar.

—¿Y esperaste hasta ahora para decírmelo?

—La información vale lo mismo ahora que antes. ¿Cuál es la diferencia? No es como si pudieras llamar a la agente Rivera para que intercepte el cargamento y, aunque pudieras, es muy pronto para hacer ese tipo de movimientos.

—Confianza, Makar —dije elevando la voz—. Tienes que confiar en mí si queremos que esto resulte.

—Confío en ti. ¿Tú confías en mí?

«¡Estoy en esta cama contigo después de que compartimos una sesión de humectación!», quería gritarle, pero no era una admisión que haría en voz alta.

El tratamiento post baño se había sentido natural, orgánico, como los movimientos de una pareja con más de una década de matrimonio y la cama era un elemento tácito. No se hablaba de ella, aunque estuviéramos ambos sobre el colchón, con poca ropa, porque eso nos llevaría a debatir qué tipo de relación teníamos ahora.

—¿Ingresan la droga al país en este yate? —pregunté evitando responder y la sombra en los ojos de Makar me dejó muy claro que se había dado perfecta cuenta de mi maniobra evasiva.

—Una vez transferidos aquí desde el bote que los trae de Nassau —explicó saliendo de la cama—, los paquetes son colocados en cajas de champaña y bajadas del yate una vez de regreso en el puerto con el resto de las provisiones. —Fue hasta la mesa frente al sofá y tomó la nueve milímetros que había permanecido allí—. Las sacan en el pequeño camión de suministros de la compañía que aprovisiona al yate y que también es de su propiedad, aunque está a nombre de Amparo.

Se acercó a mi lado de la cama y puso el arma en mi mesa de noche.

—Para tu tranquilidad y confianza —dijo señalando el arma con la cabeza—. Asumo que en el FBI te enseñaron a usarla.

—¿Aduana no revisa lo que bajan del yate? —pregunté mientras tomaba el arma para asegurarme de que estuviese correctamente cargada—. Y, por cierto, ya sabía cómo usar un arma antes de ingresar en el FBI. A mi padre no le gusta navegar, pero le encanta salir de cacería con sus hijos cuando está de vacaciones.

—Tienen un acuerdo con ciertos funcionarios de la marina. —Regresó a su lado y volvió a meterse en la cama—. Creo que no saben qué es lo que bajan del yate, solo piensan que son unos millonarios que no quieren ser molestados y como solo van de pesca, no traspasan hacia aguas internacionales y les dan buenas propinas, no les llama la atención—. Se removió buscando una posición cómoda y terminó colocando uno de sus brazos tras su cabeza—. ¿Qué cazabas?

—Dependía de la temporada: ciervos, patos, pavos, gansos y, alguna que otra vez, alces.

—¿Mataste a Bambi? —preguntó horrorizado y solo puse los ojos en blanco.

—Tanto como tú matas a Nemo. ¿Puedo ir contigo cuando reciban la droga esta madrugada?

—No.

—¿Por qué no?

—No quiero a ninguna asesina de animales cerca de mí.

—¿En serio? ¿Esa es tu excusa?

Sonrió lentamente, sus ojos brillando divertidos.

—Ninguna de las novias o esposas estará allí —explicó—. Llevarte sería sospechoso, como si necesitara un testigo.

—¿No puedes decir que soy parte integral de tus negocios? ¿Tu asesora de inversiones o de riesgos?

—Podría y me encantaría, pero no fue nuestra coartada inicial. Cambiarla ahora también sería sospechoso.

—Está bien —dije no muy convencida.

—Tampoco quiero que te escabullas y trates de grabar algo o tomar fotografías —me advirtió como si yo fuese una niña traviesa—. Hay suficiente personal de seguridad en este barco para meternos en problemas. No vale la pena el riesgo por un cargamento tan pequeño. Tendrás que confiar en mi palabra.

—Lo hago. —Levanté un hombro como si no fuera mayor cosa—. Al llegar a tierra deberemos hacer una comprobación de todos los datos, los nombres de los involucrados, las compañías utilizadas, si todo encaja, solo nos faltaría interceptar el próximo embarque como evidencia sólida para terminar con esto.

—No necesariamente. Tus jefes también quieren pruebas sobre las líneas de distribución para dismantelar toda la operación y para eso necesitamos indagar un poco más.

—¿Has considerado usar un micrófono?

—En ropa de playa es complicado. —Estiró la mano y apagó la luz de la mesa de noche—. Buenas noches, amor. Debo levantarme temprano a recoger cocaína para tus jefes. ¿Quién pensaría que este momento de mi vida, a estas alturas de mi carrera, tendría que ensuciarme las manos para complacer a una mujer?

«¿A qué mujer te refieres?», quise preguntar, pero en la oscuridad lo sentí moverse en la cama hasta que su aliento tibio acarició mi mejilla. No tuve tiempo de sorprenderme cuando ya sus labios estaban en la comisura de los míos en un beso tan breve que temí haberlo soñado.

Me quedé allí, sentada en la cama en la oscuridad y con el corazón un poco desbocado, pensando que toda la escena había resultado un tanto extraña: los dos en nuestra rutina nocturna hablando de trabajo, acostándonos mientras planeábamos nuestras próximas acciones y todo terminando con un simple y dulce beso de buenas noches con una nueve milímetros cargada en la mesa de noche.

Sí, así eran todos los viernes de mi vida de fantasía.

Finalmente cerré los ojos con una sonrisa absoluta y completamente honesta danzándome en los labios.

Si yo fuese mi terapeuta, no solo me prohibiría todo trabajo de campo, me mandaría echar del FBI.

## Capítulo 16

Estaba oscuro y el cuerpo a mi lado se estaba apartando.

«No, por favor, no te vayas».

Medio dormida como estaba, hice un ruido de protesta y apreté mis brazos y piernas en torno a ese cuerpo tibio y reconfortante para no dejarlo ir.

Una risita masculina hizo que todas mis terminaciones nerviosas despertaran con un delicioso temblor. El cuerpo que retenía se pegó un poco más a mí como si de alguna forma sintiera el estremecimiento que me recorría.

«Sí, vamos a quedarnos así solo un rato más. Es todo lo que pido».

Sin embargo, no habían pasado segundos cuando nuevamente insistió en esa tonta idea de alejarse, por lo que redoblé mis esfuerzos con brazos y piernas convirtiéndolos, al menos eso esperaba, en bandas de acero.

—Nunca te gustó despertarte temprano —dijo la voz, una que sabía muy bien a quién pertenecía, pero que me negaba a reconocer, porque eso le daría a mi mente una perfecta excusa para terminar de despertarse y poner en práctica todas las objeciones que la realidad demandaba.

«No es temprano, es plena noche», quise decir pues la oscuridad nos rodeaba, pero hablar tampoco estaba permitido porque también representaba el reconocer la conciencia y el raciocinio.

Un aliento tibio acarició mi rostro y me acerqué todavía más a ese calor que se sentía mucho más íntimo que toda la piel que nos arropaba. Luego vinieron los labios, tiernos, dulces, tentativos incluso, encontrándose brevemente con los míos.

Fue inesperado y delicioso. Quería más.

Por eso, fui yo quien buscó un nuevo beso, uno más decidido, más profundo y, aunque mi cuerpo despertó completamente, me negué a permitir que mi conciencia lo hiciera. Para acallar cualquier intento de rebeldía, fui por otro beso y otro más, hasta que el aliento nos falló a ambos y las respiraciones agitadas eran el único sonido que nos rodeaba.

—Viola —dijo con voz entrecortada y contra mi mejor juicio abrí los ojos como si escuchar mi nombre en esa voz fuese algo imposible de pasar por alto.

Estaba oscuro, pero aun así pude ver la silueta y mi mente rellenó los espacios ocupados por las sombras: su cabello despeinado, la terca barba que siempre insistía en crecer durante la noche, los labios enrojecidos por la fuerza de mis besos.

«Makar...», el nombre resonó en mi mente y solo convocaba deseo y algo mucho más profundo y definitivo que no estaba teñido por nada parecido al engaño o al deber. Sin embargo, no pude decirlo en voz alta, el nombre quedándose atascado en mi garganta. Así, en las sombras, era más sencillo; sin palabras era menos errado.

—No juegues conmigo —insistió en voz baja, sin ese tono lleno de cínica seguridad que parecía acompañarlo cada vez que abría la boca.

Por toda respuesta, lo empujé de espaldas y me arrastró con él, por lo que pasamos de estar cada quien sobre su costado, abrazados, a estar alineados en una forma mucho más conveniente. No fue algo que planeé, solamente ocurrió cuando nuestros cuerpos tomaron el control, demostrándonos de cierta forma que, dada la oportunidad, siempre encontrarían la manera de estar juntos.

Me incliné para besarlos nuevamente porque extrañaba mucho sus labios cuando solo eran míos, cuando tocarlos no era parte de una estrategia. Además, no quería más palabras que pudieran devolvernos a esa realidad donde cualquier posibilidad de nosotros había sido desde el inicio un engaño, que me recordaba la terrible idea que era esto que ocurría, que yo estaba poniendo en marcha. Solo quería sentir, sentirlo a él, y ese movimiento, esa inclinación egoísta que buscaba sus labios cuando estaba sentada sobre su cuerpo, me llevó a sentir mucho más, echándole más leña a un fuego que ya estaba descontrolado.

Así podía sentir su cuerpo, su sexo tan despierto como el mío. Todavía estaba la ropa en el medio, dificultando llevar a término esta situación que desesperadamente buscaba y que perdería su carácter clandestino en lo que la claridad comenzara a filtrarse por la ventana, pero hacer algo al respecto implicaría perder el contacto con sus labios, dejar de sentir su piel en la mía, y temía que de hacerlo la magia desaparecería.

Fueron sus manos las que descendieron por mi espalda llegando hasta el elástico de esas bragas tan masculinas que, en algún momento, creí que me mantendrían a salvo de mi propio deseo. Negarlo, evitar pensar en ese sentimiento, no significaba que desaparecería y lo estaba comprobando de primera mano.

Comenzó a tirar de ellas hacia abajo y me moví solo lo suficiente para no interferir con su labor sin interrumpir esa cascada de besos locos que ya no solo tenían como destino sus labios, sino cualquier superficie de su cuerpo que se encontrara al alcance. Luego fue mi turno de ir por el bóxer, pero no tuve la paciencia para quitarlos completamente, solo bajarlos un poco, lo suficiente. Era una especie de carrera contra el tiempo, solo que el tiempo no estaba representado por segundos y minutos, sino por pensamientos intrusivos que sentía despertarse poco a poco en el fondo de mi mente donde los había recluido a la fuerza para que no interfirieran con un deseo macerado en la negación y el silencio.

Tomé su miembro en una mano, lo llevé donde lo quería y, sin ningún tipo de juego o insinuación erótica, moví mis caderas para empalarme en él. Ambos gemimos complacidos al mismo tiempo, como quien bebe un vaso de agua tras haber vagado por días en el desierto.

Me incorporé porque la necesidad de moverme era urgente, furiosa, mayor que la que me instaba a no dejar ir sus labios.

—Quiero tocarte —dijo y en un principio no entendí a qué se refería, hasta que llevó las manos al borde de la camiseta que ni siquiera recordaba que llevaba puesta.

Lo dejé hacer porque no podía parar el movimiento furioso de mis caderas, ese ondular que me hacía gemir con cada vuelta y generaba una deliciosa presión en el estómago cada vez que me dejaba caer para poder llevarlo hasta lo más profundo. No me la quitó, no, simplemente convirtió el simple acto de intentar hacerlo en una deliciosa caricia. Me frotaba con la tela y sobre ella, la levantaba por un lado y luego la dejaba caer como si hubiese cambiado de opinión en el último momento, aprisionaba la tela en el puño y con ella guiaba mis movimientos como si se tratara de la rienda de un caballo poco disciplinado; también introducía la mano debajo, llegando hasta mis pechos con la suave caricia de sus palmas.

La camiseta estirada pero nunca quitada, el bóxer a medio camino de sus muslos, todos eran

elementos que aumentaban el aire de clandestinidad y urgencia de lo que estábamos haciendo e incrementaba el frenesí.

Terminé violentamente con un grito que, estaba segura, todos a nuestro alrededor pudieron escuchar si estaban prestando atención y las olas que siguieron fueron igual de frenéticas y desesperadas, como si mi cuerpo quisiera atesorar con pasión hasta el último segundo, la última sacudida, mantenerlo dentro de mí el mayor tiempo posible.

Caí sobre su cuerpo cuando finalmente mis músculos se rebelaron ante la tensión, pero no tuve tiempo de disfrutar el contacto con su piel. Me tumbó de espaldas, tomó una de mis piernas por detrás de la rodilla y fue al encuentro de su propio orgasmo con incluso más furor del que yo había empleado. Fue brutal y delicioso, con sus jadeos acompañando el sonido de nuestras pieles al encontrarse y el olor a sexo volviéndose tan denso que saturaba todo a nuestro alrededor, tanto que, aunque mi deseo estaba saciado, me moví contra él y jadeé como si todavía el hambre me dominara, porque hasta el último segundo era tan necesario como el aire.

Terminó con un rugido satisfecho, su cuerpo tensándose como si hubiese sido alcanzado por un rayo mientras se derramaba dentro de mí. Luego vinieron esos pequeños y deliciosos movimientos que acompañaron las sacudidas finales que terminaron con un beso duro y prolongado.

Makar cayó a mi lado y nuestros cuerpos volvieron a esa posición en la que todo había comenzado: cada quien en su costado viendo al otro. Tal vez hubiese sido más fácil permanecer mirando al techo, sintiendo la presencia del otro sin reconocerla, pero se trató de un movimiento instintivo que ambos acometimos al mismo tiempo, respirando el mismo aire, sintiendo disminuir el latido desbocado de nuestros corazones, nuestras respiraciones serenarse poco a poco mientras los contornos tomaban sentido.

Todavía estaba oscuro por lo que me era imposible ver qué tan azules estaban sus ojos. Aunque siempre había sido un hombre muy difícil de descifrar, el tono del color de sus ojos siempre me daba alguna pista.

«¿Y por qué te importa tanto saber cómo se siente? ¿Temes haber herido sus sentimientos? ¿Que se sienta utilizado?».

Silencié los pensamientos, esa voz malsana que se parecía a la de la Viola Calhoun que entraba cada día al FBI deseando probar algo a ella misma, que se sentaba durante las fiestas en la mesa de la casa de sus padres y los miraba desafiante.

«No pienses, Viola. No pienses».

—¿Alguna vez fue real?

La voz de Makar contenía tanta melancolía que su pregunta se me coló en el alma.

—Sí.

Respondí porque, a pesar de mis mejores esfuerzos, tenía los sentimientos a flor de piel, allí junto a la transpiración que humedecía mis poros.

—No la primera vez, de eso estoy seguro —dijo con amargura, como si no me creyera.

—No, no la primera vez —concedí—, pero después sí.

—¿Solo el sexo u otra cosa? —insistió y me daba vergüenza y rabia que un hombre como Makar estuviese reducido a esto: a hacer preguntas inseguras en la oscuridad. Lo peor era que me sentía responsable por ello, lo era. Nunca antes me había ocurrido, nunca antes me había avergonzado engañar para hacer mi trabajo.

—No deberíamos hablar de esto.

—Necesito saber antes de que sigamos por este camino...

«No hay camino que seguir. Es solo un despeñadero, una catástrofe».

—Necesito saber si me vas a usar como tu vibrador personal mientras esté a tu alcance, si te va a doler cuando desaparezca de tu vida, si en algún momento desde que dejaste San Francisco me extrañaste, si levantaste el teléfono pensando en llamarme porque querías compartir algo de tu día conmigo y luego te diste cuenta de que no podías, o si volteaste a ver el lado vacío en el sofá cuando veías tus fastidiosos juegos de béisbol esperando encontrarme allí para explicarme una jugada. Yo sí lo hice, Viola, muchas veces, incluso después de que supe lo que eras, lo que habías hecho conmigo.

«Dile que no. No lo extrañaste, no lo buscaste en la oscuridad. Miente. Nada bueno saldrá de decir la verdad. No sabes por qué está haciendo esto y no puedes permitirte estar en una posición vulnerable ante un capitán de la Bratva que hace negocios con narcotraficantes colombianos».

Unos golpes secos en la puerta rompieron el momento en mil pedazos, sobresaltándome y espantando esos pensamientos que no quería aceptar a pesar de que sabía que tenían mucho sentido.

—Makar —llamó Martín al otro lado de la puerta—. En diez minutos estaremos listos.

—Voy —dijo y le tomó unos segundos y un par de suspiros salir de la cama, dejando un vacío a mi lado más grande que el tamaño de su cuerpo y un frío que pareció colarse por cada uno de mis poros.

Lo escuché vestirse a oscuras y agradecí que no encendiera la luz, así no habría testigos del par de rebeldes lágrimas que se escaparon de mis ojos al escuchar sus palabras sobre mi ausencia y cuyo rastro todavía estaba presente en mis mejillas.

—Makar —lo llamé cuando abrió la puerta y la silueta de su figura se delineó enorme bajo el marco de la puerta—. Cuando me pediste que me casara contigo, me sentí feliz. Visceralmente feliz. Por unos minutos me permití creer que esa podía ser mi vida.

—Gracias —dijo tras un silencio que se me antojó demasiado largo y salió dejándome allí en la cama rodeada de su olor, con su presencia todavía fresca en mis muslos y esa extraña sensación de liberación por haber dicho esa verdad que me carcomía y el temor de las implicaciones que esa confesión podrían traer a mi vida.

## Capítulo 17

—¿Que ingresan la droga cómo?

La sorpresa de la agente Rivera se escuchaba desde Washington a través del altavoz del teléfono.

Decidimos llamarla con el informe respectivo una vez que llegamos al *pent house* después de desembarcar en Miami tras nuestro viaje con los hermanos.

—En su yate que atraca aquí en la ciudad, tras cargarlo de madrugada en las aguas cercanas a Nassau —repetí.

—Eso es imposible.

—Pablo Escobar lo hizo en los años ochenta —dijo Makar—, y sabemos que toda idea es reusable, no solo en Hollywood.

Makar me guiñó un ojo y le sonreí de vuelta.

—¿Para cuándo se espera el próximo cargamento? —preguntó Rivera y podía escuchar la codicia en su voz.

—No tengo ni idea —respondió Makar con tono de fastidio—. El viaje fue una muestra del negocio, cien kilos no es nada para el volumen que están anticipando. Me enseñaron lo que tienen y ahora tengo que mostrar lo mío para generar confianza y que me incluyan en sus planes, como socio.

—Necesitamos evidencias, señor Volkov. Debería usar un micrófono y permitirnos vigilar la residencia para tener fotografías de quién entra y quién sale.

—Todavía no confían totalmente en mí. Un micrófono sería una sentencia de muerte si me descubren y, si mi vida le importa poco como parece ser el caso, de ser descubierto se desbarataría toda la operación.

—Además está el problema de Santiago Pedroza —expliqué—. Conoce a los agentes de la DEA en la ciudad y conoce los procedimientos. Si tan siquiera huele que están siguiendo a los Ramírez, todo se cancelará.

—Tenemos que sacar a Pedroza del mapa —dijo Rivera.

—Eso nos pondría en la misma situación —intervino Makar ligeramente impaciente—. Si hay algún cambio, aunque sea mínimo, algo con lo que sientan que han sido descubiertos, Martín cancelará la operación y culpará al nuevo. Es decir, a mí.

—¿Nos pide que no hagamos nada, Volkov, mientras usted juega al agente encubierto en Miami?

—Estas operaciones toman tiempo —salté, defendiendo a Makar sin que nadie me lo hubiese pedido—. Normalmente son meses solo para infiltrarse y un poco más conseguir evidencias sólidas. Creo que hemos avanzado bastante en unas pocas semanas y le aseguro que no hemos estado jugando.

Makar me vio y movió su mano como diciendo «más o menos» y tuve que morderme el labio

para evitar la sonrisa que, sin previo aviso, amenazó con aparecer.

—No sea condescendiente, agente Calhoun —respondió con dureza Ramírez—. Sé cómo funcionan las operaciones encubiertas y solo le recordaba al señor Vólkov lo que la justicia requiere.

—Para eso estoy yo aquí —le recordé.

—Tendrá sus evidencias, agente Rivera. Es lo que prometí y soy un hombre de palabra. —La voz de Makar perdió todo dejo juguetón—. Los hermanos necesitan que limpie para ellos una buena cantidad de dólares que tienen enterrados en el patio de su casa, producto de sus viajes de prueba. En lo que haga eso por ellos, me dejarán entrar al negocio; tendremos la fecha de los embarques y las rutas de distribución, con el adicional de que entregaré archivos muy detallados sobre lavado de capitales provenientes del delito, evidencia que también formará parte de la acusación. —Algo peligroso brilló en sus ojos—. Entiendo que tal vez no está al tanto de todos estos detalles pues mi trato fue con la Fiscalía y no con la DEA, por eso pedí como asesora a una excelente agente del FBI para que se asegurara de que todo fuera como la justicia requiere. Usted es solo el músculo que llamaremos cuando sea necesario. Enviaremos la información cuando la tengamos.

Makar cortó la comunicación y me quedé mirándolo con la boca abierta.

—No deberías hablarle así.

—¿Por qué no? No soy su empleado. Le estoy haciendo un favor y las reglas de cortesía demandan amabilidad cuando alguien te hace un favor.

Se apartó de la mesa donde reposaba el teléfono y salió a la terraza. Se paró con las manos en la baranda y la vista distraída en la ciudad.

—¿Por qué le haces un favor a la DEA? —pregunté inocentemente saliendo tras él e imitando su posición.

—¿Por qué crees que lo hago? —preguntó de vuelta sin verme.

—El FBI asume que acudiste a la Fiscalía porque no pudiste encontrarme por tu cuenta.

—Tiene sentido.

—Y también que cuando me descubrieras y me tuvieras en tu poder, me entregarías a la Bratva o te vengarías personalmente por lo que te hice.

La carcajada que soltó no era del tipo divertida, no totalmente.

—Soy un sujeto vengativo, no lo niego, pero ir tras de ti por ser una mujer brillante que me engañó para hacer un trabajo casi perfecto, es mezquino. Siendo honesto, solo puedo admirarte, incluso más que antes.

—¿A pesar de que Arseny esté ahora en la cárcel?

—Arseny se lo buscó.

—¿Y la Bratva? Estoy segura de que ellos no me admiran tanto.

—No te preocupes. No vendrán a por ti.

—¿Y por ti?

—Tampoco.

—¿Por qué?

Solo en ese momento se volvió y me sonrió.

—Es muy pronto para que lo sepas.

Suspiré frustrada.

—Makar...

—El que acudiera a la Fiscalía con este trato —dijo interrumpiendo la retahíla que pensaba

soltarle—, tiene que ver setenta por ciento contigo, treinta por ciento conmigo y cien por ciento con nosotros.

—No hay un «nosotros».

—Ya veremos.

—No, no veremos nada —insistí tercamente—. ¿Tú y yo? —Moví la mano entre nosotros—. Solo es ficción.

—No fue ficción anoche —dijo mirándome detenidamente y sentí que se me subían los colores—. No había nadie allí, no tenías por qué actuar, y saltaste sobre mí como si no hubiera mañana. Esos orgasmos fueron reales, tus palabras, tus lágrimas, fueron reales. ¿Acaso crees que las cosas que suceden en la oscuridad no cuentan? Para mí sí, incluso más que lo que se hace a la luz del día porque solo cuando estamos en las sombras no necesitamos máscaras.

Sentí el golpe de sus palabras justo en el medio del estómago y me tomó unos segundos recuperar el aire para poder hablar nuevamente,

—¿Quieres que crea que haces todo esto para pasar tiempo conmigo? —pregunté finalmente porque después de tantas conversaciones con el almirante había desarrollado una muy buena capacidad de recuperación ante los golpes bajos y aprendido a no perder el foco—. ¿Que arriesgarías tu reputación, tu negocio, convirtiéndote en un soplón de la DEA, solo para estar conmigo unas semanas?

—Piensas muy poco de ti misma. Yo, siendo honesto, tampoco estaba muy seguro antes de venir a Miami.

—¿Qué crees que sucederá cuando todo esto termine? —lo interrumpí—. ¿Cabalgaremos románticamente hacia el atardecer?

—No soy muy bueno con los caballos. Ahora, si prefieres que rodemos por una autopista solitaria en un Porsche o naveguemos hacia el horizonte en un velero, soy el indicado.

—Realmente quiero golpearlo.

—Tengo un plan. —Me tomó delicadamente por los hombros y me miró a los ojos—. Vamos a detener a esos narcotraficantes, me voy a retirar, me mudaré a Washington y me dedicaré a cortejarte hasta que aceptes ser mi novia. ¿Te gustaría eso?

—Los mafiosos no se retiran —dije evitando responder y, sobre todo, evitando que mi imaginación se desbocara y convocara una imagen que fuera a juego con cada uno de los escenarios que recitó.

—Siempre me ha gustado romper el molde.

—La Bratva no te lo permitirá —insistí porque necesitaba permanecer en la realidad.

—Debo hacerlo si quiero que una hermosa agente del FBI me tome en serio. Soy así de patético.

—Serás muchas cosas, pero nunca patético.

—Gracias. Es una de las cosas más lindas que me has dicho.

—Van a matarte.

—Entonces mi tumba dirá: «Fue muchas cosas, pero nunca patético».

Di un pequeño grito exasperado.

—¿Quiénes me matarán? —preguntó, ahora sí, un poco más serio—. ¿Los colombianos? ¿La Bratva? ¿La DEA? ¿Tu padre? Cuidado, agente Calhoun, está demostrando demasiado lo mucho que se preocupa por mí. —Levantó las cejas un poco burlón—. Tranquila, amor. Para cada posible escenario ya tengo una contingencia preparada. Lo único que no puedo anticipar eres tú, y por eso estás aquí conmigo.

—¿Y si no quiero estar contigo cuando todo termine? —pregunté levantando la barbilla, salvando un poco de una dignidad que necesitaba, del control que era más importante en mi existencia que el solo hecho de respirar.

—Estarás segura de todas formas y yo no me mudaré a Washington, sino a Europa. ¿Te das cuenta? Todo está planeado, incluso ese escenario en el que me rompes el corazón una vez más.

Estaba en proceso de poner los ojos en blanco cuando el móvil de Makar sonó. Era Martín, sus empleados estaban en camino con unas cajas con billetes. La operación comenzaba.

—Voy contigo —dije en lo que terminó la comunicación y Makar regresó al interior del apartamento.

—No. Sería sospechoso si te llevo y, además, lavar esa cantidad en efectivo, créeme, es un trabajo fastidioso y monótono.

—No estoy acostumbrada a quedarme sentada mientras los demás arriesgan el trasero.

—Consuélate pensando que, en el futuro, tú saldrás a tus importantes misiones con el FBI mientras yo me quedaré sentado esperando a que regreses sin poder ayudarte.

En el futuro...

Aunque era otra imagen tentadora, me negué a dejarla entrar del todo. Esta conversación tenía mucho de fantasía, de planes perfectos con corazoncitos rosados flotando; pero la realidad era mucho más complicada. Incluso si todo salía bien, entregábamos a los colombianos a la DEA y manteníamos nuestra sístole y diástole aun después, ¿iniciaría una relación que pondría en riesgo mi carrera?

No existían evidencias de las actividades de Makar Volkov al margen de la ley, pero todos lo sabían y yo era una agente federal...

—No me esperes. No creo que vuelva esta noche —continuó mientras tomaba su teléfono y las llaves.

—Ten cuidado.

—Esta es la parte más segura.

En su camino hacia la salida se detuvo frente a mí, se inclinó y me dio un suave beso en la mejilla que dejó un rastro tibio en el que quería envolverme.

En lo que la puerta se cerró tras él, busqué mi teléfono y marqué mi número de emergencias.

Era una chica de acción, no una muñeca que se quedaba sentada mientras todo se movía a su alrededor.

—Viola, ¿algún problema? —preguntó Sam ligeramente alarmado.

—Todo bien. Necesito hacer una tormenta de ideas.

—¿Ya te cansaste de discutir contigo misma y producir largas y lógicas explicaciones que no convencen a nadie?

¡Maldición! Tener un mejor amigo era maravilloso, excepto cuando llegaba ese momento en el que no podías engañarlo.

—Tú tienes información actualizada de la Bratva y de Makar, y la necesito para contextualizar —insistí sin caer en las provocaciones de Sam.

Me dio tiempo de escuchar al fondo la música de una de las películas de Marvel hasta que todo sonido quedó silenciado.

—¿Te das cuenta de que siempre lo llamas por su nombre? —preguntó casualmente.

—No sé qué tratas de probar. Se llama Makar al igual que tú te llamas Sam.

Sam suspiró.

—A ver, ¿qué necesitas? Tengo pizza, tengo cerveza y estoy acostado cómodamente en el sofá

de tu casa.

—¿Estás en mi casa?

—Tenía que venir a airear las habitaciones —contestó como si no fuera mayor cosa—. Comencemos esta tormenta perfecta.

## Capítulo 18

—¿Qué información nueva tienes sobre la Bratva? —pregunté mientras me arrellanaba en el sofá.

—Según distintas fuentes en San Francisco, no es un secreto para nadie que las cosas entre Volkov y sus hermanos no están nada bien.

—Es la misma versión que tienen los hermanos Ramírez.

—¿Volkov qué dice?

—Lo desestima delante de los colombianos, a mí me dice que no me preocupe, que lo tiene todo controlado. —No pude evitar la mueca automática de mi boca, esa que se manifestaba cada vez que estaba en una situación que no podía descifrar—. ¿Qué se dice de la razón detrás de los problemas?

—Eso es lo extraño: nadie parece saberlo. Todos te dicen exactamente lo mismo, incluso con las mismas palabras, una y otra vez: tienen problemas, la Bratva ya no quiere tratar más con Volkov, pero no hay ni siquiera una mención a Vangushin a pesar de que es un caso público. Es casi como...

—Un guion.

—¡Exacto! Como un comunicado de un relacionista público. Solo les faltó decir: «No haremos más comentarios al respecto y pedimos respeto para las partes». —Escuché a Sam, casi como si lo tuviera a mi lado, mover la caja de pizza y obviamente la próxima vez que habló, después del silencio obligatorio, casi pude imaginar la cara de placer que siempre ponía cuando sus papilas gustativas entraban en contacto con el queso y el salchichón—. Y eso ni siquiera es lo más raro.

Sam hizo otra pausa y escuché el sonido de una lata de cerveza siendo abierta.

—Te escucho —dije impaciente—. Habla o me va a dar hambre.

—¿Cansadita del caviar?

—Y de la champaña.

—Nadie puede cansarse de la champaña, ni de la cerveza. —Sam dio un ruidoso trago con la necesaria exhalación posterior—. Uno pensaría que, si la Bratva no quiere tratar más con Volkov, retirarían todo el dinero de su firma de inversiones. Una declaración pública, una forma de herirlo financieramente.

—¿No lo han hecho?

—El dinero está siendo retirado, sí, pero no es una corrida financiera. Si indagas más allá de la superficie, es como si Volkov estuviera cerrando su negocio; sus clientes están siendo remitidos a otras firmas de inversión que, ya investigamos, no tienen nada que ver con él, y aparentemente tu novio está liquidando sus activos en San Francisco con la benevolencia, e incluso la ayuda, de sus compatriotas, lo que sería una contradicción si realmente quisieran herirlo. Como te dije, raro, todo es muy raro.

«Voy a retirarme».

—¿Qué hay con los colombianos y sus lavaderos iniciales? —pregunté sacudiéndome ese terror que era más divino que realmente espeluznante. Incluso me puse de pie y comencé a caminar por el salón—. ¿Hay algo de eso?

—Eso es territorio de la DEA.

—¿Te asusta la agente Rivera?

La carcajada de Sam fue tan alta como contagiosa.

—Me gustan las mujeres mandonas, tú eres prueba de eso, pero no les tengo miedo —dijo cuando pudo controlar la risa—. Lo que te dijo Volkov es verdad. Muchos de los que podían hacer el trabajo del ruso en Miami, y que normalmente tienen conexiones con narcotraficantes, están bajo investigación de la comisión de valores o presos, gracias a convenientes datos anónimos que llegaron en el momento adecuado. A los que no han sido tocados por la justicia, los Ramírez no se les acercaría ni en secreto, pues son tan paranoicos que no quieren verse asociados con ellos en medio de lo que parece una cacería de brujas.

—Todo es tan conveniente... —dije o, mejor dicho, pensé en voz alta, mirando a través de las enormes ventanas panorámicas la oscuridad que comenzaba a caer en la ciudad.

—Y no has escuchado la línea de tiempo...

—¿La línea de tiempo? —pregunté mientras salía a la terraza.

—La caída en Miami de los financistas de los carteles comenzó una semana después de que regresaras a casa. Unos pocos días después, la Bratva comenzó a hacer público su disgusto con Volkov y en menos de quince días...

—Jaque mate —completé—. Los colombianos cayeron en la trampa.

—Lo que destruye totalmente mi teoría inicial, esa que aseguraba Volkov que era un instrumento de la Bratva para atraptarte. Los tiempos no encajan.

—Demasiado rápido para que armaran todo. Esto tiene que haber sido planeado cuidadosamente y puesto en marcha antes de la detención de Vangushin.

—Lo cual no quiere decir que no vayas a ser una especie de daño colateral —advirtió Sam poniéndose muy serio—, como matar dos pájaros de un solo tiro.

—Makar no va a hacerme daño.

—¿Estás segura?

—Sí —afirmé y no fue una declaración para calmar a Sam. Estaba convencida de ello.

Por unos segundos ambos permanecemos en silencio.

—Entonces, ¿por qué Makar Volkov está haciendo todo esto?

«Me dedicaré a cortejarte hasta que aceptes ser mi novia».

—Obviamente la Bratva quiere sacar a los colombianos del mapa —dije porque necesitaba ser terca, porque el que una persona abandonara todo simplemente por mí me parecía una completa locura. Esa, la Bratva controlando los hilos, era la opción lógica—. Makar está haciendo todo esto para los rusos, disfrazando el procedimiento con su acto de ciudadano preocupado.

—No lo sé. La Bratva trabaja en facciones separadas, cada quien se ocupa de su territorio —explicó Sam, pragmático—. Incluso si los hermanos de San Francisco estuvieran asistiendo a los de Miami para evitar que los colombianos ganen poder en la ciudad, podrían haber ejecutado el plan sin la DEA y, sobre todo, sin solicitar tu presencia. Los mafiosos suelen arreglar sus asuntos sin involucrar a las autoridades. Tú fuiste la única condición no negociable que Volkov le puso a la Fiscalía, pero si estás tan segura de que no va a entregarte...

—No lo hará.

—Entonces nada tiene sentido, a menos que tomemos como cierta la teoría del jefe de que el ruso nos está utilizando como una especie de servicio de citas.

No pude evitar sonreír y, cuando me di cuenta de que estaba sola, sin testigos de mi transgresión, dejé que la sonrisa tragara mi cara. Era una idea inquietante, dulce, de esa forma extraña que tenía Makar de ser.

—¿Viola?

—¿Sí?

—¿Estás sonriendo?

—¿Cómo demonios podía saberlo?

—Todo este misterio es fascinante —dije inocente mientras regresaba al interior del apartamento—, y sabes que me encanta un buen misterio.

Sam hizo un ruido que ni negaba ni afirmaba nada.

—Por cierto, ¿dónde está Volkov que me estás llamando con tanta libertad?

—Haciendo lo que mejor sabe hacer —dije mientras me sentaba nuevamente en el sofá.

—¿O sea que está allí contigo? ¿Sin ropa? ¿Tratándote como una princesa de cuentos?

—¡Sam!

Esta vez la carcajada de mi compañero me tomó por sorpresa.

—A Viola le gusta el ruso —dijo cantando.

—¿Cómo puedes bromear con eso?

—Porque es verdad y siempre es mejor bromear con cosas que son verdad para no ofender.

—Me vas a traer problemas en el trabajo. ¿Qué crees que piense el FBI?

—Todos, pero particularmente las mujeres, nos preocupamos demasiado por nuestras carreras. Es como si necesitáramos probar cada día que somos los mejores; que somos eficientes, inteligentes, competentes, capaces; como si no nos definiera otra cosa que lo exitosos que podemos ser en nuestro campo. ¿Por qué nos criticamos tan duramente cuando elegimos algo sobre el trabajo? ¿Nunca podré entenderlo! ¿Qué hay de las otras cosas que son importantes?

—¿Me vas a decir que el amor es más importante? —mi tono de voz subió más de una octava—. ¿Quién eres? ¿Nicholas Spark?

—No estoy hablando de amor, Viola. Estoy hablando de felicidad y eso es más importante que cualquier otra cosa. Nos conocemos desde hace años y nunca te he visto genuinamente feliz, siempre estás en guerra con algo, pero más que nada contigo misma. Sin embargo, la luz que entró en tus ojos cuando viste a ese hombre sentado en la oficina del jefe... Creí que ibas a correr a abrazarlo.

—Probablemente a golpearlo. No tienes idea de lo que me exaspera Makar Volkov, siempre en control de todo, hasta de la brisa que no lo despeina; con una seguridad que más parece arrogancia y una respuesta graciosa para todo problema.

—No suena tan terrible.

—Lo es, créeme. No puedo descifrarlo totalmente, parece que siempre está jugando al ajedrez con la vida y es un muy buen jugador.

—Di lo que quieras —replicó Sam con un tono ligeramente despectivo—, pero yo sé cómo te ves cuando duermes y cuando despiertas por la mañana; la forma en que tu expresión cambia a una de terca determinación cuando te llama tu familia como si te prepararas para pelear una batalla; esa manera orgullosa en la que levantas la barbilla cada vez que alguien menciona al almirante, retándolos a decirte en tu cara que lo que has conseguido tiene algo que ver con tu apellido; la manera en que te obsesionas con tus casos y te transformas con facilidad en otra persona como si

fueran unas merecidas y relajantes vacaciones de lo que eres realmente. Sin embargo, a pesar de la intensidad y compromiso con todo lo que haces, nunca te he visto verdaderamente feliz, relajadamente feliz, solo por estar, no por hacer.

—Tal vez esa sea la forma en que soy feliz.

—Ser feliz no debería ser tan agotador, así que te aconsejo una nueva aproximación a la felicidad: deja de pelear y haz lo que realmente quieres hacer. El resto del mundo puede irse a la mierda.

—No puedo creer que seas precisamente tú el que me esté diciendo esto.

—¿Por qué? ¿Por qué dormimos juntos cuando te apetece? —Resopló—. Soy tu amigo por sobre todas las cosas, lo era antes y lo seguiré siendo aun cuando ya no me necesites en tu cama. Hace ya bastante tiempo que dejé de tener fantasías sobre nosotros. Un hombre debe tener un poco de dignidad.

—Sam...

—¿Qué parte de «dignidad» no entendiste? No te excuses ni uses ese tono de lástima. Además, si me querías hecho todo un Otelo, debiste solicitar la actuación cuando el jefe te envió a seducir a Volkov para infiltrarte en la Bratva, no ahora que descubriste que el ruso te gusta y créeme no te culpo, es el Príncipe Prometido, la encarnación humana de la Canción de Hielo y Fuego.

—No sé de qué hablas.

—Makar es un nombre Targaryen, aunque en los libros lo escriben Maekar —explicó muy serio—, y Völk en ruso significa lobo.

—¿Por el amor de Dios! —grité exasperada—. Esa serie terminó hace siglos y la última temporada fue un asco.

—Pero los libros son para siempre —dijo solemne—, y nunca me han decepcionado.

Sentada en el sofá separé el teléfono de mi oído y me quedé mirando la pantalla.

«¿Por qué no puedo tener amigos normales?», me pregunté sin poder descifrar si estaba realmente molesta o perpleja. Claro que también tenía ganas de soltar una risita ante lo absurdo de todo el discurso.

—¿Viola? —escuché la voz de Sam a través del teléfono—. ¿Sigues ahí?

—Somos agentes federales que trabajamos en operaciones encubiertas —dije volviendo a colocar el teléfono en mi oído—. Usamos armas, investigamos, tratamos directamente con delincuentes y arriesgamos nuestras vidas. Somos rudos por definición, no analistas.

—Vale —dijo, aunque su afirmación sonaba a pregunta.

—¿Por qué, entonces, en vez de sonar como James Bond, siempre tienes que tener un discurso al estilo Sheldon Cooper? —pregunté y sin proponérmelo mi voz se elevó con cada palabra—. Esto es serio. Soy una agente de la ley y Makar es un delincuente. No podemos estar juntos, ni siquiera debería considerarlo.

—¿Por qué? Ya escuchaste a la fiscal: todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario.

—¿Honestamente crees que el FBI me dejaría seguir trabajando con ellos si soy la novia de un ruso reconocido por ser un delincuente de cuello blanco?

—¿Novia? —preguntó asombrado—. Yo solo iba a sugerir que te lo follaras sin culpa, pero ya parece que superaste esa etapa y te moviste a la siguiente.

Me quedé en silencio deseando absorber el aire a mi alrededor a ver si las palabras volvían a mi interior. Sam me había cogido desprevenida con un comentario inocente.

—¿Lo amas? —preguntó finalmente, bajito, como quien intenta no asustar a un animal rabioso.

—¡No! —La respuesta fue una reacción instintiva—. No lo sé —corregí en lo que tuve tiempo de pensarlo—. Es complicado.

El suspiro que solté debió de escucharse hasta Washington.

—No te estoy diciendo que hagas nada drástico, como acostumbras a resolver las cosas en tu vida —dijo Sam y sonaba apenado—, que corras a Las Vegas y te cases o que te cambies el nombre y vivas el resto de tus días como Svetlana Volkova escondida en un pueblo de Siberia; solo no te cierres la posibilidad por pura terquedad.

—No soy terca —declaré y mientras las palabras salían de mi boca mi subconsciente se carcajeaba—, soy realista.

—La gente verdaderamente valiente no acepta la realidad, trata de cambiarla.

—Creo que te refieres a los locos o a Los Vengadores después del chasquido de Thanos.

—¡Sabía que lo recordabas!

Los dos nos reímos y el alivio fue bienvenido.

—Gracias, Sam.

—Sabes que siempre estoy a una llamada de distancia para lo que sea. Ahora termina ese caso sin un rasguño y sin que horribles narcotraficantes colombianos te persigan el resto de tu vida, y regresa a Washington porque el desastre de mi escritorio está ocupando el tuyo.

## Capítulo 19

Tal y como me advirtió, Makar no regresó en toda la noche. Me quedé dormida en el sofá después de mi conversación con Sam, dándole vueltas en la cabeza a todos esos escenarios, ciertos o no. Obviamente había algunos que todavía no estaba dispuesta a admitir ni siquiera en el mundo abstracto de mi mente.

Sin embargo, algo sí estaba claro: íbamos a terminar este trabajo, íbamos a entregar a los colombianos y lo otro lo resolvería un día a la vez.

Sonaba como un buen plan, saludable incluso.

Me estiré en el, sorprendentemente cómodo, sofá, cerrando un poco los ojos para evitar la luz de la mañana. Mis zapatos estaban tirados en un rincón y había pasado la noche con el mismo vestido con el que me bajé del yate el día anterior, que ahora estaba en un estado no apto para un público exigente.

Tenía tanto en la mente que parecía que habían pasado mil años desde que me bajé del yate de los Ramírez y ni siquiera habían pasado veinticuatro horas.

Este caso se estaba moviendo demasiado rápido, lo que no carecía de sentido si, como sospechaba, había sido puesto en movimiento hacía ya algún tiempo. Era precisamente eso lo que me preocupaba.

Por lo pronto, necesitaba café para comenzar a organizar el día. Organizar mi vida o al menos mis pensamientos sobre mi vida, era una tarea que requeriría mucho más que una mañana, pero siempre era bueno comenzar por el café.

Estaba en proceso de ponerme de pie cuando mi visión periférica captó una sombra: Makar estaba sentado en la terraza con las piernas estiradas, los pies descalzos, una taza de café en su mano derecha y la mirada perdida.

Era la viva imagen del agotamiento.

—Buenos días —dije saliendo a la terraza.

El fantasma de una sonrisa apareció en sus labios cuando sus ojos se posaron en mí. No obstante, a pesar del gesto, se veía cansado, con bolsas bajo los ojos y la ropa arrugada. La barba ya había comenzado a crecer y aunque normalmente me encantaba cuando eso ocurría, en esta oportunidad le daba un aspecto algo ajado a su siempre prístina apariencia.

—Te ves horrible —dije tomando asiento en la silla vacía a su lado—. Nunca pensé que lavar dinero fuese un trabajo tan físicamente demandante. ¿Acaso metiste los billetes en el río y les diste golpes con una piedra toda la noche?

La sonrisa creció.

—Buenos días, Viola. ¿Dormiste bien?

—Sorprendentemente, sí. Tu sofá es más cómodo de lo que aparenta.

—Mi sofá es tu sofá y puede convertirse en nuestro sofá. Tal vez podamos tomar una siesta en

algún momento y comprobar si su comodidad alcanza para dos personas. ¿Café?

Estiró la taza que sostenía en su mano derecha en mi dirección y todas las protestas que burbujearon en mi mente por sus palabras, algo como «tienes que dejar de hablar de nosotros de esa forma», desaparecieron sin dejar ni un rastro.

—Gracias. —La tomé y le di un sorbo. Todavía estaba caliente y tenía la cantidad perfecta de azúcar—. ¿A qué hora llegaste?

—Hace como media hora.

—¿Resolviste todos tus asuntos?

—El dinero de los Ramírez ya fue colocado en su totalidad, de ahí el aspecto horrible al que te referías. Traje un archivo para la agente Rivera, con él podrán seguir la ruta del dinero.

—Pensé que el dinero que manejabas era imposible de rastrear.

Le devolví la taza. Todavía quedaba algo de café en ella.

—Nada es imposible de rastrear, el truco está en saber a dónde mirar. —Dio un trago al café—. El dinero entró a varias cuentas a nombre de diferentes personas en distintos bancos de segunda categoría, se colocará en diversas inversiones, compras de bonos de países endeudados del tercer mundo, acciones rentables, esas cosas; también algunos comercios pequeños y con problemas recibirán unos aportes de remodelación, y luego el dinero regresará en forma de dividendos. Son cantidades pequeñas que, por separado, no llaman la atención, pero si alguien te las hace ver como conglomerado, notarás quiénes son los testaferros y cómo cada centavo regresa a los Ramírez por distintas vías. —Tomó lo último que quedaba de café y dejó la taza en el suelo—. Es como un gran pizarrón gris con la misma figura repetida, no ves el patrón hasta que alguien te lo señala.

—Berkeley es una buena universidad. —Sonreí asombrada.

—La mejor. —Sonrió de vuelta, aunque ya esa sonrisa no tenía la fuerza de hace unos segundos—. Con eso Rivera tendrá en qué entretenerse, por ahora.

—Deberías comer algo y dormir un poco.

—Primero necesito una ducha —dijo poniéndose de pie mientras movía el cuello de un lado a otro—. Cuando salga, te haré el desayuno.

—No soy una completa inútil. Puedo hacerlo, para ambos.

Me miró desde arriba y sonrió de lado.

—Correré el riesgo. Tal vez eso te inspire a hacer lo mismo.

—¿Siempre tienes el comentario adecuado?

Se inclinó al pasar y me dio un beso en el tope de la cabeza.

—Siempre.

No esperó que le respondiera, siguió su camino al interior del apartamento.

En un universo paralelo, en otra realidad donde solo existiéramos nosotros dos, Makar Volkov sería el hombre perfecto, al menos para mí, porque me hacía feliz sin hacer nada, solo estando a mi lado; porque me gustaba y disfrutaba su compañía, porque era diferente y, al mismo tiempo, tan similar que encajaba conmigo como la pieza menos evidente del rompecabezas.

Sí, era mandón, presumido y siempre parecía salirse con la suya. Lo extraño era que, en él, a diferencia del resto de los hombres de la humanidad, no me disgustaba.

No obstante, la vida no podía vivirse fuera de contexto e incluso si sacaba de la ecuación mi trabajo y a mi familia, no podía extirparme mi propio código moral. Makar Volkov era un delincuente, uno de cuello blanco, sí, pero sus manejos financieros para grandes organizaciones criminales eran un delito igual que traficar drogas o vender personas. No tenía sentido que mis

sentimientos hacia él fueran tan potentes, pero allí estaban, tan tercos como yo.

Miré hacia el interior del apartamento, ese espacio apartado de la realidad que no era la vida ficticia de San Francisco, pero tampoco la de Washington que se sentía menos real cada día. Aunque solo por un tiempo, Makar y yo no éramos más que dos personas viviendo una existencia en el que todos los errores estaban permitidos y las mentiras pasadas no existían. Estábamos precisamente en ese universo paralelo donde estar juntos era la única verdad que importaba.

Me puse de pie y lo seguí.

«Te estás justificando con una cantidad de palabras que no necesitarías si lo que estás por hacer no estuviera mal», dijo esa voz en mi cabeza que, normalmente, todos los seres humanos llaman conciencia, pero justo en ese momento parecía la bruja mala de cualquier cuento infantil y si algo aprendí durante mi niñez fue que uno nunca debe hacerles caso a las brujas malas. Silenciarlas era lo mejor si no podías derretirlas o quemarlas en un horno para hacer galletas.

El denso vapor del agua caliente y el olor a jabón, por más raro que pareciera, me hizo sonreír. Me sentía como una niña haciendo una travesura, con la misma inconsciencia y sin tan siquiera considerar que mis acciones entrañaran algún tipo de peligro para mi vida futura.

Abrí la puerta de la ducha para encontrarme con ese cuerpo desnudo en el que corría el agua como si fuese su campo de juego particular y yo quería ser agua, esa agua.

Makar se volvió, pestañeó un par de veces para deshacerse de las gotas que estaban adheridas a sus pestañas y sonrió de una forma un poco suspicaz.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó no alarmado. Más bien estaba cautelosamente complacido.

—Te prometí desayuno.

La sonrisa terminó de formarse en sus labios al mismo tiempo en que yo daba dos pasos al frente para entrar casi en contacto con su cuerpo. Estaba tan cerca que ya para qué pensar, para qué resistir el impulso, llegué hasta allí no precisamente pensando que iba a detenerme en el último minuto.

Lo abracé por la cintura, descansando mi cabeza en su pecho, permitiendo que su humedad se traspasara a mi cuerpo.

—¿Qué ocurre, Viola? —preguntó mientras me abrazaba.

—¿Nos podemos quedar aquí para siempre?

—¿En la ducha?

—En este momento donde tú y yo no somos un imposible, donde un nosotros está bien y no es solo una fantasía.

—Siempre te dije que nada me hacía más feliz que hacer realidad tus fantasías si eran lo que realmente querías. —Suavemente sus manos recorrieron mi espalda—. No te preocupes.

Le hice caso. A pesar de mis constantes protestas, Makar era la única persona que no me sentía tentada a contradecir todo el tiempo. Además, se sentía bien no preocuparse, no sostener esos interminables debates conmigo misma que siempre terminaban en la misma encrucijada: lo haces o no lo haces. Es tu decisión.

Ya no quería tomar más decisiones. Ya no quería ser lógica y sin sentimientos.

Sus labios se posaron sobre los míos y sus manos comenzaron a acariciar mi cuerpo con más delicadeza que la del agua, y todos los obstáculos desaparecieron de mi mente pues lo único que existían eran posibilidades.

Makar era un delicioso refugio donde la seguridad estaba garantizada y la realidad no podía alcanzarme.

Los besos continuaron, sustituyendo la cascada de agua que caía a nuestro alrededor y como ella bajaron por mi cuerpo hasta que el poseedor de esos labios estaba de rodillas frente a mí.

—Pensé que tus tatuajes significaban que no te arrodillabas ante nadie —dije mientras acariciaba su cabello mojado.

—Solo ante ti —confesó antes de depositar un suave beso allí donde lo estaba esperando—. Siempre ante ti.

## Capítulo 20

Los siguientes días pasaron como si estuviésemos de luna de miel. La fantasía tomando el lugar de la realidad, y lo mejor era que en esa nueva realidad ambos trabajábamos en lo mismo y hacíamos un muy buen equipo.

A los colombianos les gustaba conducir sus negocios en medio de reuniones sociales. Perdí la cuenta de cuántas veces salimos a cenar, a bailar o, mayormente, nos reunimos a la orilla de la piscina en su casa.

Ahora tanto Makar como yo usábamos discretos micrófonos activados por voz cuando nos era posible, aunque no eran de transmisión remota como los que utilicé en el caso Vangushin pues no queríamos que personas sospechosas, que debían estar a cierto rango de distancia para recibir la señal, alertaran a los colombianos que estaban siendo vigilados.

Así que, cada día, debíamos descargar la información al llegar a casa, escuchar nuevamente las conversaciones grabadas, separar lo que servía de la basura y enviar el material. Además, había pedazos de conversación que no eran evidencia propiamente dicha, pero que apuntaban a ciertas personas o empresas y eso iniciaba una nueva línea de investigación.

Sí, no era tan glamuroso como una película de espías, pero también formaba parte del trabajo.

Durante esas largas horas de escuchar, organizar y escribir correos a la DEA, siempre tenía a Makar masajeador mis músculos doloridos, alimentándome y dándome necesarias y frecuentes dosis de caféina, además de proporcionar opiniones e ideas de procedimientos muy acertados.

Al menos, ya la DEA estaba más calmada. Tenía en su poder el rastro del dinero elaborado por Makar para la acusación de lavado de capitales y horas de audios que transcribir e incorporar a sus evidencias, además de fotografías, algún que otro vídeo tomado durante todas esas reuniones sociales y datos sobre testaferros y compañías fantasmas que perseguir. Si podíamos agarrar a los hermanos Ramírez con las manos en la masa, la acusación sería incluso más sólida que la de Vangushin.

Lamentablemente eso estaba resultando difícil de conseguir.

Aunque Martín estaba impresionado con el talento de Makar y se veía a leguas que le agradaba, un hombre de su posición no acostumbraba a ensuciarse las manos. El «viaje de pesca» fue una demostración de una actividad en la que normalmente no se involucraba personalmente, mucho menos Alberto, quien consideraba una actividad muy por debajo de su posición estar cargando kilos de droga en su yate.

—¿Pasando un buen rato? —preguntó Makar acercándose a la orilla de la piscina donde estaba sumergida observando el panorama.

—Divino —respondí con una sonrisa para luego impulsarme con los brazos y salir del agua.

Makar tomó la toalla que había dejado cerca y me envolvió con ella, aprovechando la oportunidad para abrazarme.

—No me gusta cómo te mira, Alberto —dijo en mi oído señalando casi imperceptiblemente con la cabeza al lugar donde los hermanos Ramírez estaban sentados bajo la sombrilla acompañados del investigador Pedroza y otro par de hombres que sabía que eran los distribuidores.

—Creo que sus miradas son el menor de nuestros problemas.

—¿Problemas? Como yo lo veo no tenemos ningún problema. Todo marcha sobre ruedas.

—Vamos a inmortalizar ese rostro confiado —dije mientras me deshacía de la toalla y buscaba mi teléfono—. Es momento de un *selfie*.

Makar me miró confundido.

—No seas aguafiestas y ven acá.

Me abrazó por la cintura y puso su cara al lado de la mía en una pose perfecta.

Estiré el brazo poniendo el teléfono en posición, aunque no exactamente de la forma en que me enseñaron mis nuevas mejores amigas.

—Tienes que voltear la cámara —señaló Makar cuando vio que en mi pantalla solo aparecían los hermanos Ramírez conversando amigablemente con sus invitados mientras unos vasos y algo de comida estaban sobre la mesa entre ellos. Toda una reunión social.

—No. Creo que así está perfecto.

Makar sonrió un poco más, pegando más su cabeza a la mía. Tomé varias fotografías del traidor de la DEA pasando un buen rato con sus amigos los narcos.

—Pensé que ya habíamos entregado lo necesario sobre Pedroza —insistió Makar entre una foto y otra.

—La investigación sigue abierta y es bueno tener un poco más de evidencia. Darle una imagen visual a todo el material grabado.

—Esa cabecita tuya nunca se toma un descanso.

«Sí lo hace, cada noche cuando estoy entre tus brazos».

Finalmente cambié el enfoque de la cámara y tomé una fotografía de nosotros por si alguien preguntaba y necesitaba alguna prueba después de tan bien producido espectáculo.

Era una linda foto. Estábamos sonriendo, felices. Era la única foto que poseía de nosotros que no hubiera sido tomada por un equipo de vigilancia.

—¡Ruso! —Alberto se puso de pie y comenzó a hacer señales con las manos a Makar para que fuera con ellos—. Deja de estar toqueteando a tu mujer y regresa aquí.

—Imbécil —musitó Makar entre dientes mientras se inclinaba para darme un beso en los labios—. ¿Estás segura de que no puedo matarlo?

—¿Se supone que deben parecerme encantadoras tus tendencias homicidas? —Negué con la cabeza como quien amonesta a un niño pequeño—. No lo hacen, por cierto.

—¿Cómo terminé enamorado de una mujer buena y respetuosa de la ley?

Por unos segundos la declaración me tomó por sorpresa. Su amor era un hecho antes, cuando vivíamos juntos, cuando no sabía quién era yo realmente; ahora todos los sentimientos involucrados vivían en un área gris donde mencionarlos en voz alta era peligroso.

—Karma, supongo —continuó Makar respondiendo su propia pregunta—. Regreso con los imbéciles. Debo ganarme ese perdón de la justicia, que por cierto no necesito, solo para que no te de vergüenza que te vean conmigo.

Makar regresó con el resto de los penes dejándome con la boca abierta ante tanta información soltada de forma tan casual. Aunque era tentador, me rehusé a quedarme atrapada en el momento y, sobre todo, en sus palabras, y me dejé caer en una tumbona con mi pretendida existencia de «chica Bond». Envié las fotografías de la reunión a la agente Rivera y, una vez recibidas, las borré de mi

teléfono porque nadie quiere ser capturado con ese tipo de material injustificable.

—Disculpa que te dejé sola todo este tiempo. —Amparo apareció luciendo uno de sus brillantes y minúsculos biquinis, además de unos tacones que jamás se me ocurriría ponerme para una reunión alrededor de la piscina de mi casa, en caso, claro, de que tuviera una casa con piscina. Además de su sonrisa encantadora, llevaba una botella de champaña en una mano y una bandeja con queso y algunos cortes de fiambres en la otra. Ángela la seguía con su apariencia de muñeca y su mueca de perenne disgusto.

—No te preocupes. Disfruté de la piscina.

—Y ahora refrigerios. —Tras poner la bandeja en la mesa al lado de mi tumbona, Amparo abrió la botella con una facilidad pasmosa—. Ángela, ¿traes las copas?

—¿Y la princesa no puede hacerlo? —preguntó mirándome de arriba abajo.

—¡Ángela! Viola es nuestra invitada.

—Yo no vivo aquí. Soy tan invitada como ella.

Hice amago de ponerme de pie porque cuando se llega a cierta edad eso de interpretar a las «chicas pesadas» solo funciona en las películas, pero Amparo hizo un gesto con la mano, enérgico y definitivo, y por primera vez la vi molesta.

—Vas a ir a buscar esas copas porque yo te lo estoy pidiendo y no tienes ninguna razón para ser una perra conmigo, tu amiga —dijo muy seria.

Con una rodada de ojos, Ángela se dio la vuelta y fue por las copas que estaban al otro lado de la piscina en una mesa con hielo y bebidas.

—¿Cuál es su problema? —pregunté más para mí misma que para obtener una respuesta.

—Celos —dijo Amparo sentándose en la tumbona a mi lado—. A Alberto le ha dado por mencionarte.

—¿A mí? —pregunté fingiendo sorpresa.

—No mucho. Algún que otro comentario, pero es incómodo cuando lo hace con Ángela presente.

—No es mi culpa.

—Lo sé. Además, tú estás con el ruso y se ve claramente que están locos el uno por el otro; pero así son los niños: siempre piensan que el juguete del otro es mejor.

Ángela regresó con las copas y con la champaña vino la tregua representada en conversaciones tontas sobre ropa, joyas y coches.

—Alberto y yo fuimos en estos días a ver apartamentos —anunció Ángela con orgullo—. La semana pasada me regaló un coche. Creo que finalmente, esta vez, vamos a ir en serio.

—¿A tu nombre? —pregunté porque ese era un detalle importante.

—Insistí en ello. Tienes que asegurar tu futuro —dijo con una sonrisa como quien da un consejo por todos sabido a una niña pequeña—. Recuerda que ese tipo de hombres van y vienen, y tu tiempo con ellos vale. No vas a quedar en la calle después de todo lo que aguantaste.

—Eso suena muy frío —intervino Amparo.

—Lo dices porque tienes un apartamento aquí en Miami, dos coches, un par de cuentas de banco llenas y la compañía esa que sirve a los yates de la marina, todo a tu nombre. Si Martín desapareciera mañana, tendrías la vida resuelta aquí, además de lo que tienes en Colombia y el efectivo para emergencias que está enterrado aquí en el jardín.

—¿Qué? —pregunté mirando a mi alrededor—. Pensé que lo habían sacado todo.

—Siempre hay que tener efectivo en casa —respondió Ángela poniendo los ojos en blanco—, y a Martín no le gustan las cajas fuertes.

—¿Makar no tiene un fondo para emergencias? —preguntó Amparo.

—Prefiero mantenerme al margen de sus negocios.

—¿No tienes nada a tu nombre? —insistió Ángela.

—No.

—O tú eres muy tonta o él es muy agarrado —sentenció Ángela.

—¡Amparo! —gritó Martín desde su cómoda posición bajo la sombrilla—. ¿Qué ha pasado con la comida? No esperarás que pase el día solo con esto. —Señaló la mesa llena de aperitivos.

—Voy —respondió ella con una sonrisa, pero antes de ponerse de pie rodó los ojos—. ¿Tu ruso es así de fastidioso?

—Por lo general me hace el desayuno y el personal de la casa se encarga de todo lo demás. No muevo un dedo a menos que quiera hacerlo.

—Así voy a acostumbrar a Alberto —dijo Ángela con una mueca—. No tengo ningún afecto por las labores domésticas.

—A Martín le gusta como yo cocino —aclaró Amparo con cierta nota de orgullo en su voz—. Le recuerda a Colombia.

—Y al decir eso ahorra en personal —dijo Ángela por lo bajo—. Deberías sugerirle que busque una cocinera colombiana.

—¿Si no me encargo de la casa y de mi marido, qué uso tendría? —dijo Amparo poniéndose de pie—. ¿Cuál sería mi propósito?

—Te acompaño —dije incorporándome también y tomando mi vestido playero y mi bolso—. Tal vez aprenda algo.

Seguí a Amparo hasta la cocina mientras mi anfitriona me hacía un recorrido explicativo bastante resumido, apuntando en diversas direcciones.

Había estado muchas veces en la casa de los hermanos Ramírez, pero siempre limitada a las áreas sociales, mayormente la piscina. Nunca tuve la oportunidad de adentrarme más allá de los límites establecidos por los dueños.

—¿De veras cocinas todos los días? —pregunté cuando entramos a una enorme cocina que parecía sacada de una revista de decoración. Fue la única parte de la casa que me gustó—. ¿Te encargas de todo en la casa?

—No de todo, esta casa es muy grande —respondió Amparo tomando un delantal. Fue un poco surrealista ver cómo se lo colocaba sobre el biquini y comenzaba a trajinar en la cocina en tacones—. A Martín le gusta la comida casera, la que yo hago. También dice que nadie lava y plancha sus camisas como yo y hay un tratamiento especial que le hago a la ropa blanca que queda como nueva. —Sonrió orgullosa—. No me molesta, siempre es bueno tener algo que hacer para no aburrirse.

—Esto es Miami. Siempre hay algo que hacer si tienes dinero.

Un extraño gesto pasó por su cara.

—¿Qué? —pregunté curiosa.

—A Martín no le gusta que salga sola. —Una tímida sonrisa de disculpa apareció en sus labios—. Siempre le gusta saber dónde estoy y tomar previsiones si dejo la casa.

—¿Tienes que pedir permiso para salir? —pregunté con horror.

—Aquí estamos seguros, lo sé. No es como en Colombia, pero los viejos hábitos son difíciles de romper y Martín vivió muchos años con la paranoia y solo quiere que esté segura. —Se encogió de hombros—. Me quiere y es su manera de demostrarlo.

—¿Y qué pasa si te llamo un día, sin previo aviso, y te invito a merendar en mi café favorito?

—Le avisaría a Martín. —Sacó un trozo de carne de la nevera y comenzó a sazonarlo—. Si él no tiene problema, si cree que está bien, Ricardito y dos chicos más me llevarían y me esperarían.

—¿Cómo lo soportas?

Me miró confundida.

—Siempre ha sido así —dijo mientras seguía trabajando en la comida—. Él está afuera, haciendo negocios, ganando el dinero para que podamos llevar esta vida, y yo trato de hacer que todo sea más fácil, cómodo, cuando él está en casa. Él tiene su papel y yo el mío.

—No sé si yo estaría cómoda en ese papel.

—Porque tienes un oficio, una carrera, cosas que hacer por tu cuenta. Yo era muy joven cuando conocí a Martín y sabía en lo que me estaba metiendo. En ese momento parecía perfecto porque cuando nos mudamos juntos no hacía por él nada distinto de lo que hacía en mi propia casa. —Se encogió de hombros—. Además, ser seleccionada por un hombre que podía tener a cualquier mujer en el pueblo y que hacía lo que hacía, me hizo sentir poderosa de cierta forma. También contaba que yo era pobre y los regalos, el dinero... —Suspiró negando un poco con la cabeza—. Pensé que había ganado la lotería.

—¿Y ahora?

—Llega un punto en el que el dinero y los lujos no importan tanto, no cuando lo comparas con otras cosas que perdiste en el camino.

Por unos instantes en la mirada de Amparo ya no había superficialidad, sino una inteligencia que me decía que, a pesar de su juventud, comprendía el juego peligroso en el que estaba metida, que se sabía atrapada en una jaula de oro que podía ser sustituida en cualquier momento por otra no tan cómoda.

—Tienes que tener cuidado —le advertí porque me gustaba Amparo, porque a pesar de que había entrado voluntariamente a esa vida, las acciones de las personas, esas precisamente gobernadas por sentimientos, no siempre seguían la fría lógica o lo que era más seguro. Bien lo sabía yo. Advertirle era lo único que podía hacer antes de que todo le estallara en la cara, porque más temprano que tarde iba a suceder—. Si Martín cae, tu caerás con él; aunque no hayas hecho nada. Hay cosas a tu nombre que nunca hubieras podido pagar y la justicia no aceptará un «me lo regaló mi marido», menos cuando no pagas impuestos por ello.

Me miró un poco confundida.

—Por eso no acepto regalos caros que requieran poner mi nombre en un título de propiedad, ya sea un coche, un apartamento o, tan siquiera, una pequeña pizzería —insistí—. No soy una tonta como cree Ángela, soy extremadamente precavida.

El entendimiento llegó al rostro de Amparo poco a poco, sus pupilas agrandándose ante la sorpresa de una realidad que, estando fuera de Colombia, no se le hubiese ocurrido considerar.

—¿Dónde hay un baño? —pregunté mirando a mi alrededor, como si la advertencia anterior no hubiese existido nunca.

—Saliendo por el pasillo, al lado de la sala de entretenimiento —respondió Amparo dándome indicaciones con las manos, ella también pretendiendo que la conversación anterior nunca ocurrió.

Sonreí, tomé el bolso que había dejado sobre la encimera y al pasar por lo que parecía ser la sala de entretenimiento vi un solitario portátil sobre un pequeño escritorio.

«No puede ser tan fácil», pensé, pero igual fui a investigar.

Probablemente sería de Amparo, aunque nunca la había visto usar algo más que su teléfono, o estaba destinado a algún uso que no me interesaba en lo más mínimo.

Todos, particularmente las personas que funcionaban al margen de la ley, deberían estar claros

que nada era más peligroso que dejar información sensible en el disco duro. Sin embargo, había tenido suerte con Vangushin y no perdía nada con husmear un poco.

Esta vez, al igual que con el mejor amigo de Makar, no había contraseña necesaria para ingresar y, para mayor suerte, parecía ser el portátil personal de Alberto.

El correo electrónico estaba abierto. Había varios enviados desde su propio teléfono que resultaron ser fotos de Ángela, dignas de ser utilizadas como publicidad en algún sitio de Internet para adultos, uno con muy poca clase.

Todavía con urgente necesidad de un buen colirio o, mejor dicho, de lavarme los ojos con lejía después de haber visto aquello, seguí revisando. Había notificaciones de algunas transferencias internacionales desde cuentas en Suiza de una corporación que no conocía, también algunos intercambios con una vendedora sobre el apartamento que iba a comprar en Brickell, en los cuales le recordaba que la propiedad debía estar a nombre de Ángela y ella le respondía que estaba dispuesta a recibir su comisión, al igual que el pago para asegurar la propiedad, en efectivo.

«Te atrapé a ti también, vendedora corrupta», pensé mientras sacaba mi dispositivo USB, lo conectaba al portátil y comenzaba a descargar la información relevante.

En grandes actividades criminales uno nunca terminaba de descubrir la larga lista de facilitadores que les permitían a estas personas salirse con la suya. Siempre había inescrupulosos dispuestos a hacer algo de dinero por mirar hacia otro lado y saltarse las regulaciones y, lamentablemente, todo dejaba algún rastro en papel si, como siempre decía Makar, sabías dónde mirar.

Lo triste era que, como en el caso de Amparo y en muchos más documentados por la historia, eran estos pequeños facilitadores los primeros en caer porque no contaban con recursos como costosos abogados que demoraran procesos, contadores que le dieran a todo una apariencia de normalidad, o aviones privados que los llevaran con poco tiempo de notificación a países sin tratado de extradición.

Por más triste que resultara, eran los actos de estas personas los que proporcionaban la mayor cantidad de evidencias porque no sabían cómo cubrir sus rastros.

—¿Te perdiste camino al baño?

Volteé sobre mi hombro ligeramente sobresaltada para encontrar a Makar parado en la puerta.

—No estoy segura. Encontré mucha mierda aquí.

—¿Con esa boca me besas?

—Y hago otras cosas que también te gustan.

Sonrió y entró a la habitación.

—Tenemos suficiente. No necesitas arriesgarte así.

—Nunca es suficiente —dije desconectando el dispositivo USB del portátil y poniéndolo en mi bolso—, más si no podemos atraparlos cargando paquetes de droga a su barco.

—Ya me encargué de eso.

—¿Qué?

—No aquí, no ahora.

Me estrechó contra su cuerpo casi con violencia y comenzó a besarme como si no hubiera mañana, una de sus manos llegando hasta el borde de mi vestido y subiendo por la cara interna de mis muslos. Me levantó un poco hasta poner mi trasero sobre la mesa, justo al lado del portátil, y no pasó desapercibido su gesto descuidado de cerrarlo.

Su mano estaba tan cerca de ese punto que normalmente me hacía perder todo raciocinio, pero extrañamente no llegaba a destino, sino que se quedaba jugando en la periferia.

Comencé a desabotonar entonces su camisa blanca y aproveché para ver por encima de su hombro. Alberto estaba de pie en el mismo lugar donde Makar había estado unos minutos antes. Obviamente que hice todo el espectáculo que requería un caso así, gritando el nombre de Makar, quitando las piernas de su cintura y pidiéndole que parara. Todo en cinco segundos.

—Por mí, no se detengan —dijo Alberto entrando en la habitación y sentándose en un butacón mullido—, solo voy a ponerme más cómodo para disfrutar del espectáculo.

Makar se incorporó, ajustó sus pantalones que no necesitaban mucho ajuste porque allá abajo nada había ocurrido, y enderezó su camisa antes de voltear.

—Eres un perverso, Alberto.

—Es mi casa —dijo el menor de los Ramírez con una sonrisita.

—Técnicamente no, no lo es.

—Se me ocurre que el día de tu viaje de pesca con Martín —continuó Alberto con expresión presumida—, puedes dejar a Viola aquí con nosotros. Tú sabes, para que no esté sola.

—¿Aquí, contigo? —Makar levantó las cejas.

—Y con Amparo y todo mi personal de seguridad.

—No hace falta —intervine sonriendo tímidamente—. Puedo ir con Makar.

—¿Estás al tanto de que no van precisamente a pescar? —me preguntó Alberto sonriendo de lado.

—Ya basta. —Makar silenció a Alberto con una de sus gélidas miradas—. Mi mujer se queda en su casa.

—¿Solita? —insistió con una mueca burlona que parecía un puchero.

—Estoy acostumbrada —intervine.

—Y sabe cuidarse —completó Makar tomándome de la mano y guiándome fuera de la habitación sin mirar atrás.

—Trama algo —le dije en voz baja mientras regresábamos a la piscina.

—Probablemente, o tal vez solo quiere encabronarme. Lo averiguaremos tarde o temprano.

—¿Cuándo es el viaje?

—En tres días.

Lo miré horrorizada.

—Demasiado pronto.

—Sabíamos que no nos iban a avisar con antelación.

## Capítulo 21

—Repite el plan, por favor —insistí por enésima vez.

—Viola, pareces una mamá mandando a su hijo a la escuela por primera vez.

Makar terminó de abotonar su camisa.

—¿En serio piensas en mí como si fuera tu madre? —pregunté cruzando los brazos sobre el pecho en una posición muy parecida a la que tenían mis piernas debajo del vaporoso vestido verde oscuro que ocupaba un buen espacio a mi alrededor y hacía contraste con el edredón blanco que cubría la cama.

Makar se me quedó mirando unos segundos con los ojos muy abiertos, la mano detenida en el botón del puño de su camisa. Luego sacudió la cabeza como quien quiere espantar una visión horrorosa.

—No lo dije en ese sentido.

—Eso espero.

Dejé mi cómodo asiento en la cama, me acerqué a él y terminé de abotonar sus puños. Aunque en abstracto me hubiese parecido que era una tarea que acometería una mujer que no tenía nada que ver conmigo y que, en el pasado, hasta me hubiese hecho poner los ojos en blanco, por alguna razón la acción se sentía natural e incluso mucho más significativa e íntima que desvestirlo.

Al terminar, pasé las manos por su camisa para asegurarme de que no hubiese ni una sola arruga y levanté la vista.

«Ahora ve y busca la plancha. Después puedes revisar que lleva los lápices», pensé y sonreí al recordar que, en este caso, «lápiz» era el sinónimo perfecto del micrófono camuflado con forma de bolígrafo.

Makar me miraba curioso, más no alarmado. Se inclinó y me dio un suave beso en la mejilla.

—Todo va a salir bien —dijo y esbozó esa sonrisa un tanto gamberra que era toda confianza.

—Repite el plan —insistí dando un par de pasos atrás, poniendo una distancia que necesitaba para sentirme profesional.

—Iré hasta la marina, zarparé en el yate con Martín y me comportaré como lo he hecho todo este tiempo —recitó con cara de fastidio—. La DEA abordará el yate al momento en que estén subiendo la droga. Debo actuar sorprendido, sacar mi arma, actuar como si no lo esperara, incluso tratar de escapar. —Puso un rostro de exagerada y fingida sorpresa para luego encogerse de hombros—. Nos detendrán a los dos, para hacer creer a los colombianos que no tengo nada que ver con el asunto, pero nos mantendrán separados. —Fue hasta la mesa de noche, tomó su arma y la revisó—. El yate será trasladado al muelle nuevamente y la operación seguirá su curso, conmigo como rostro visible por parte de los narcos, hasta que tengamos también a los distribuidores con las manos en la masa. —Puso el arma en la cinturilla de sus vaqueros—. ¿Lo recuerdo todo correctamente?

—Sí. No improvises y no trates de ser un héroe.

—Nunca —dijo con horror—. Recuerda que por definición soy el villano. —Me guiñó un ojo y tomó su americana—. ¿Qué hay de ti? ¿Recuerdas tu plan?

—¿Es tan complicado! —repliqué poniendo los ojos en blanco—. No puedo salir de aquí y mucho menos ir a las oficinas de la DEA a monitorear el operativo desde allá porque los hermanos tienen gente vigilando el edificio, así que me tocará hacer palomitas de maíz y ver una película mientras espero que regreses, eso si no muero antes, probablemente asfixiada por todas las cosas que quiero decirle a la DEA que está haciendo mal.

—¿No confías en la agente Rivera?

—No confío en nadie si se trata de tu seguridad.

—No sé si sentirme honrado u ofendido.

—Tus sentimientos no tienen nada que ver y, definitivamente, no afectan el cómo me siento yo.

—Es la historia de nuestra vida en común —dijo en medio de un suspiro—. Sin embargo, te recuerdo que he vivido con bastante éxito durante más de cuarenta años sin que el FBI se preocupe por mí. —Pareció pensarlo un momento—. Tal vez es precisamente por eso.

—Sí, tal vez —concedí, no sé por qué—, pero ahora tienes al FBI, a la DEA y a los narcos respirando sobre tu hombro y tú tienes una manera muy particular, por no decir arriesgada, de hacer las cosas.

—Una manera que funciona. —Se señaló el cuerpo con las manos—. A las pruebas me remito. Además, llevo a Anatoly conmigo.

—Anatoly es tu empleado. Hace lo que le dices.

—Tal vez debería contratarte, así harías lo que te digo. —Me guiñó un ojo.

—Sigue soñando.

—Ven aquí —dijo abriendo los brazos, una invitación. Me resistí unos segundos, porque si no puedes tener dignidad al menos puedes fingirla, y Makar levantó una ceja—. Sabes que quieres hacerlo. No te resistas a tus peores impulsos.

Recorrí los tres pasos que nos separaban, aunque lo hice con cara de fastidio, pasé mis brazos por su cintura y descansé mi cabeza sobre su pecho.

—Lo hago solo porque siento que necesitas uno de mis abrazos para darte seguridad —dije y lo escuché reírse bajito.

—Como sea que quieras justificarlo. —Sentí sus labios en el tope de mi cabeza—. No salgas, Viola, no le abras la puerta a nadie...

—¿Ahora quién parece una mamá?

—Mucho menos a Alberto Ramírez —continuó—. Sabemos que trama algo y que se quedará en tierra. No hay que ser muy inteligente para intuir que puede venir a por ti.

—Déjalo que lo intente —dije levantando la vista y encontrándome con ese enorme cielo azul que eran sus ojos y que esa noche estaban más claros que nunca—. Desde que lo conocí tengo ganas de patearle el trasero.

—Llegado el momento no trates de patearlo, pon una bala en su cabeza. Es más seguro así. En la caja fuerte —dijo señalando con la cabeza el lugar—, hay un pequeño arsenal. Confío en tu puntería.

—No soy John Wick.

—No, eres la asesina de Bambi, lo que es mucho peor.

Los dos nos reímos un poco hasta que el sonido se extinguió y quedamos así, abrazados, pero con el peso de la gravedad manteniéndonos en la tierra cuando ambos lo que queríamos era salir

volando.

—Regresa en una sola pieza, Makar Volkov.

—Ese es el plan. Voy a estar contigo cuando esto termine. Ya lo decidí.

Eso sonaba a una promesa de doble sentido. Uno a corto plazo, directa e inmediata, y se refería a cuando regresara tras la detención de los colombianos; y la otra que hablaba de ese futuro que planeó sin mi permiso y que ya yo no necesitaba rebatir cada vez que lo mencionaba como si fuese una cuestión de honor, aunque eso no significaba que lo aceptara del todo. Simplemente, ya no existía ese rechazo exagerado ante la mera noción.

—Claro —prosiguió Makar—, sería un gran incentivo si, por alguna vez, pusieses en palabras todos tus profundos y maravillosos sentimientos hacia mí. Eres psicóloga, sabes que es liberador.

—¿Quieres que te diga que te quiero?

—Si no es mucha molestia.

—Hagamos un trato: regresa enterito y te escribiré un poema.

Sin previo aviso, los labios de Makar descendieron sobre los míos. Fue un beso duro, sin romanticismo o ternura, una especie de sello a un pacto tácito, y me entregué a ese beso como si no hubiese un futuro posible en el que nuestros labios volvieran a encontrarse porque eso era lo que demandaba la desesperación de saber que el tiempo se agotaba y que estábamos demorando lo inevitable con una conversación sobre poemas, planes y armas guardadas en una caja fuerte.

Una mezcla entre el romanticismo y la crueldad del mundo en el que ambos transitábamos, un resumen de lo que éramos y que, probablemente, no volveríamos a ser, al menos no juntos.

Los golpes en la puerta impidieron que las cosas escalaran hacia algo para lo que tampoco había tiempo.

Tiempo... o, mejor dicho, su ausencia.

Nunca hubo mejor representación del término que la de esos relojes de arena cuyos granos caen impulsados por la inevitabilidad de las leyes de Newton, que te hacen contener la respiración cuando solo quedan unos pocos deslizándose por ese pasaje angosto acercándonos al inexorable final. No hay nada más desolador que ver el cristal superior vacío porque un tiempo que termina no es otra cosa que un fin, la ausencia de algo; bueno, malo, placentero o terrible, pero que su falta siempre dejará un vacío.

Así me sentía.

—Señor —insistió la voz de Anatoly al otro lado de la puerta—. Es hora.

—Voy.

Los brazos de Makar dejaron de estar en torno a mi cuerpo y aunque yo estaba todavía allí a centímetros de distancia, respirando el aliento que salía de su boca, perdida sin angustia en el azul de sus ojos, sentí el frío de su ausencia como si ya se hubiese ido y en un movimiento instintivo tomé su mano, como si fuese el último grano de arena cuya caída inevitable demoraba solo para no ver el curvo contenedor que representaba mi vida totalmente vacío.

Así, sin dejarlo ir hasta que no fuese estrictamente necesario, salimos de la habitación. Anatoly esperaba ya en la puerta del apartamento y la abrió en lo que vio que nos aproximábamos.

Makar llevó mi mano, esa que todavía tenía entre las suyas, hasta sus labios.

Una despedida.

—Esto es rutina, Viola; un paseo en un yate con un inversionista poco escrupuloso. Lo he hecho más veces de las que alguna vez admitiré y tú eres una agente del FBI que, de seguro, ha estado en situaciones mucho más peligrosas que esta. No te preocupes y en menos de lo que te imaginas estaré de vuelta.

—Vale —dije convocando la más confiada de mis sonrisas porque era una mentirosa experta. Luego me empuñé un poco y le di un breve beso en los labios.

—La contraseña de la caja fuerte es la fecha de tu cumpleaños —dijo contra mi boca.

Luego simplemente se dio la vuelta y salió sin mirar atrás.

La puerta se cerró finalmente dejando un silencio a mi alrededor que nada tenía que ver con estar sola en ese enorme *pent house*, sino con esa realidad inevitable de que el último grano había caído finalmente.

«Bájale al drama, agente Calhoun», me reprendí mentalmente porque necesitaba moverme y dejar de ver la puerta cerrada, y no hay nada mejor para sacudirte el manto de heroína de culebrón que un regaño de tu perra interior, esa que todas tenemos y a la que siempre recurrimos en momentos de emergencia. «Tu padre es un almirante de la armada que pasa la mayor parte del año en un acorazado sin que su familia sepa dónde está o cuándo volverá, y tu hermano es un marine que ahora mismo está en Siria peleando una guerra. Esta vida ha estado contigo desde que eras niña y nunca antes perdiste una noche de sueño por eso ni tampoco dejaste los ojos pegados en una puerta cerrada inventando símiles dignos de una canción».

Pensé en mi madre y, por primera vez en muchos años, la admiré profundamente. Su calma y aplomo para criar a dos hijos sola en Tennessee sin dar nunca ninguna indicación de miedo o peligro inminente, sin que ni Sebastian ni youviésemos que soportar alguna dramática despedida o presenciar algún tipo de depresión producto de la preocupación. Incluso ahora, manejaba con clase y sin ningún tipo de histeria que sus dos hijos arriesgaran la vida a diario.

Necesitaba llamarla, pronto, y confesarle mi eterna admiración porque esa mujer, que llevaba su vida social en una agenda y preparaba las cenas más deliciosas sin ensuciarse la ropa ni despeinarse, tenía nervios de acero. En comparación, yo era una aficionada.

Una prueba más de que el carácter y el espinazo de hierro no tenían nada que ver con la profesión ni con el aspecto, que había muchas formas de patearle el trasero a la vida y que no siempre se necesitaban clases de jiu-jitsu o poseer un porte de armas para ello.

Aunque tenía que reconocer que mis nervios actuales, esos que habían tomado residencia en mi estómago y que parecían decididos a no abandonarme, no se debían únicamente al peligro que podría enfrentar Makar en el yate con Martín Ramírez porque, objetivamente, los riesgos no eran muy altos, era una operación controlada, y Makar Vólkov no era un jovencito inocente atrapado por las circunstancias. En el fondo sabía muy bien que el pánico que me secaba la boca se generaba por el conocimiento de que en lo que este asunto terminara debía tomar una decisión que cambiaría el resto de mi vida y todavía no tenía idea de cuál sería.

Había estado ensayado en mi mente para ambos escenarios posibles: en uno mandaba todo al demonio y me quedaba viviendo feliz con Makar por el resto de mi vida en algún rincón del mundo desde donde se viera el mar desde la ventana y pudiésemos salir a navegar cada vez que nos diera la gana, y en otro le dejaba claro al delincuente ese que lo nuestro era imposible porque yo era una agente de la ley y sin despeinarme regresaba a Washington a continuar con mi vida. El martes la primera opción era la que más me hacía feliz, pero el jueves la segunda era la más lógica, y así iba, variando de opinión cada dos o tres días sin que nada inclinara la balanza definitivamente hacia alguno de esos escenarios.

¿Era realmente necesario más tiempo para tomar una decisión? ¿Estaba acaso esperando una señal divina? ¿Una respuesta que apareciera milagrosamente en forma de figura en una rebanada de pan tostado? Porque ya tenía migrañas de tanto pensar, había estado viviendo en un lugar desde donde podía ver el cielo claramente, residencia presunta de la divinidad, y mi consumo de pan

aumentó dramáticamente, pero nada parecía manifestarse.

«Primero, lo primero», pensé porque, tal vez, después de esta noche, no habría necesidad de decidir nada y el ciego optimismo nunca había sido lo mío.

El asunto con los colombianos todavía no estaba resuelto y ninguna operación era totalmente segura por más que uno intentara cubrir todos los posibles imprevistos.

Me senté en el sofá y saqué el teléfono.

—¿Llegaste? —dije sin esperar ni un saludo.

—Aterricé en Miami hace un par de horas —respondió Sam en voz baja mientras un barullo se escuchaba al fondo—. Ya estoy en la oficina de la DEA con un puesto privilegiado en la sala de control.

—¿Cómo lo tomó la agente Rivera?

Poco a poco el ruido de fondo fue desapareciendo por lo que no era difícil intuir que Sam había salido de donde fuera que estuviese metido.

—En teoría es una operación conjunta, no pudo decirle que no al jefe.

—¿Y cómo va todo?

—Según el plan: Volkov va camino al muelle, Martín Ramírez ya está en el lugar. Hay personal del FBI allí al igual que en los barcos de la DEA que abordarán el yate, y también envié un par de agentes a vigilar tu calle. En lo que zarpen, se hará monitoreo satelital del progreso de la embarcación.

—¿Alberto?

—Tenemos conocimiento de que está en su casa, pero no tenemos vigilancia cercana para no levantar sospechas. Es una urbanización privada y colocar agentes dentro, eventualmente, podría llamar la atención y mandar todo a la mierda.

—Nos dieron muy poco tiempo —dije pasando la mano por mis cabellos.

—Sí, me hubiese gustado organizar una fiesta en el *pent house* con unos cuantos agentes mezclados entre los invitados. Así no estarías sola y sería más difícil que los colombianos pudieran llegar hasta ti; también hubiese sido una buena idea enviar uno de los nuestros con Volkov pasando como guardaespaldas, pero la DEA no movió el trasero con rapidez.

—A Rivera nunca le ha importado nuestra seguridad, solo quiere sus narcos, su droga y sus laureles.

—Es la Amanda de tu escuadrón suicida y, por supuesto, Volkov es el guasón y tú eres Harley Quinn.

—¡Gracias por compararnos con unos psicópatas codependientes! —bufé, pero sin volver a perder los estribos. Ese era Sam, mi amigo que siempre tenía un comentario un poco friki y así lo quería—. ¿Y tú quién serías en ese escenario?

—Soy Batman —dijo con una voz ronca y ligeramente amenazadora, una imitación casi perfecta de Christian Bale.

No pude evitar la carcajada. Siempre podía contar con Sam para aliviar cualquier tensión, era una especie de masajista del ánimo.

—Eres el ñoño más sexy del FBI —dije, todavía entre risas.

—Claro que lo soy. Tengo un arma, se me marcan los abdominales y puedo recitar de memoria el juramento de los Linternas Verdes.

—«En el día más brillante, en la noche más oscura, ningún mal escapará de mi vista».

—Has aprendido tanto conmigo, mi pequeña Padawan —dijo con un suspiro divertido—, pero no se te marcan los abdominales.

—¿Me mantendrás informada de lo que ocurra en ese yate? —pregunté volviendo al tema porque la distracción era superficial y lo importante nunca dejaba completamente mi lóbulo frontal.

—Cada vez que haya alguna novedad, para eso vine —me aseguró también poniéndose serio—, pero sabes mejor que yo que esto puede tomar un tiempo. No te desesperes.

—¿Yo? ¿Desesperarme? —resoplé un poco indignada—. No es la primera vez que estoy al otro lado de la línea de acción.

—Y siempre lo has odiado, maniática controladora. Piensa que es una prueba que te manda el cosmos para ayudarte a ejercitar la paciencia.

—Toca lo que toca, ¿no?

—Pues sí, es mi filosofía de vida.

Terminé la llamada y allí estaba otra vez el silencio, inmenso e implacable a pesar del ruido de la calle, de la vida que seguía transcurriendo afuera, tan vibrante y despreocupada como la ciudad que la albergaba.

Siempre nos quejamos de que los días no alcanzan para nada, que las horas se escurren entre nuestros dedos sin que nos demos cuenta. Pues esa premisa se va a la basura cuando esperamos que el teléfono suene. Tres horas pueden parecer tres meses y mientras esperas puedes escuchar caer los granos de arena en el virtual reloj de cristal escondido en tu mente.

Tomé café, varias veces, me preparé un elaborado bocadillo que realmente no me apetecía y me obligué a comerlo entero, revisé la caja fuerte de Makar, previa sonrisa involuntariamente idiota al poner la contraseña y darme cuenta de que, sí, en efecto, era la fecha de mi cumpleaños, y me maravillé ante el pequeño arsenal que incluía armas largas con mira láser y hasta granadas.

«Un hombre que no guarda diamantes en la caja fuerte, sino una sucursal de Pietro Beretta S. p. A. y hasta eso lo encuentro encantador», pensé negando con la cabeza, cosa que no me impidió seguir explorando.

Hablando de los famosos fabricantes de armas italianos, había al fondo una preciosa Beretta Pico semiautomática, ligera y de solo cinco pulgadas de largo, la pistola ocultable por antonomasia. Obviamente la tomé prestada conjuntamente con un soporte para el muslo que me iba a las mil maravillas.

Definitivamente, probarse armas frente al espejo era la distracción perfecta para una chica como yo precisamente en esa situación, y fue lo único que logró que apartara la vista del teléfono por más de diez minutos seguidos.

A pesar del vestido vaporoso y la estilizada imagen que, incluso en ese momento, estaba obligada a utilizar para mantener mi coartada, ese pequeño ejercicio digno de una heroína de acción justo en la secuencia en la que se prepara para la batalla, me hizo sentir menos inútil y más confiada. Nunca la certeza de que tendría que tomar una decisión a la que le había estado huyendo se pareció más a la esperanza.

Eso hasta que finalmente el teléfono sonó.

## Capítulo 22

—Viola, tienes que salir de allí. Ahora.

Sam fue directo, profesional y, sin embargo, era mi mejor amigo, y así como él podía saber sin verme cuándo sonreía, yo podía escuchar perfectamente el pánico detrás de la frase que había escuchado con los más diversos resultados durante mi carrera.

—¿Qué pasó? —pregunté y esa incomodidad en el estómago que había estado conmigo a lo largo de las últimas horas, se convirtió, gracias a una sola frase, en una punzada aguda.

—Estás en peligro. Sal de ahí.

Esa no era una respuesta a mi pregunta y por regla general nada bueno proviene de una situación donde se contestan las preguntas concretas con evasivas.

—Hay un coche al final de la calle, es del FBI y no de la DEA. Ellos te traerán aquí —dijo y comenzó a recitar la marca y el modelo.

No le di tiempo de llegar al número de matrícula.

—¿Qué demonios pasó? —pregunté elevando la voz.

Me hubiese gustado ser la de siempre, conservar el control y la calma, seguir mis órdenes y preguntar después, pero todas mis habilidades, mi frialdad, puesta a prueba en numerosas ocasiones, parecían haberme abandonado poco a poco y recién me había dado cuenta de su ausencia.

—Todo iba según lo planeado —comenzó a explicar Sam sin perder ese toque nervioso que parecía navegar bajo sus palabras—. Volkov y Ramírez zarparon como estaba previsto. El intercambio comenzó, pero cuando abordamos el yate, no había señal ni de Ramírez ni Volkov. Es como si hubiesen desaparecido en alta mar.

—Eso es imposible —negué, mi voz llena de incredulidad—. El yate estaba siendo monitoreado por satélite.

—Hubo un momento oscuro, un agujero negro de diez minutos antes de que llegaran al punto de encuentro en el que todas las comunicaciones fallaron. No sabemos dónde están.

Por un momento me quedé de pie en medio de la habitación, la mente en blanco, todo a mi alrededor desapareciendo.

—Alguien filtró la información —dije en voz baja, mis neuronas trabajando a doble velocidad tratando de ponerse al día—, por eso escaparon.

—Eso me temo y por eso es que tienes que salir de ahí. Estás en peligro.

—Están allá afuera, en el mar —dije sin prestarle atención a sus advertencias, todavía tratando de armar un escenario que pudiera derivar en algún buen resultado—. No debe de ser difícil buscarlos con la cantidad de agentes en el área: está el FBI, la DEA y hasta la Guardia Costera...

—Rivera decidió no buscarlos —me interrumpió Sam.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tiene el yate, la droga y a los empleados de los Ramírez. Prefirió seguir con la operación, sin hacer mucho escándalo, para atrapar a los distribuidores y cerrar el caso con una incautación que acaparará titulares, en vez de con un fallo que podría apuntar a sus propios agentes.

—¿Va a dejar escapar a los Ramírez?

—Tiene suficiente evidencia contra los hermanos para perseguirlos por el resto de sus días.

—Pero, ¿y Makar? Es su informante y a los informantes se los protege. Si alguien filtró la información, está en peligro, mucho más que yo.

—Mi afirmación fue recibida solo por silencio.

—¿Qué? —insistí—. No creo que Rivera piense que Makar tiene algo que ver con la filtración de la información.

—No.

—Bien.

—Y no lo cree porque Anatoly Sokolov está muerto. Su cuerpo, con un balazo en la cabeza, fue encontrado en el yate junto al móvil de Volkov.

Recordé a Anatoly, su presencia constante, su rostro de piedra, su devoción hacia Makar. Tuve que apoyarme en una pared. Un operativo tan sencillo y cuidadosamente planeado no podía irse a la mierda de forma tan radical en diez minutos.

«¿Qué falló?», me pregunté. «¿Qué no vi?».

—Presumimos que los colombianos supieron quién era el informante —continuó Sam con esa voz desapegada que no podía engañarme—, por lo que Volkov también puede estar muerto, o lo estará muy pronto.

—No. No está muerto —insistí más para mí misma que para Sam.

—Viola, hay que ser realista.

—Lo soy. El cuerpo de Anatoly está allí, el de Makar no.

—Pueden haberlo echado por la borda para no dejar evidencia.

—¿Y el de Anatoly no es evidencia? ¿Por qué deshacerse de un cuerpo y dejar el otro?

—No lo sé. Podemos pensar todo con calma después, pero sal de allí, por favor —insistió Sam—. A estas alturas también pueden saber sobre ti y venir a buscarte.

«Calma» y «después» eran dos palabras que no existían en mi diccionario. No en ese momento.

—Voy en camino —dije fingiendo que era la de siempre. Todavía se me daba bien—, pero hazme un favor mientras llego: llama a la fiscal Lin. No le hará gracia que la DEA no se preocupe por un informante con el que su despacho hizo un trato, un informante de tan alto perfil. Dile que la noticia podría filtrarse a la prensa y empañar la reputación de la Fiscalía. No dejes que el rastro se enfríe.

—Cuenta con eso.

Terminé la llamada y por un momento me sentí tentada a dejarme caer en el sofá, pero no cedí. Si perdía tiempo, probablemente no volvería a ver a Makar con vida y ese era un pensamiento que no sentía deseos de entretener.

Me di el lujo de respirar un par de veces parada en medio del salón. Tenía que concentrarme, que hacer mi trabajo, conseguir un hilo del cual tirar hasta que me llevara al centro del laberinto. Era un laberinto muy grande, enorme, y el hilo era fino, de alta costura, casi que para bordar; pero eso no significaba que no estuviese allí.

El teléfono sonó nuevamente y di un respingo. El aparato todavía estaba en mi mano, no lo había soltado. Miré la pantalla y el número era privado. Esa ausencia de identificación sirvió para que mi estómago cayera nuevamente hasta el infierno y luego saliera volando por los aires en el

corto espacio de un par de segundos.

—Hola —respondí como si no tuviera una preocupación en la vida.

—Hola, Viola.

La voz, con un pensado acento ruso convocó un rostro y esa imagen mandó una especie de frío por toda mi espina dorsal, como si alguien hubiese pasado un pedazo de hielo por el medio de mi espalda, y el escalofrío se extendió por mi piel sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—¿Arseny? —pregunté y no tuve que fingir la sorpresa en mi voz.

—¿Dónde carajos está mi hermano?

—¿Cómo...? —Sacudí la cabeza para aclararme. Arseny Vangushin estaba en prisión esperando juicio y la fianza le había sido negada—. ¿Dónde estás tú, Arseny?

—En el mismo lugar en el que usted me puso, agente Calhoun; pero no crea ni por un segundo que eso detiene a un hombre como yo. Ahora, ¿mi hermano?

—No sé qué respuesta esperas de mí.

—¿Vamos a jugar a este juego? —preguntó con incredulidad—. Bien. Martín Ramírez tiene a Makar, lo sacó del yate cuando se enteró de que iban a ser abordados porque alguien en la DEA tiene la lengua muy larga y los bolsillos muy profundos, y tus estúpidos colegas los dejaron escapar.

—Sabes más que yo.

—Eso no lo dudo.

—¿Cómo...?

—Porque la DEA tiene más de un agente con la lengua larga y los bolsillos profundos —dijo y sonaba a punto de perder la paciencia—. Ahora, ¿qué vas a hacer para encontrarlo? Ramírez va a matarlo cuando se dé cuenta de que todos los indicios apuntan hacia Makar.

—Si sabes tanto, Arseny —respondí irritada, con Arseny, que no tenía por qué estar haciendo llamadas de forma tan libre desde prisión, sí, pero también con todos esos indicios que olían a traición; porque esta vez era mi gente, mi sistema, los que estaban poniendo en peligro a Makar—, por qué no me dices dónde está para ir a buscarlo o, mejor, mandas a tus amiguitos de la Bratva a rescatarlo.

—No podemos interferir, no podemos parecer ni siquiera medianamente implicados en la caída de los Ramírez si no queremos repercusiones desde Colombia. Ese fue el trato.

—¿Qué trato?

—Le dije que no fuera imbécil —prosiguió Arseny sin notar siquiera mi pregunta. Tal vez simplemente no quería responderla—, que no valías la pena, que involucrar a la DEA y al FBI era una sentencia de muerte, pero es un romántico estúpido e insistió en que tenía que verte a los ojos y saber si todo había sido mentira.

Contuve la respiración. Finalmente tenía todas las piezas y solo me hacía falta un momento de calma, apartarme de la situación, para poder ponerlas en el lugar preciso y poder ver la pintura en detalle.

¿Tenía tiempo para ello?

¿Era importante ahora cuál fue el plan? ¿Las razones de Makar para hacer lo que hacía?

—Dime, Viola Calhoun —prosiguió Arseny—, ¿no merece mi hermano un poco de colaboración de tu parte después de que puso todo en la línea solo por ti?

—¿Por mí? —respondí terca. Algunas veces la verdad puede bailar ante tus ojos y aun así te niegas a aceptarla. Nos han dicho tantas veces que los sentimientos engañan, que nublan tu mente y te hacen creer lo que esperas, que necesitamos saber los hechos, escuchar las palabras, como si

las palabras y los hechos no pudieran mentir, como si lo dicho por otros valiera más que lo que sabemos y sentimos—. Sé bien que este asunto con los colombianos fue puesto en marcha cuando yo todavía estaba en San Francisco, que la Bratva está detrás, aunque pretende no querer nada con Makar, solo para atraer a los narcos y quedarse con el negocio en Miami.

Lancé el anzuelo.

—Él siempre dice que eres la mujer más inteligente que ha conocido, pero yo nunca pude verlo —suspiró frustrado—. Makar ideó todo este asunto con los Ramírez cuando creía que tú eras la mujer de su vida y lo ofreció como forma de pago para comprar su retiro y así poder darte una vida limpia: Miami y San Francisco compartirían las ganancias de un negocio muy productivo, sin competidores a la vista, y la parejita feliz se mudaría al sur de Francia a tener una vida tranquila. ¡Idiota! —El chasqueo de su lengua fue tan fuerte que se escuchó de forma clara a través del teléfono—. Una vez que nos dimos cuenta de la perra traidora que eras, ya todo estaba demasiado avanzado para detenerlo. Pensé que se quedaría y manejaría los recursos, que agrandaría su cuenta bancaria producto de este negocio tan lucrativo y con el tiempo te encontraríamos para hacerte pagar tu traición, ¡pero no! Cambió el plan inicial de entregar los datos sobre el lavado de capitales de los colombianos a la Oficina del Tesoro de forma anónima por el de ir a la Fiscalía, solo para encontrarte, para verte una vez más. Mi hermano será asesinado por amor y tú serás la única culpable. ¿Lo más triste? Ni siquiera te importa. No sientes ni un ápice de remordimiento porque para las personas como tú la vida se vive en blanco y negro y todo se resume a quiénes son los buenos y los malos.

—No eres precisamente tú quien puede darme lecciones de moral, Arseny Vangushin.

—Créeme, estás bien jodida en ese departamento cuando alguien como yo siente la necesidad de dártelas y, además, tiene razón, puta traidora y vengativa.

—No te atrevas a llamarme de esa forma.

—No te importó Makar antes y mucho menos te importa lo que le pase ahora. Mi pobre hermano no significa nada para ti más que una oportunidad de brillar en tu carrera.

—¡Yo amo a Makar y me iría con él hasta el fin del mundo! —grité e inmediatamente quise tragarme mis propias palabras, no porque no fueran reales, sino porque no quería admitirlas en voz alta por primera vez precisamente hablando por teléfono con Arseny Vangushin, menos cuando el objeto de ese amor podría estar muerto y las palabras harían más daño que bien.

—Encuétralo —dijo y su voz había perdido toda belicosidad. Más bien parecía una plegaria.

—No sé por dónde comenzar —grité frustrada.

—Anatoly —sugirió.

—Anatoly está muerto. ¿No se supone que lo sabes todo?

—¿Y no se supone que tú, pequeña espía, deberías saber que Makar pone un rastreador a todo su personal de seguridad?

—El cuerpo de Anatoly se quedó en el yate. Debe de estar ahora en la marina o camino a la morgue.

—¿Estás segura?

La comunicación se cortó sin ningún tipo de despedida y aunque sabía que debía salir de allí, que tendría más seguridad y mejores recursos en la oficina de la DEA, no pude evitar que mis piernas me llevaran hasta la mesa donde reposaba el portátil de Makar.

Me pareció que demoraba todo el tiempo del mundo en encender y más todavía para iniciar la aplicación que me había enseñado a usar, por razones de seguridad, en tiempos mucho más idílicos, aunque menos sinceros, de nuestra relación.

Todas las esperanzas que tenía se fueron al suelo cuando el punto rojo que marcaba el lugar en el mapa del rastreador de Anatoly permanecía en un mismo lugar, tan inmóvil como de seguro estaba el cuerpo del gigante ruso con su cara de pocos amigos.

Por culpa de Arseny me permití tener esperanzas, imaginé ese punto rojo moviéndose indicándome el camino a seguir.

Para reírme de mí misma, abrí el mapa en el lugar donde el punto rojo indicaba y por culpa de esa decepción que amenazaba con tragarme toda, y también porque no era una experta en Miami, me tomó unos minutos darme cuenta de que, si bien no se movía, no estaba en la marina, tampoco en el centro de la ciudad. Después de comprobar varias veces, me reí.

—Brillante y astuto hijo de puta —dije en voz alta.

Tomé nuevamente el teléfono.

—¿Por qué no estás en el coche con los agentes? —respondió Sam antes de que pudiera decir una palabra—. Si no bajas ya, voy a hacerlos subir por ti.

—El puerto de Everglades. Ese es nuestro cordel para comenzar a tirar.

—¿De qué hablas?

—Makar pisó Miami nuevamente y allí termina el rastro.

—¿Cómo lo sabes?

—Te cuento cuando llegue. Mientras tanto, investiga si los Ramírez o alguno de sus testaferros tiene alguna propiedad en esos muelles. Voy saliendo.

Terminé la comunicación y, con una ligereza que mis pasos no tenían antes, fui hasta el ascensor. Todavía no había suficiente tiempo, tampoco una pista muy certera, pero al menos estaba en movimiento, tenía un plan, estaba haciendo algo y eso era mejor que estar sentada esperando que otros decidieran qué era lo mejor.

No había puesto la llave en el ascensor, cuando la puerta se abrió.

—¿A dónde crees que vas?

Alberto Ramírez entró al apartamento seguido de tres de sus guardaespaldas, esos que no tenían ningún tipo de discreción al mostrar sus armas largas colgadas en sus hombros.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté—. ¿Quién te dio la llave?

—Makar me la dio, por supuesto. —Me enseñó la llave magnética, esa que en la parte inferior izquierda tenía el número asignado a Makar—. Me pidió que viniera a por ti.

A pesar de la mentira evidente, gracias a ella pude constatar que, en efecto, Martín y Makar habían regresado a Miami en vez de escapar a las Bahamas porque Alberto se había quedado en tierra y Makar tenía todas sus pertenencias, llave incluida, cuando subió al yate. Además, al afirmar que Makar le había pedido que viniera por mí, me dejaba claro que todavía no tenían ni idea de mi verdadera identidad: Si supieran que era una agente del FBI me matarían allí mismo o no intentarían algún subterfugio para llevarme por las buenas.

—¿Por qué? —pregunté siguiéndole el juego, intentado obtener algo más de información—. ¿Qué pasó?

—¿No lo sabes? El viaje de pesca se fue a la mierda, la DEA intervino. La calle está llena de agentes, es cuestión de minutos que vengan a por ti. Tenemos que salir del país.

—¿Cómo entraste sin que te vieran?

—Tengo las llaves magnéticas y los códigos de acceso. Entré por el garaje.

—¿Dónde está Makar? ¿Por qué no vino él?

—No puede ser visto en esta parte de la ciudad, por eso me pidió que te llevara con él. —Alberto tomó mi brazo de una forma no del todo delicada—. Vamos de una vez.

Obviamente era una trampa.

Desgraciadamente era una en la que no podía evitar caer. Si me negaba, con seguridad emplearían la fuerza; si seguía ganando tiempo con preguntas que no tenían ninguna respuesta sincera, Sam cumpliría su amenaza y un agente del FBI subiría y eso me haría responsable de su muerte.

—Vale, no hace falta emplear la fuerza —respondí mirando indignada el punto donde me tenía sujeta—. Déjame tomar mi bolso.

—No hará falta. Incluso deberás dejar tu teléfono para mayor seguridad.

Uno de sus hombres, tomó el teléfono de mi mano y lo desarmó.

—Lo lamento mucho, Viola —dijo Alberto—. Sé que te puedo parecer brusco y me disculpo, pero estoy seguro de que no entiendes la gravedad de la situación. —Sonrió un poco tratando de parecer calmado y encantador. No lo creí ni por un segundo—. Vamos a llevarte con Makar.

Sonreí de vuelta esperando que, al menos eso, fuera verdad.

## Capítulo 23

Salimos por el garaje en un coche discreto de vidrios tintados. Vi al agente del FBI descender del vehículo que Sam había mencionado y dirigirse hacia la entrada del edificio. Aunque no podía sonreír abiertamente, lo hice en mi mente, aunque con un poco de tristeza.

Mi mejor amigo era un hombre de palabra y el mejor compañero de trabajo que podía tener. Esperaba volverlo a ver en algún momento para decírselo.

—Estás muy callada —me dijo Alberto cuando ya llevábamos un buen rato en la vía.

—Todo esto es muy extraño. Estoy preocupada.

—¿Asustada?

—¿Debo estarlo?

—No, para nada.

—¿Dónde está Amparo? —pregunté porque si iba a estar en un coche con él, mejor aprovechaba el tiempo para conseguir un poco de información en caso de que no muriera y pudiera utilizarla después.

—Ella sabe qué hacer en estas circunstancias. Dejó la casa primero que yo.

—¿La usaste como señuelo? —pregunté y no tuve que fingir horror.

—Si la atrapan, la detendrán por unas horas, unos días como máximo; tendrá asistencia legal y no está obligada a testificar contra su esposo. Por lo demás, no tienen nada contra ella.

«Salvo todas las propiedades en este país que no puede justificar y que la vinculan directamente con la legitimación de capitales», pensé lamentando que mi advertencia hubiese llegado demasiado tarde.

—¿Qué me hace diferente? ¿Por qué arriesgarte para ir a buscarme?

—Tú no has sido... —buscó la palabra—, instruida sobre qué hacer en casos de emergencia y no estás casada con Makar. Además, el ruso te necesita.

—¿Dónde estamos? —pregunté mirando a mi alrededor mientras mi corazón se saltaba un par de latidos al ver los barcos a lo lejos y los contenedores apiñados.

—El puerto de Everglades es menos concurrido que el de Key Biscaine.

Por puro entrenamiento evité que mi rostro moviese aunque solo fuera un músculo, pero tener la razón al menos en esto era como una pequeña vela en una noche oscura. Objetivamente sabía que Makar podía estar muerto, que cuando llegara a mi destino podría estar muerta también, que realmente no sabía por qué Alberto Ramírez me buscó; sin embargo, finalmente la fría calma por la que había rezado, esa que me acompañaba cuando estaba encubierta, regresó y, analizándolo todo fríamente, no era la peor situación en la que había estado. De una cosa estaba segura: Alberto desconocía cuál era mi trabajo, quién era en realidad, por eso no me había registrado, porque pensaba que solo era una niña rica con un novio peligroso. Eso era un punto en mi favor.

—¿Nos iremos en barco? —pregunté inocente.

—Esa es la idea.

El coche se detuvo y uno de los matones abrió la puerta.

—Por aquí —me indicó Alberto, tomando nuevamente mi brazo.

Me condujo hasta lo que parecía ser un gran contenedor de metal. Los tres guardaespaldas de Alberto se unieron a los dos que custodiaban la entrada y nos abrieron la puerta, dejándonos entrar.

Alberto se adelantó y la puerta se cerró tras nosotros.

—Te tomó mucho tiempo llegar aquí —dijo Martín que estaba de espaldas, sin camisa, casi al final del contenedor.

En lo que se volvió pude ver lo que se escondía detrás de su cuerpo y el horror me hizo dudar entre correr hacia adelante o intentar salir de allí porque había llegado demasiado tarde.

Makar estaba colgado por los brazos por sendas cadenas soldadas al techo del contenedor, sus pies de casualidad tocaban el suelo y su rostro y su cuerpo eran un amasijo rojo.

Di un paso al frente, luego otro hasta que la mano de Alberto en mi brazo impidió mi avance.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Martín consternado. Fue solo en ese momento en el que me fijé en el bate de béisbol ensangrentado en su mano.

—Pensé que su presencia ayudaría al ruso a hablar, ya que tus técnicas usuales no han tenido éxito —respondió Alberto—, y me demoré porque tuve que esperar a que Ricardito recobrara las llaves de Makar y me las llevara para poder ir a buscarla.

—¿Eres idiota? —preguntó Martín levantando la voz. Dio unos cuantos pasos hacia nosotros y pude ver que también sus manos estaban llenas de sangre—. ¿Olvidaste quién es ella? —Por un momento mi cuerpo se tensó—. ¿Quién es su padre? ¿Su familia? Ahora, además de la DEA, tendremos hasta el puto Pentágono detrás de nosotros. Si no te quisiera tanto, podría matarte ahora mismo.

Makar levantó la cabeza y abrió los ojos, al menos lo intentó porque la hinchazón era bastante y se iba a poner peor. No había llegado tarde, todavía tenía tiempo.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté mirando directamente a Martín.

Intenté avanzar, pero Alberto me lo impedía. Le lancé una mirada asesina y me sacudí.

—Suéltala —dijo Martín—, ¿o temes que se te escape aquí?

—Tu novio —dijo Alberto sin hacerle caso a su hermano. Por el contrario, me haló violentamente hasta que no me quedó más remedio que mirarlo directamente a la cara. Al menos, gracias a los tacones estábamos a la misma altura—, nos traicionó. Es un puto soplón de la DEA.

—¿Qué? —pregunté haciéndome la perpleja—. ¿Estás loco? —Vlteé a ver a Martín—. ¿De dónde sacaste semejante tontería?

—Pedroza nos avisó —dijo Alberto—, y tuvo razón. La DEA abordó el yate en medio del trasbordo.

—¿Pedroza? —pregunté sin dejar de mirar a Martín y volví a sacudir el brazo. Esta vez, Alberto me soltó—. ¿El investigador de, déjame pensar, la DEA? Conveniente.

—Pedroza trabaja para nosotros —insistió Alberto.

—Y es bien conocido por nunca traicionar a su empleador —dije sarcástica mientras me acercaba a Martín—. Nunca ha sido acusado de entregar a un narco a las autoridades cuando le conviene.

—Le pagamos bien —insistió Alberto a mi espalda.

—¿Por qué te traicionaría Makar? —le pregunté a Martín mirándolo a la cara—. Ya no tiene a la Bratva y necesita un nuevo socio. ¿Qué crees que le convenga más, aliarse con ustedes o con las

autoridades? Traicionarlos a ustedes —continuó mientras pasaba a Martín y me acercaba a Makar. Ahora tenía a los dos hermanos en mi campo de visión y a Makar tras de mí, lejos de ellos, mi cuerpo sirviendo de escudo—, para trabajar con la DEA es lo menos inteligente que podría hacer, y si investigaste bien sabrás que Makar Volkov es brillante, no hace apuestas estúpidas. —Vi la duda en el rostro de Martín—. En cambio, Pedroza, es del tipo que, si se ve atrapado contra una pared, sin dudar los entregaría para evitar que la DEA descubra sus manejos y lo mande a la cárcel, y culparía en el proceso a cualquiera que a Alberto no le gustase para escapar sin problemas. No negarás que encaja perfectamente en su modus operandi usual.

—No la escuches —dijo Alberto—. Vamos a acabar con este ruso traidor y nos llevamos a Viola. Seguro que podemos negociar algo con su padre.

Lo miré con pena e hice una mueca antes de volver a concentrarme en Martín.

Estaba comprando tiempo, más allá de eso no tenía ningún plan. Todas mis neuronas estaban dedicadas a seguir hablando, a seguir inventando explicaciones plausibles que nos mantuvieran respirando unos minutos más hasta que alguna oportunidad se presentara.

¿Qué tipo de oportunidad?

No tenía idea.

—Si hubieses investigado algo sobre mi padre —proseguí acercándome un poco más a Makar, pero sin apartar la vista de los colombianos. No podía verlo, no todavía. No quería saber si seguía respirando, si era consciente de lo que estaba ocurriendo—, sabrías que Atticus Calhoun no compromete su reputación por nada ni por nadie. Probablemente estaría muy feliz de hacer a su hija una mártir si eso hace que sus puntos heroicos aumenten.

—¿Estás diciendo que eres prescindible? —preguntó Alberto con una sonrisita.

—Estoy diciendo que eres un imbécil.

—Siempre supe que no eras solo una cara bonita —intervino Martín—, que Makar no tendría a su lado a una mujer sin cerebro.

—¿Qué me dices, Martín? —Desde mi posición podía escuchar la respiración trabajosa de Makar—. No te queda mucho tiempo y lo sabes. La DEA va a encontrarte tarde o temprano y, mientras más demores, más difícil será salir del país. Aprovecha y vete ahora, déjanos atrás y yo me aseguraré de que Makar no vaya por ti hasta el fin del mundo.

—Si el ruso no está trabajando con la DEA, ¿por qué prefieres quedarte aquí? ¿No le temes a las autoridades? —preguntó capcioso.

—Makar no está vinculado todavía a ningún tráfico de drogas, recuerda que este viaje iba a ser su primera participación como socio. Lo único que Pedroza puede haberle dado a las autoridades son suposiciones sin pruebas y eso puedo manejarlo. —Me encogí de hombros—. Tú lo dijiste, tengo mis contactos y cierta influencia.

Alberto se adelantó para decir algo, pero Martín lo silenció con un gesto. Esperaba que ninguno se diera cuenta de la contradicción al referirme a mi familia.

Martín se acercó a su hermano y comenzaron a discutir en voz baja.

—¡No! —exclamó Alberto separándose de Martín—. Sabes bien que no es bueno dejar cabos sueltos. Es mejor terminar con esto ahora.

Lo vi sacar su arma y no lo pensé. Busqué en mi muslo la que había ocultado allí tras la inspección en la caja fuerte de Makar, esa que Alberto no se había molestado en buscar en mi cuerpo porque me consideraba únicamente la novia bonita de un delincuente importante.

No perdí tiempo con amenazas ni advertencias, en una situación como esa no estaba obligada a seguir el protocolo. Disparé antes de que él pudiera hacerlo y la bala acertó precisamente en el

lugar al que estaba apuntando.

¡Gracias papá por tantos viajes de cacería en los que me enseñaste que a las piezas pequeñas hay que dispararles en el ojo para no dañar la piel y no contaminar la carne!

También estaba muy agradecida con mi instructor del FBI que me enseñó a no celebrar el dar en el blanco, sino a mantener la adrenalina y el enfoque en toda situación de peligro.

En lo que Alberto cayó al piso sosteniendo su mano, esa que mi bala atravesó impidiéndole tomar nuevamente el arma o tan siquiera pensar gracias al dolor, ya estaba apuntando a Martín, que había conseguido sacar su arma, pero había estado demasiado preocupado por su hermano como para apuntar con rapidez.

—Está vivo, pero necesita un médico —dije con mi expresión de piedra—. Vete ahora, sálvate y sálvalo. Ya has comprobado que tengo muy buena puntería.

—¿Qué me impide salir de aquí y no mandar a mis muchachos a que terminen contigo y con el ruso? —preguntó echando chispas—. Por más buena que sea tu puntería, no podrás con todos ellos y sus armas automáticas de repetición, menos si no tienes un lugar donde cubrirte.

Buen punto. Además, había estado esperando que, al escuchar los disparos y los gritos de Alberto, los guardias entraran disparando. Sin embargo, todo estaba extrañamente silencioso.

—¿No te preguntas por qué no han entrado? —pregunté con una sonrisita tratando de transferirle mi incertidumbre y sirvió, por unos segundos, Martín miró la puerta del contenedor.

—Pude haber matado a tu hermano y no lo hice —insistí haciendo que volviera a concentrarse en mí—. Vete ahora, salva a Alberto, sálvate tú mientras todavía hay tiempo.

—¡Mata a la perra y vámonos! —gritó Alberto acunando su mano contra el pecho mientras se ponía de pie con mucho esfuerzo—. Sabes que no es bueno dejar cabos sueltos.

Martín apretó la boca y cambió ligeramente de posición, una contracción muscular prácticamente imperceptible para un ojo no entrenado.

«Se acabó el juego», pensé.

Los colombianos tenían las de ganar: Alberto estaba herido, sí, pero Makar estaba peor; ellos contaban con gente afuera y yo estaba sola; seguramente ya tenían el plan de escape elaborado y yo no tenía ni un coche. Lo único que podía esperar era ser más rápida que él, tener mejor puntería y que por alguna extraña razón los matones que había visto en la puerta se hubiesen ido a comer unas hamburguesas.

Moví ligeramente el ángulo del arma, si quería salir de allí con vida el disparo a Martín tendría que hacer más daño que el de Alberto, acaricié el gatillo y la puerta del contenedor se abrió dejando entrar una avalancha de gente.

—¡FBI! ¡Suelten las armas!

Sam lideraba la comitiva y nunca fui tan feliz de ver los chalecos antibalas con las iniciales del Buró Federal de Investigaciones grabadas en blanco justo en el medio del pecho.

Era un contingente de diez hombres de la división de Operaciones Especiales, lo sabía por la forma en que se movían, por sus cascos y sus armas largas con mira láser. Rodearon a Martín, a quien no le quedó más remedio que someterse, pero solo cuando vi a los hermanos arrodillados en el suelo con las manos detrás de su espalda, dejé mi propia arma en el suelo y me volví hacia ese cuerpo que había estado escudando con mi vida.

—Makar —lo llamé mientras intentaba liberar sus manos de las cadenas que lo mantenían de pie—. Dime que todavía estás por aquí.

Su peso cayó entero sobre mí en lo que las cadenas dejaron de sostenerlo y sus piernas fueron incapaces de ejercer esa función.

Así, con su cuerpo entre mis brazos, me permití ver el daño de cerca por primera vez y en todo detalle. La golpiza fue brutal, había cortes todavía sangrantes, el ruido en su respiración hablaba probablemente de una fractura en sus costillas que afectaba sus pulmones, la hinchazón en su cara hacía que me preguntara si habría sufrido una contusión, y los golpes en su cuerpo anticipaban daños internos.

—Makar —insistí tomando su rostro entre mis manos. Sus ojos permanecían cerrados y su respiración era irregular, por decir lo menos—. Por favor, di algo.

—Viola. —La voz de Sam a mis espaldas llegó al mismo tiempo que la sensación de sus manos sobre mis hombros—. Tienes que dejar trabajar a los paramédicos.

Solo en ese momento me di cuenta de que una camilla estaba a mi lado, al igual que el personal médico, que los hermanos Ramírez ya no estaban y el número de agentes de operaciones especiales era mucho menor. También me di cuenta que un par de gruesas lágrimas temblaban en mis ojos amenazando con dejarme en evidencia. Afortunadamente, solo Sam estaba lo suficientemente cerca para atestiguarlo.

Le permití que me ayudara a ponerme de pie y me aparté un poco para dejar al personal médico hacer su trabajo.

—Eres el Sam de mi Frodo —dije abrazándolo.

—¿Ahora quién es el ñoño? —preguntó abrazándome de vuelta—. Creo que sería mejor que me llamaras superhéroe —susurró en mi oído—, Sam ex machina, también...

—Viola —la voz de Makar me distrajo inmediatamente de mi conversación con Sam.

En unos segundos me aparté de Sam, tenía su mano entre la mía y caminaba al lado de la camilla. Balbuceó unas palabras que no entendí, así que aproveché la parada de los paramédicos antes de subirlo a la ambulancia para acercar mi oído a sus labios.

—Dime amor —dije bajito—. No te escuché.

—Espero —dijo y se notaba que le costaba un mundo hacer salir las palabras de forma inteligible—, que tengas listo mi poema.

Creo que en medio del amasijo de sangre y carne que era su rostro, enfatizado por el collarín que inmovilizaba su cuello, lo vi sonreír.

Yo hice lo mismo.

## Capítulo 24

El cabello me molestaba en la cara gracias a la brisa rebelde que parecía ser una constante en Washington cuando la temperatura comenzaba a descender. Una nueva visita al salón de belleza para al menos recortar las puntas era casi que obligatoria en los próximos días.

¿Cuánto había pasado desde la última vez que visité ese necesario pero aburrido lugar?

Más o menos seis meses. Sí. Fue un poco antes de viajar a Miami para el caso con los colombianos y Makar.

Makar.

Todavía dolía un poco pensar en su nombre, aunque no con rabia o frustración, esa sensación desagradablemente picante, pero adictiva, que me había acompañado durante tantos años; era más bien con la melancolía de las cosas que te hacen falta, que extrañas, pero cuya ausencia no es más que una jugarreta inevitable del destino.

Sí, el nombre de Makar evocaba una dulce resignación y no me gustaba ser dulce, tampoco resignada.

Tras la detención de los colombianos, en lo que fue catalogado oficialmente como un operativo conjunto entre el FBI y la DEA y en el que mi nombre, como de costumbre, nunca fue mencionado, Makar pasó un par de semanas en el hospital. Aunque su condición no era de «peligro inminente», sí era de cuidado. La golpiza y la tortura a las que fue sometido por Martín le fracturaron un par de costillas que a su vez perforaron un pulmón; además su bazo sufrió daños. Tuvo que ser intervenido quirúrgicamente en más de una oportunidad.

Me quedé con él todo el tiempo, en Miami, al lado de su cama, descubriendo que era un paciente de lo más impaciente y que yo no nací para ser enfermera. Sam se encargó de justificar administrativamente mi ausencia, aunque no era que en esos momentos me importara mucho precisamente.

El tiempo de Makar en el hospital le sirvió como «tapadera», pues gracias a su condición médica nadie se preguntó por qué no fue detenido por la incautación millonaria de droga. Los agentes de la policía de Miami que custodiaron su puerta durante todo el tiempo que permaneció ingresado, también beneficiaron su coartada.

El plan cuidadosamente elaborado por Makar y su abogado, conjuntamente con la Fiscalía, lo dejaba totalmente libre de sospechas. Si leías el expediente del caso, llegabas a la conclusión de que Makar no fue llevado a juicio porque no existían evidencias sólidas en su contra. Nada lo vinculaba con el tráfico de drogas, tampoco con la legitimación de capitales que se hizo utilizando firmas fantasmas que no llevaban su nombre. Simplemente parecía o que era un empresario muy astuto que sabía la forma perfecta de salir bien librado de cualquier situación oscura o, tal vez, un empresario legal con amigos poco recomendables, cosa que le había funcionado muy bien durante su carrera.

A nadie se le hubiese ocurrido pensar que era un informante.

Brillante hijo de puta.

Claro que, una vez que fue dado de alta, tanto los abogados como la Fiscalía le aconsejaron abandonar el país hasta que el juicio terminara porque, involucrado formalmente o no, los colombianos podrían querer venganza solo por el hecho de que Makar no había ido a juicio y ellos sí.

Por razones de seguridad, Makar insistió en que yo no podría saber a dónde iría o por cuánto tiempo. Argumentó que era demasiado buena escondiendo mi rastro y no quería ser el culpable de que algunos narcotraficantes indeseables llegaran hasta mi puerta a través de él.

Lógico, sí, pero injusto también.

Estuve a punto de rebatir su punto, incluso elaboré en mi mente unos argumentos irrefutables, pero no se puede discutir con un hombre al que quieres y que, además, acaba de salir de una estancia larga en el hospital y todavía lleva en su rostro algunas marcas del desafortunado accidente. Por otra parte, mi orgullo demandaba que si Makar quería deshacerse de mí y sus promesas valían lo mismo que las que les hizo a los hermanos Ramírez, era mejor tomarlo con dignidad. El papelito de novia sufrida y abandonada me iba peor que el de enfermera.

Sin embargo, sí, lo extrañaba, más de lo que era capaz de reconocerme a mí misma o al mundo, tanto que algunas veces su ausencia escocía como una herida todavía abierta a la que le rocían alcohol. En esas ocasiones me ponía triste y lloraba sin que nadie me viera, o me daba rabia y maldecía su nombre en voz alta lanzando al aire cualquier cosa que tuviera a la mano.

Obviamente podía tener acceso a mucha información y no costaría demasiado saber en qué parte del mundo se encontraba, pero ¿para qué? Uno no debe buscar respuestas que tienen potencial de amargarte la vida.

«La primera vez lo usaste y lo dejaste sin decir adiós. Ahora debes vivir, con la mayor dignidad posible, eso que se llama karma», me repetí por enésima vez mientras caminaba hacia mi casa porque ese día era uno de esos.

Sí, de esos en los que tienes que racionalizar la pena, explicarla en tu mente para distraerte, para no dar una patada al primer contenedor de basura atravesado en tu camino y arruinar tus zapatos nuevos o, tal vez, uno de tus dedos.

Al menos, gracias a la venia de la doctora Shriver, que solo me dio un mes de licencia después de Miami, ya estaba de regreso al trabajo activo, aunque todavía no como agente de campo. Por ahora, servía de enlace a Sam, quien estaba encubierto investigando un desagradable circuito de peleas caninas que viajaba de ciudad y en ciudad, y al haber cometido el error de cruzar los límites de tres estados, convirtieron la investigación en una con alcance federal.

Era uno de los pocos casos en los que no guardaba ningún rencor por haberme quedado detrás del escritorio verificando información, consiguiendo fuentes y escribiendo informes. Ya era suficientemente duro ver las fotografías y los vídeos que Sam consiguió enviar de las peleas de perros. De haber estado ahí, probablemente ya hubiera golpeado a alguien o desvelado mi coartada, tal vez ambas cosas.

Por ahora, lo único que ocupaba mi mente era llenar la cuota de evidencia necesaria para organizar el allanamiento respectivo y mandar a todos esos desgraciados a pasar una buena temporada en la cárcel, posiblemente con compañeros de celda más grandotes y malos que ellos, para que experimentaran una pequeña parte de lo que esos pobre perritos estaban pasando. Sin embargo, estaba tomando más tiempo del acostumbrado porque quería asegurar la participación de varios refugios de animales para el rescate y la rehabilitación de los perros. De nada valía

desmantelar la red si no había donde colocar a cerca de cincuenta perros con problemas de conducta.

Precisamente por estar haciendo la lista mental de los correos que tenía que enviar, los contactos que tenía que hacer con los refugios locales, además de la clasificación de evidencias y las imágenes de tiernos cachorritos nacidos en cautiverio, no noté lo que ocurría cuando abrí la puerta de la casa.

Solo tras colgar mi abrigo y mi bolso en el perchero de la entrada, noté que una luz encendida daba cierta claridad al entorno. Había salido cuando el sol ya alumbraba bastante como para cometer el error de dejar cualquier foco encendido. Además, estaba el olor. Mi casa, en la que funcionaba más el microondas que la estufa, nunca olía así.

Saqué el arma de la funda y comencé a adentrarme en mi propia casa con el oído aguzado a cada ruido y la vista inspeccionando cada rincón oscuro.

Si tenía suerte sería mi hermano, Sebastian, quien, después de posponerlo la última vez, pronto debía de estar de vuelta en la ciudad. Tenía llave y como le gustaba comer, había aprendido a cocinar. A fin de cuentas, era hijo de mi madre y, evidentemente, aprendió de ella más que yo.

Tenía que ser Seb, porque dudaba que algún invasor con malas intenciones se tomara el tiempo de asar alguna cosa para cenar si su objetivo era hacerme daño, pero valía estar preparada. Cosas más extrañas ocurrían y había gente rara en el mundo. Hannibal Lecter era un ejemplo.

A pesar de ese razonamiento lógico que mantenía conmigo misma, mi corazón estaba un poco más acelerado de lo habitual porque eso es lo que sucede cuando llegas a tu hogar después de un largo día de trabajo y debes ejercer el sorpresivo papel de «papá oso». Sin embargo, las pulsaciones aceleradas llegaron casi al nivel de arritmia cardiaca cuando al que encontré de pie en la cocina, trajinando entre un par de cacerolas, fue a Makar.

Me quedé de pie un momento, pestañeando y con el arma apuntada en su dirección.

No sabía si gritarle, preguntar airadamente cómo había entrado a mi casa, recordándole en el proceso que hacerlo era un delito, o simplemente sonreír porque, aunque no lo reconocí de forma consciente y la posibilidad no formó parte de los escenarios elaborados por mi mente, muy adentro, escondido en los lugares más recónditos de mi cerebro, esperaba que el invasor sin nombre fuese él.

Levantó la vista, esos ojos tan claros que podían ser fríos o traviosos sin variar mucho, encontrándose finalmente con los míos.

—Hola, Makar —dije tranquila, pero todavía con el arma levantada—. Me encanta lo que hiciste con tu cabello.

Fue una declaración excesiva que generó una carcajada de su parte porque, honestamente, no había mucha variación. Estaba solo un poco más largo, lo que le daba un aire mucho menos serio del que normalmente exhibía, ayudado por la barba de dos días, los vaqueros y la camisa azul claro con las mangas ligeramente arremangadas.

Era un Makar relajado, un hombre normal. Ya no más una deidad inalcanzable.

Terminé de entrar en la cocina, guardé el arma en el forro que todavía colgaba de mis hombros y me senté en una de las sillas altas que rodeaban la barra.

—¿Haciendo la cena? —pregunté recalcando lo obvio—. Me siento como una representante del patriarcado. Solo hace falta que estés descalzo y embarazado.

Me miró de forma misteriosa antes de ir a un rincón y sacarse los zapatos, unas zapatillas Nike *Panda Pigeon* que al verlas saliendo de sus pies me hicieron sentir como si acabara de entrar a una especie de realidad paralela. Eso era mucho decir teniendo en cuenta la situación actual.

—Temo que no puedo hacer nada con lo de embarazarme —dijo encogiéndose de hombros, regresando a atender la cacerola—, pero cuando quieras podemos comenzar a practicar a ver si la naturaleza nos hace el milagro.

Abrió el horno, ese que yo nunca usaba y que nunca había estado segura de si funcionaba correctamente, y revisó lo que estuviera en el interior que, si me guiaba por el olor, podía ser una pierna de cerdo.

En ese punto no sabía si cabrearme más o reírme.

Es más, toda mi actitud casual no era más que una forma de comprar tiempo mientras averiguaba cómo me sentía.

Destapó una botella de vino, abrió el gabinete adecuado sin ni siquiera dudarle, sacó una copa y me la colocó en frente antes de comenzar a llenarla como si fuese lo más normal del mundo, una ocurrencia diaria en nuestra vida, una rutina perfectamente ensayada.

La cuestión era que ya no había coartadas ni trabajos de por medio, ya eso de la lobotomía selectiva por necesidad de las circunstancias no aplicaba.

Cabreada, sí. Después de la sorpresa y el alivio inicial estaba muy cabreada.

Tal vez simplemente era cabreo retroactivo con la vida después de tantos meses de silencio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté todavía casual mientras daba un sorbo al vino.

—La cena —respondió inocentemente confundido.

—¿Decidiste regresar tras seis meses, así como así? —dije levantando un poco la voz sin proponérmelo—. Te recuerdo que te fuiste con solo una llamada telefónica como explicación y tras más de ciento ochenta días por sabrá Dios dónde...

—El sur de Francia —me interrumpió condescendiente—. Estaba en el sur de Francia.

—Bueno saberlo, gracias por informarme. ¿Quién diría que en Cannes no hay Internet ni teléfonos?

—Estaba en Marsella, no en Cannes, es mejor para navegar.

—¡Que te jodan! —grité.

—¿Por qué estás tan molesta? ¿No te gustan las sorpresas?

—¿Qué hubieses sentido si llegabas un día a lo que seguro era tu humilde morada en Marsella —hice una mueca burlona—, y me encontrabas allí como si nada, cocinando?

—Seguramente me hubiese asombrado, pero es porque no cocinas muy bien.

—¡Makar! —grité nuevamente exasperada ejerciendo todo mi autocontrol para no lanzarle la copa.

No entendía por qué estaba tan cabreada, no entendía por qué estaba siendo tan obtusa si había pasado los últimos meses como Penélope esperando por un retorno que no llegaba; pero no podía controlarme.

Estaba furiosa, con él por haberse ido, conmigo por haberlo extrañado, pero sobre todo me aterraba esa estúpida felicidad que sentía con solo verlo parado allí preparando la cena y que amenazaba con tomar el control de mis neuronas haciéndome ver todo a mi alrededor color rosado.

¡Joder, que estaba a punto de volverme Encantada y llamar con una canción a los pajaritos para que pusieran la mesa!

Yo no era así. Yo no podía ser así.

¡Maldito Makar Volkov!

—Me hubiese hecho completa y absolutamente feliz encontrarte un día en Marsella —dijo Makar sonriendo de forma tan dulce que mi cabreo descendió un poquito—. Es más, por segunda

vez desde que te conozco esperé, como un niño espera la mañana de Navidad, abrir los ojos un día y encontrarte allí, pero también por segunda vez, eso no ocurrió.

Y, señoras y señores, esa es la forma en que un hombre como Makar Volkov te hace pasar del cabreo a la vergüenza en diez segundos.

—Pero claro —continuó—, mi ser racional me recordaba que eres una mujer sensata que, con seguridad, entendía los riesgos de actuar de forma impulsiva. También pensé que, tal vez, necesitabas un poco más de tiempo para terminar ese poema que me prometiste.

Su sonrisa se ensanchó y no estaba segura de si quería borrarla con un tortazo o con un beso.

—Si recuerdo correctamente —dije presumida—, el poema fue ofrecido cuando regresaras sano y salvo, pero no regresaste, no señor. Tuve que ir a rescatarte para mantenerte, precisamente, sano y salvo en la medida de mis posibilidades. Imagino que debió de ser una situación incómoda para ti.

—¿Incómoda?

—El poderoso e indetenible Makar Volkov salvado en última instancia de una muerte dolorosa y terrible por su novia ficticia —dije continuando ahora en un tono de narrador de películas de superhéroes. Insistía en pincharlo, era la única manera que conseguía para restringir esa necesidad de correr a abrazarlo—. Creo que eres tú el que debería escribirme un poema a mí.

—¿Quieres un poema? —Levantó las cejas y luego hizo una mueca socarrona—. Está bien, aquí vamos: Viola, me engañaste, me mentiste y aun así no pude dejar de amarte. Te busqué por el mundo, no paré hasta encontrarte y tú finalmente me salvaste, y no hablo únicamente de las garras de los narcotraficantes. —Me guiñó un ojo—. ¿Piensas que me incomoda? Estás equivocada. Siempre disfrutaré ser una damisela rescatada si tú apareces en tu brillante armadura, con tu inteligencia, tus palabras y, más que nada, con tu puntería afilada. Si quieres ser mi caballero andante, no tengo problema en ser una dama, porque sé que me quieres y que te gusta cuando estoy arriba en la cama.

No pude contenerme más y estallé en una carcajada. Makar me imitó.

—Eso fue terrible —dije todavía riéndome.

—Nunca dije que tenía que ser un buen poema. —Su sonrisa disminuyó—. No presumo de ser un poeta, tampoco un hombre honesto, pero sin versos horribles te diré la mayor de mis verdades: Te amo. —Todo rastro de sonrisa desapareció y ahora estaba completamente serio—. El mayor miedo de mi vida fue que una vez que conociera a la verdadera Viola Calhoun me daría cuenta de que esa mujer con la que planeé compartir mi vida no era real. Por eso tuve que buscarte, necesitaba saber si eras un diseño perfecto de los analistas del FBI o una mujer de verdad.

—¿Por qué? —dije aferrándome a los últimos hilos de dignidad que me impedían convertirme en la ya mencionada, y odiosa, princesa de cuentos de hadas.

—Porque uno no encuentra a la mujer perfecta después de estar convencido de que no existe, la pierde y se queda sentado de lo más tranquilo. Al menos yo no soy así. Yo lucho por lo que quiero.

Y, sabiéndolo o no, el villano insistía en transformarse en príncipe acercándose cada vez más a ese precipicio en el que extrañamente quería caer a pesar de saber muy bien que nunca me iría bien el papel de princesa enamorada.

—Sin embargo, al pasar tiempo contigo en Miami y, a pesar de las similitudes con lo que había sido, me di cuenta de que esa Viola que vivió conmigo en San Francisco no era la mujer con la que realmente quería pasar el resto de mi vida. —Suspiró y negó con la cabeza y ese par de gestos mandaron mi estómago derecho a mi garganta vaticinando que mis días de princesa estaban por

terminar sin haber ni siquiera comenzado—. La verdadera Viola, por otra parte, sí resulto ser mi mujer perfecta.

—¿Qué? —pregunté porque ya me estaba dando dolor de cabeza. Cuando creía que tenía el hilo de la conversación y lograba mantener bajo control todas las expresiones de mi rostro, todo cambiaba, o creía que cambiaba. No estaba segura—. No entiendo.

—La Viola de San Francisco estaba allí para complacerme, aunque ponía la suficiente resistencia para darme curiosidad, su principal objetivo era hacerme feliz y, ¿a qué hombre no le gusta eso? —Dejó atrás la cocina y comenzó a caminar hacia mí—. Sin embargo, la verdadera Viola Calhoun es sexy como un demonio precisamente porque no es una gatita, sino una leona que sin saberlo descubrió que la verdadera manera de hacerme feliz era retándome. No eres mi pareja perfecta, Viola, eres mi compañera. Solo te pido que consideres si yo, de alguna forma, puedo ser un hombre medianamente adecuado para ti y te prometo que lo haré funcionar porque eso es algo que se me da bien.

Su declaración fue honesta y, de cierta forma, simple, aunque con cierto deje presumido, como él. El Dios dragón transformado en príncipe y después en solo un hombre, uno con defectos y virtudes, con confianza y también con inseguridades; ese que me hacía sentir una mujer, no una agente con excelentes habilidades histriónicas, no la hija de un héroe de guerra siempre dispuesta a rebelarse contra sus raíces y probar al mundo que se ganaba a pulso lo que conseguía, tampoco Giselle, la princesa de «Encantada». Solo yo, Viola, sin todos esos accesorios o denominaciones externas, pero con algo de todos ellos al mismo tiempo, porque ser policía y princesa, cínica y vulnerable, eran las dos caras de mi misma moneda y no tenía que renunciar a una para tener la otra.

Y esa Viola Calhoun contradictoria, pero completa, era la que él veía, así como yo era la única que podía apreciar al Makar Volkov debajo de la superficie, a ese que existía más allá de la eterna mirada de superioridad que exhibía frente al resto de la raza humana, aunque estuviese atado, ensangrentado y medio muerto en un contenedor vacío en un muelle. El que tenía frente a mí, el que me hablaba desde el corazón, era el Makar vulnerable que existía solo para mí y que me permitía mostrarme vulnerable porque cuando éramos solo él y yo, simplemente éramos Viola y Makar siendo el uno para el otro en una burbuja sin interferencias externas.

—Yo también te amo —dije y Makar comenzó a sonreír por lo que levanté un dedo para indicarle que aún no había terminado—, pero me hubiese gustado que me pidieras que me fuera a Marsella contigo. Nunca vuelvas a tomar decisiones por mí, ni siquiera cuando estés convencido de que es por mi bien. No quiero sentir que vivo con mi padre otra vez.

—Créeme, no hay nadie más interesado que yo en que jamás sientas eso. Lo de *sugar daddy* no me convence todavía.

—¿Y ahora qué?

—Supongo que nos besamos.

—¿Me estás pidiendo permiso?

—No quiero tomar decisiones por ti, incluso cuando sé que besarme en estos momentos sería lo mejor que podría pasarte.

—¡Idiota!

Me tomó dos segundos más. Luego di un salto y mis brazos estaban en torno a su cuello y mis labios en los suyos en ese beso que imaginé en todas sus posibles variaciones durante seis meses, solo que cuando las fantasías se encuentran con la realidad, más cuando han sido elaboradas hasta el cansancio en los confines de tu mente, rara vez son tan controladas y coreografiadas como

anticipaste.

Rápidamente ese beso se transformó en un choque de labios y dientes, en un castigo y un placer delicioso. Mi cuerpo demandaba su cercanía porque lo extrañó hasta casi al punto del dolor y nadie en su sano juicio rechaza el bálsamo que alivia la tortura cuando está allí al alcance de la mano.

Dejé que me subiera a la barra de la cocina, si soy honesta, ni siquiera me di cuenta porque estaba demasiado ocupada quitando de en medio su camisa y cuando mis manos estuvieron en contacto con su piel me dediqué a explorar a fondo, a conocerla nuevamente con mis labios y solo cuando mi lengua estuvo segura de que no olvidaría nuevamente su sabor, decidí ir a por el botón de sus vaqueros.

Lo desabroché, pero no tenía paciencia para más, así que simplemente metí la mano hallando fácilmente su erección, rodeándola con mis dedos, apretándola, jugando con ella y torturando en el proceso a aquel que me había hecho esperar tanto tiempo.

Sin embargo, la tortura no duró mucho porque el torturado no era de los que aceptan tranquilamente su castigo.

—¿Tienes algo en contra de las faldas o los vestidos? —preguntó un poco exasperado luego de tenderme en la mesa y comenzar una batalla con el botón de mis pantalones. No era particularmente complicado, pero las manos de Makar temblaban y el conjunto de la pregunta impaciente y sus manos poco habilidosas hizo que emergiera de mi garganta una risa ronca y divertida, como si me estuviera haciendo cosquillas.

—No es educado reírse de un hombre en estas circunstancias.

—¿Qué circunstancias? —pregunté todavía sonriendo.

—Una de irremediable desesperación.

Finalmente se deshizo de la prenda haciéndola rodar por mis piernas conjuntamente con mi ropa interior, por lo que todo se enredó en mis zapatos, lo que generó en él un grito frustrado. Cuando finalmente logró sacar completamente los pantalones de mis piernas, los arrojó por encima de su hombro en un gesto nada divertido, sino más bien exasperado.

Solo entonces volvió a acercarse a mí y en ese par de pasos me recordó a un enorme depredador listo para atacar. Abrí un poco las piernas y sonreí de forma maliciosa. Siempre amé el peligro.

—¿Te molestaría que solo por hoy no me tome el tiempo acostumbrado? —preguntó cuando su cuerpo cubrió el mío. Sus ojos tenían un brillo un poco maniaco, cercano a la locura—. Siento que voy a explotar.

—Si te lo tomas, te mato. Todavía voy armada.

Una risa gutural escapó de su garganta antes de que sus labios volvieran a estrellarse contra los míos y lo sentí buscar a tientas en sus pantalones y, así, sin ni siquiera quitárselos, me penetró de un solo empujón que sacó de ambos un suspiro de satisfacción. No importaba que sintiera el frío de los botones de sus vaqueros mordiendo la parte interna de mis muslos, que mi camisa y mi sujetador estuvieran en el medio del encuentro de nuestras pieles, o que mi arma, todavía en la funda en mi costado, me recordara su presencia con su peso. No, nada de eso importaba porque el tacto de la piel de su espalda bajo mis dedos, el sabor de su lengua en mi boca, y sus penetraciones codiciosas eran más sensaciones de las que podía manejar en este momento, todo lo demás era ruido de fondo, molestias mínimas totalmente opacadas por el evento principal.

—Estoy tan cerca —dijo Makar casi entre dientes. Sus manos ya no estaban en mi cuerpo, sino que se aferraban al borde de la barra de la cocina como si necesitara sujetarse a algo para no salir

volando o para tener un poco de tracción extra—. Ha pasado tanto tiempo que no sé si...

—No me importa —dije haciendo funcionar el par de neuronas pensantes que tenía operativas y lo hice mirándolo a los ojos—. El sentirte dentro de mí es suficiente.

Quería decirle que había otras formas: sus dedos, los míos, su boca, ¡hasta un maldito cojín!, que lo importante era que estábamos juntos, finalmente; que ese momento se sentía un comienzo y no un destino; que mi cabreo había desaparecido porque era una forma de protegerme, de preservar esa imagen que convertí en mi manera de ser hasta que lo conocí. Estar cabreada era la forma de esconder mi propia vulnerabilidad, pero con él no hacía falta, ya no.

Sin embargo, en momentos como ese no podía ser tan articulada, eran cosas que simplemente sabía, sentía, y no podían ser puestas en palabras cuando Makar se movía de esa forma tan salvaje en mi interior, cuando la deliciosa presión se acumulaba en mi vientre. Seguramente después, cuando los sentimientos no estuvieran tan cerca de mi epidermis, tampoco podría decirlo; ya no por la falta de coherencia lingüística típica de cuando tu cerebro está a punto de apagarse, sino por la dificultad de ser completamente honesta cuando es la mente la que gobierna tu discurso.

—Viola, mi amor —dijo en medio de un suspiro torturado.

Luego vino esa sacudida y comenzó a derramarse dentro de mí. Fue esa sensación potente, caliente, la que detonó mi orgasmo y caímos los dos en una especie de frenesí, breve pero intenso, en el que desesperadamente queríamos dejar marcada nuestra propiedad en el otro. Él, llenándome con un orgasmo que parecía no terminar nunca, y yo aprisionándolo dentro de mí con la codicia de mi cuerpo.

Las respiraciones agitadas acompañaron la laxitud de los músculos que habían alcanzado su máxima tensión segundos antes, pero en medio de ese desastre, estaba esa tranquila satisfacción que solo sientes cuando, finalmente, todas las piezas están donde se suponen que están.

Claro que tenía que ser yo quien arruinara el momento perfecto porque, bueno, cuando se le da a mi cerebro el oxígeno necesario para trabajar, y todo orgasmo crea una maravillosa oxigenación cerebral, no puede evitar comenzar a planear posibles escenarios de acción.

Tal vez por eso soy tan buena agente, pero una terrible compañera de cama, o de mesa, o de lo que sea.

—¿Y ahora qué? —pregunté y, aunque había una intención y, por supuesto, todo un argumento detrás de la pregunta, se me olvidó mencionarlo, y por la fuerza de la costumbre mi voz sonó algo aburrida.

Makar me miró de soslayo.

—Apago el horno y cenamos —dijo aparentando una tranquilidad que sabía bien que no sentía y tras tomar una gran bocanada de aire se separó de mi cuerpo y comenzó a recomponer sus vaqueros—. Si quieres puedes limpiarte un poco mientras yo termino. El baño está al final de ese pasillo.

Señaló el mencionado pasillo con la cabeza y se incorporó.

No parecía frío ni distante, tampoco molesto, solo rápidamente recuperado, como un espejo de mi aparente desinterés.

—Sé bien donde está el baño. ¡Esta es mi casa!

También me incorporé, pero era difícil volver a mi actitud de cabreo digno porque estaba desnuda de la cintura para abajo, pero vestida arriba, con el arma todavía en mi costado. Era la perfecta imagen de una comedia muy mala.

«¿Qué carajo estás haciendo?», me pregunté porque no solo era absurdo mi estado de media desnudez, sino también el escudo que había vuelto a levantarse sin mi permiso.

Cerré los ojos, suspiré y me reí de lo idiota que estaba siendo.

Sin decir ni una palabra más que fuera a lamentar después, tomé mi ropa del suelo y fui al baño, no al del pasillo, al de mi habitación, y cuando regresé con algo de ropa más cómoda ya me había recordado un millón de veces que no necesitaba mis escudos, no con él. Claro que sabía que requeriría repetir el discurso a mi niña interior en muchas oportunidades futuras.

La mesa estaba puesta, la comida servida y Makar esperaba sentado pacientemente, como indicándome que sabía que en el futuro viviríamos situaciones similares y estaba dispuesto a lidiar con ellas.

¡Bendito delinciente inteligente!

—¿Dónde estás viviendo? —pregunté cuando comenzamos a cenar.

Una pregunta neutra para reactivar la conversación en terreno seguro.

—Tengo un apartamento.

—¿Nuevo?

—Lo compré hace algún tiempo. Las inversiones en bienes raíces son la mejor manera de...

—No quiero saberlo —dije, aunque tuve la delicadeza de sonreír.

—No tengo muebles, ni siquiera una cafetera. Tendré que ocuparme de ello.

—También podrías venir a vivir aquí, conmigo.

La cabeza de Makar se levantó de forma tan brusca que el movimiento tuvo que causar algún tipo de daño a sus cervicales.

—Si te comprometes, claro, a cocinar frecuentemente. —Señalé el plato—. Esto está delicioso.

—Viola...

—¿Qué? ¿No quieres atender el hogar? ¿Eso está muy por debajo de tus habilidades?

—¿Estás segura?

—Ya hemos vivido juntos, dos veces, y no nos fue nada mal —le guiñé un ojo—. Creo que ya deberíamos dejar atrás esa fase de «pretender». Ya no somos unos niños. Tú eres lo que quiero y yo soy lo que quieres. ¿Te apetece perder más tiempo?

Una sonrisa amenazó con formarse, pero la controló.

—¿Y tu trabajo? —insistió.

—¡Que se jodan! —Me miró asombrado—. Sería peor si pareciera que trato de ocultar que estamos juntos —expliqué en un tono más comedido—. Además, después de nuestra actuación paciente/enfermera en Miami, creo que lo tienen bastante claro. No estás acusado de nada, no eres un sujeto de interés y la fiscal Lin te ama. Solo tienes que prometerme que se acabó la ilegalidad, la Bratva, y no mentirme. Soy investigadora, descubro cosas, no quiero tener que vivir desconfiando de lo que estás haciendo.

—Lo prometo, pero como no voy a mentirte, te digo que no pienso dejar de visitar a Arseny en prisión.

—Puedo vivir con eso, siempre y cuando no hagas negocios con él ni te pongas en una posición donde tengas que recibir algún tipo de información sensible de sus manejos ilegales, más de lo que sabes hasta ahora.

Asintió.

—¿La Bratva vendrá a pedir algún favor en el momento menos esperado? —pregunté.

—Compré mi retiro. Estoy fuera. Además, no confiarían ni por un segundo en el novio de una agente federal. Arseny tampoco.

—Bien.

—¿Y tu familia?

—¿Temes que vengan a pedir favores? —pregunté un poco cínica.

—Sabes a lo que me refiero. Puedes sentarte aquí y sostener esta conversación racional si te ayuda a procesar las cosas, pero sé que te importa su opinión.

Una sonrisa lenta se formó en mi rostro y, a diferencia de Makar, no hice ni el más mínimo intento de ocultarla.

—Mi madre tiene debilidad por los hombres bien parecidos, con dinero y modales impecables, así que te amaré. Sebastian te respetará mientras me hagas feliz y con el tiempo no dudo que formarán una conexión sobre su mutuo amor por las armas.

—¿Y tu padre?

—Será un espectáculo sin precedentes.

Ahora sí, Makar permitió que una sonrisa cómplice tragara su rostro.

—Hay quienes podrían pensar que estás conmigo solo para molestarlo y, ¿sabes qué?, si fuese cierto, no me importaría. Así de loco me tienes.

—Y así de loca me tienes a mí, que no me importa lo que otros puedan pensar sobre mi decisión de estar contigo.

—Entonces, podemos decir que estamos oficial y locamente comprometidos —dijo levantando la copa en mi dirección y, aunque dejó caer la palabra al descuido, pude ver en sus ojos que estaba esperando mi reacción, jugando ajedrez hasta el final.

—Sí, lo estamos —respondí tranquila mirándolo a los ojos un momento para luego volver a concentrarme en la comida.

No lo esperaba. Creo que mi relajada reacción lo puso un poco nervioso, solo un poco. Luego estalló en una carcajada que hizo que sus ojos brillaran con verdadera alegría.

—Definitivamente mi compañera perfecta.

—Por probabilidad matemática tenía que ser la de alguien —dije despreocupada. Fue mi turno de levantar la copa en su dirección—. Sin embargo, me alegro de que, entre todos los hombres y mujeres del mundo, haya resultado ser la tuya. Me gustas.

—Ahora vamos a la cama. —Makar se puso de pie—. Ese estallido violento y breve me hizo sentir como un adolescente sin idea de nada. —Estiró la mano en mi dirección—. Mi orgullo puede soportar tu aparente frialdad, vivir en tu casa, que me mandonees y me trates en algún momento como tu vibrador personal, pero nunca ser un pésimo amante. Va contra la imagen que tengo de mí mismo.

—No podrías ser un pésimo amante ni aunque lo intentaras. —Tomé su mano—. Al menos no conmigo.

—¿Y eso por qué?

—Porque te amo y el solo tenerte cerca me hace más feliz de lo que he sido en mucho tiempo, si tu piel roza la mía siento cosquillas, aunque el roce sea casual y no tenga ninguna intención, y si me besas tiendo a perder el sentido y a olvidarme de dónde estoy. Amo tu mente siempre en movimiento, tu sentido del humor, que siempre parezcas saber lo que necesito. Estoy enamorada de la idea de que a los ojos del mundo no seas del todo correcto porque eso significa que eres el correcto, solo para mí.

—Eso sí fue un poema —dijo asombrado—, aunque claro, te recomiendo que cuando me des esos discursos tan bellos no lo hagas como si recitaras la lista de la compra. Le quita el encanto.

—Así soy.

—Y así te amo.

Sin decir más, me levantó del suelo en un solo empujón y tomando el camino directo hacia la

habitación. Obviamente no necesitó indicaciones.

## Capítulo 25

—¿Estás seguro de que estarás bien en mi ausencia? —pregunté saliendo del baño con solo la camiseta que usaba para dormir y la cara lavada.

—Tu trabajo implica que viajes a hacer cosas peligrosas, lo sabía antes de mudarme aquí. Estaré preocupado y te extrañaré, pero sobreviviré—, dijo desde la cama sin levantar la vista del portátil.

Makar no aguantó la vida de responsable del hogar y en el último mes renovó su licencia de banquero de inversiones y tenía una nueva firma cuyos clientes eran muy pocos, solo amigos cercanos. Aunque no quise indagar mucho, por aquello de que las relaciones se basan en la confianza, me aseguró que todo era legal.

—Trataré de contactarte cuando pueda —dije rodeando la cama y acostándome en mi lado. Tras nuestras múltiples experiencias de convivencia, alcanzar de nuevo el estado de cotidianidad no tomó mucho tiempo. Sin embargo, era la primera vez en todos nuestros intentos que estaría lejos trabajando en un caso y él se quedaría—. Sam está de licencia obligatoria, pero puede averiguar cualquier cosa que necesites si no puedo ponerme en contacto contigo. También pueden salir juntos a tomarse una cerveza...

Makar cerró el portátil, recogió los papeles regados a su alrededor y los colocó ordenadamente en la mesa de noche. Luego suspiró.

—Viola, amor mío —dijo muy serio y era una distracción porque de no haber adoptado el tono y la expresión adusta lo único en lo que habría podido enfocarme hubiese sido en su torso desnudo. Sí, todavía estábamos en fase de luna de miel—. Estoy tratando de tomar esto como un adulto, pero, por favor, no sigas insistiendo con eso de que te vas a hacer tu peligroso trabajo mientras yo me quedo aquí, simplemente haciendo dinero. No soy un tierno cachorrito y la idea de que vayas a patear traseros sin que yo pueda crear también un poco de caos mientras te protejo, me mata.

Sonreí enternecida.

—Estaré bien.

—Más te vale. De lo contrario iré y quemaré Chicago con mis propias manos —dijo y había fuego en su mirada, una chispa peligrosa que hablaba de que era perfectamente capaz de hacer lo que estaba prometiendo.

—Soy una persona terrible.

—¿Por qué lo dices?

—Porque hablas de quemar Chicago para defenderme y mira mis pezones. —Señalé a los mencionados erguidos debajo de la camiseta—. Tener un novio cavernícola es sexy. Me pone.

Una sonrisa lenta y terriblemente sensual apareció en la boca de Makar justo antes de que comenzara a gatear sobre la cama hacia mí.

—Deja ver qué puedo hacer por mis queridos amigos —dijo antes de morder uno de mis pechos por encima de mi camiseta, lo que me hizo dar un grito, mitad dolor y mitad placer—. Sabes que te gusta —ronroneó a mi oído mientras pasaba sus atenciones al pecho desatendido—. Deja de quejarte tanto.

—Te gusta que me queje.

—Hazlo un poco más alto.

Me quitó la camiseta para tener un acceso más directo y mientras mis jadeos se incrementaban hizo lo mismo con mis bragas. Pensé que sabía lo que ocurriría, pero sorprendiéndome hizo que me incorporara de rodillas en la cama y luego me volteó. Su pecho desnudo se pegó a mi espalda antes de que tuviera tiempo de protestar, mientras sus manos se dividían el trabajo: una atormentaba mis pezones y la otra desaparecía en mi sexo con ese masaje poco delicado que me volvía loca.

—¿Qué quieres, Viola, mi amor? —preguntó jugueteando mientras mis manos trataban de bajar los pantalones de su pijama, cosa no muy fácil cuando tenía que hacerlo casi a ciegas, tanteando a mis espaldas.

—Quiero que me folles —dije y conseguí meter las manos bajo su pantalón y apretarle el trasero, logrando en el proceso que se pegara más a mí.

—Ya lo estoy haciendo —replicó intensificando el trabajo de sus dedos.

—Me gusta más tu polla que tus dedos.

Escuché una pequeña risita a mis espaldas.

—A mí también.

No me dio tiempo de decir más nada porque esos dedos que ambos menospreciamos dejaron de estar en mi sexo y una de sus manos tomó mi cadera invitándome a arquearme un poco.

La penetración llegó sin ningún tipo de insinuación, dura, definitiva e irrevocable, como nuestra relación, como mi amor por él.

Sentía la tela de franela de su pijama rozar mis muslos e intenté hacer un recordatorio mental de comprar un espejo y ponerlo en algún lugar estratégico porque en mi mente ese espectáculo: los dos de rodillas en la cama, él a medio vestir y sus manos revoloteando por mi cuerpo mientras su sexo se abalanzaba sobre el mío debía ser más estimulante que una buena porno.

No era que necesitara más estímulo: sus dedos en mi clítoris, sus dientes en mi cuello, su palma en mis pezones y su sexo entrando y saliendo del mío como si no hubiese mañana era ya suficiente; pero cuando se trataba de Makar tendía a ser un poco codiciosa, no parecía cansarme de él, de esa energía que lo hacía pasar de cero a un millón en segundos, de ese deseo por mi cuerpo que nunca parecía saciarse, de esa ternura que, incluso cuando era todo pasión, estaba presente de forma sutil en cada una de sus acciones y sus palabras aunque, claro, nadie lo hubiese imaginado con todo el ruido que hacíamos.

Desde que Makar se mudó agradecí al destino el tener una casa y no un apartamento porque tenía una manera particular de volverme loca y, además, lo ponía muchísimo que fuese ruidosa. Sí, de haber vivido en un apartamento algún vecino hubiese presentado ya alguna queja.

—¿Cómo puedes tener el coñito tan apretado con todo lo que te follo? —preguntó entre jadeos.

—Porque la tienes muy grande.

—Siento que abuso de ti.

—No.

—Ta vez debería parar —insinuó disminuyendo el ritmo.

—¡No! —grité— Por favor, no lo hagas.

De repente la luz se encendió en la habitación y fui lanzada a la cama boca abajo.

—¡Apártate de ella! —dijo una voz amenazante, una que conocía, pero con la impresión mi cerebro estaba tardando en identificar.

—¿Quién carajo eres tú y cómo entraste a mi casa? —preguntó Makar.

Me volví y estaba allí, de rodillas en la cama, con el pantalón del pijama en la parte baja de sus caderas, pero con la nueve milímetros en la mano. Siempre la tenía al alcance, dormía con ella bajo la almohada por aquello de los viejos hábitos.

—Esta no es tu casa.

—¿Sebastian? —pregunté confundida. Sin embargo, la confusión duró pocos segundos al ver el rostro iracundo de mi hermano con su arma de reglamento apuntando a Makar e inmediatamente tomé la sábana para cubrirme.

—¿Este es tu hermano? —preguntó Makar sin bajar el arma.

La realidad del espectáculo que debió de presenciar mi hermano me golpeó con una ola de vergüenza más grande que la de un tsunami.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté molesta, porque ese era mi modo usual de lidiar con las situaciones incómodas, mientras salía de la cama envuelta en la sábana.

—Obviamente, interrumpiendo —dijo Makar bajando el arma y subiéndose los pantalones.

—Estabas gritando, diciendo que no —dijo Sebastian sin bajar su arma ni dejar de ver a Makar—. Pensé...

—Me estaba diciendo que no parara y, los gritos, bueno, tengo ese efecto en las mujeres.

—¡Makar! —lo amonesté horrorizada mientras él solo se encogía de hombros y también salía de la cama.

—¿Y quién demonios eres tú? —preguntó Sebastian siguiendo los movimientos de Makar con el arma.

—Su prometido. Vamos a casarnos.

—¿Qué? —Sebastián volteó bruscamente a verme, el arma bajada, el objetivo olvidado.

—Todavía no tenemos fecha ni nada, pero sí. Lo amo, él me ama y todo lo demás —aclaré.

Normalmente no era buena expresando sentimientos y mucho menos en un escenario en el que mi hermano mayor me encontraba follando y ahora debía enfrentar una conversación incómoda únicamente envuelta por una sábana.

—¿Mamá lo sabe? ¿Papá?

—No —dije—. Es complicado.

—Bueno, te aconsejo que lo simplifiques de alguna forma porque el almirante estará aquí en... —Miró su reloj de pulsera—. Siete minutos aproximadamente.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque llegué hoy, tuve que pasar el examen físico y el psicológico, además de rendir informes y todo lo demás, y papá insistía en que quería verme, así que, para desembarazarme, le dije que ya había quedado contigo para cenar porque quería irme a tomar unas cervezas con unos amigos. —Sebastian guardó su arma—. Sin embargo, ambos lo conocemos. Lo que hice fue ganar tiempo. Ya debe de haber calculado cuánto nos tomaría cenar, hablar y regresar.

—Pudiste haberme llamado, avisarme que vendrías, advertirme que tendría que recibir al almirante. Sabes lo criticón que es.

—Nunca imaginé que me encontraría... —Miró a Makar y luego a mí—. Esto. Siempre me has cubierto cuando estoy en la ciudad y siempre has llevado una vida personal tremendamente aburrida, por eso me diste una llave y me dijiste que la usara como mejor me pareciera. Por

cierto, encantado de conocerte. —Se acercó a Makar—. Siempre es bueno saber que mi hermana vive con alguien que tiene el arma a mano hasta follando. No sé si lo sabes, pero tiene un trabajo peligroso, es una espía.

—¡No soy una espía!

—De cierta forma lo eres —concedió Makar.

Sebastian le extendió la mano

—Sebastian Calhoun.

—Makar Volkov.

Mi hermano me miró levantando una ceja.

—¿Ruso? —me preguntó con una sonrisita cínica en los labios—. ¿Te vas a casar con un ruso? ¿Qué diría el general Patton?

—Y además es el exbanquero de inversión de la Bratva —aclaré porque era mejor salir de las malas noticias de una buena vez.

—¡Eso nunca fue probado! —intervino Makar fingidamente indignado—. Fue a perseguirme encubierta para ganar información y ni siquiera ella consiguió nada más que enamorarse de mí —le explicó Makar a Sebastian con una expresión presumida. Mi hermano le sonrió—. También soy informante de la DEA, debido a mis convenientes contactos en el mundo del tráfico de droga.

Mi hermano nos miró alternativamente y luego estalló en una carcajada ruidosa.

—Viola, Viola, Viola —dijo Sebastian conteniendo la risa—. Esta vez sí que la hiciste grande. Te aconsejaría que mintieras, pero ocultar información al almirante no sirve de nada. Vamos a necesitar tener a mano el número de una ambulancia.

—¿Para alguien en particular? —preguntó Makar mientras sacaba algo de ropa y se la enseñaba a Sebastian, quien descartó el Brioni de tres piezas con un gesto negativo de su cabeza, pero asintió con un traje más deportivo.

—Todavía no estoy seguro.

—¿Crees que debo ir armado? —le preguntó.

—¿Es de fibra de carbono? —Sebastian señaló el arma que Makar había dejado en la mesa de noche.

—Mucho más ligera que la Glock 19M que ustedes usan ahora.

—Todavía nos dan Berettas M9.

—¿Quién no ama una buena Beretta?

Sebastian soltó una carcajada.

—Me agradas, así que, por favor, no le dispaes al almirante porque tendré que matarte, pasar por el odioso proceso de investigación interna y Viola dejará de hablarme por un tiempo.

—Necesito una botella de whisky —dije con expresión desolada mientras me sentaba en la cama.

Ya era terrible que mi padre estuviera por llegar, pero ver a Makar y a Sebastian haciéndose los graciosos como si se conocieran de toda la vida era más de lo que había anticipado.

—Viola, Amor. —Makar dejó la ropa sobre la cama y se agachó frente a mí—. No te angusties. Será lo que tenga que ser. Sabíamos que no iba a ser fácil.

—Yo tenía un plan, solo estaba intentando perfeccionarlo.

—Y nunca iba a estar perfecto, no cuando se trata del almirante —dijo Sebastian—. Mejor es así, sin anestesia, ni preparaciones.

—Lo dice el hijo favorito.

Mi hermano bufó.

—Yo no podría haberme salido con la mía la mitad de las veces que lo has hecho tú. Eres la niña de papi, te guste admitirlo o no.

—Sabía que me estaba metiendo en una familia complicada, pero nunca pensé que llegaba a tanto —dijo Makar—. ¡Me encanta!

El timbre de la puerta sonó y los tres nos quedamos un par de segundos paralizados.

—Vístanse, tórtolos. Yo me encargo de entretener al almirante. ¿Tienes alcohol para ablandarlo? Esto va a ser muy divertido.

—Puedes decirle que has decidido explorar tu sexualidad o que te cansaste de ser un marine y ahora quieres ser contador —sugerí esperanzada—. Así no notaría a Makar ni aunque estuviese desnudo bailando La Macarena.

—Yo lo notaría y probablemente me reiría, lo que le quitaría todo el efecto a mi anuncio.

—Eres un mal hermano.

—Soy un hermano genial. Te encontré follando ruidosamente, casi que la doble de Jenna Haze en sus mejores años, y aquí estoy, sin secuelas psicológicas, tratando de relacionarme con mi cuñado y su buen gusto en armas sin pensar en sus genitales.

El timbre volvió a sonar y Sebastian salió de la habitación.

Me quedé mirando a Makar un poco perdida. Odiaba sentirme así, pero era el efecto del almirante.

—¿Estás bien? —preguntó Makar tomando mis manos—. Si no quieres hacer esto ahora, puedo escapar por la ventana. No negaré o afirmaré si he hecho algo similar en alguna otra oportunidad.

—Ni se te ocurra —dije recuperando el valor y enderezando la espalda. Aparentemente mi ruso enorme curaba hasta mi condicionamiento adolescente—. Estamos juntos en esto. Estamos juntos —repetí—, y si el FBI y la Bratva pueden soportarlo, si mi hermano se lo tomó con humor, mi padre tendrá que hacerlo también.

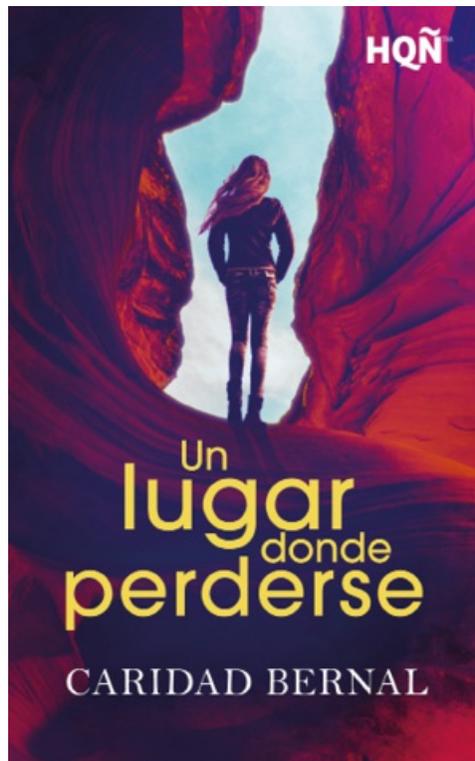
—Estamos juntos —dijo con un asentimiento de cabeza antes de besar mis manos—. Tú y yo, solos contra el mundo.

—No seas dramático. Tú y yo, solos contra uno de los almirantes más poderosos de la armada norteamericana, con conexiones en todas las agencias de inteligencia gubernamental. No es tan grave. Lo hemos tenido peor.

Makar rio un poco.

—¿Alguna vez te dije que tengo una casa escondida en Siberia?

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)